SUS TRILLIZOS MULTIMILLONARIOS



Mis JEFES TRILLIZOS MULTIMILLONARIOS

UN ROMANCE DE HARÉN INVERSO DE MULTIMILLONARIOS

MOLLY EDEN

MIS JEFES TRILLIZOS MULTIMILLONARIOS

SUS TRILLIZOS MULTIMILLONARIOS

MOLLY EDEN

Mis Jefes Trillizos Multimillonarios

Copyright del texto © 2026 by Molly Eden

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido o utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan con fines ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con acontecimientos o lugares reales es pura coincidencia.

Primera edición, 2026

All rights reserved. This book or any portion thereof may not be reproduced or used in any manner whatsoever without the express written permission of the publisher except for the use of brief quotations in a book review.

This book is a work of fiction. Names, characters, places and incidents are either the product of the author's imagination or are used fictionally. Any resemblance to actual persons, living or dead, or to actual events or locales is entirely coincidental.

First printing, 2026

Publisher

Molly Eden
molly@mollyedenauthor.com
MollyEdenAuthor.com

ÍNDICE

Molly Eden Libros

1. Remy
2. Ansel
3. Remy
4. Ansel
5. Enzo
6. Remy
7. Breck
8. Enzo
9. Remy
10. Remy
11. Ansel
12. Remy
13. Breck
14. Remy
15. Enzo
16. Remy
17. Breck
18. Remy
19. Enzo
20. Ansel
21. Remy
22. Enzo
23. Remy
24. Remy

Epílogo

Libros de romance Reverse Harem
Molly Eden Libros

MOLLY EDEN LIBROS

Para conocer todos mis nuevos libros, visite mi sitio web y suscríbase a mi lista de correo.

MollyEdenAuthor.com

CAPÍTULO 1
REMY

LA LLUVIA ESTÁ HACIENDO eso de no poder decidir si quiere lloviznar o entregarse a un aguacero en toda regla, así que se queda en algún punto intermedio entre lo molesto y lo indeciso, como mi última relación.

Me ajusto la chaqueta impermeable y me resguardo bajo el toldo de Antonio's. La misteriosa entrevista es en un restaurante que siempre he querido probar, pero mi presupuesto nunca lo permitió.

Al parecer, alguien piensa que valgo la inversión.

Pero el correo electrónico había sido críptico.

Entrevista.

Martes, 7 p.m.

Antonio's.

Preguntar por Sadie.

Sin nombre de empresa. Sin descripción del puesto. Un acuerdo de confidencialidad que hizo que mi amigo abogado soltara un silbido bajo y me dijera: *—O esta es la oportunidad de tu vida, o estás a punto de convertirte en cómplice de una actividad ilegal.*

Dadas mis circunstancias actuales, casi estoy dispuesta a arriesgarme al delito grave. Casi.

Empujo la puerta y entro al calor y al aroma de comida cara. Una anfitriona con un vestido negro aparece de inmediato.

—¿Señorita Ray? —Ante mi asentimiento, sonríe—. Por aquí, por favor. Sadie la está esperando.

La sigo por el restaurante.

Nos detenemos ante una puerta cerca de la parte trasera. Llama dos veces y luego la abre.

La mujer sentada a la mesa parece que podría dirigir una empresa de Fortune 500 o un país pequeño con la misma eficiencia. Es mayor, tal vez de unos setenta y tantos, con un elegante cabello plateado peinado hacia atrás.

Se levanta y me extiende la mano, con sus ojos calculadores fijos en mí. —Remy Ray. Soy Sadie. Gracias por venir.

No dice su apellido.

Su apretón de manos es firme, seguro, y me cae bien de inmediato.

—Gracias por la… ¿misteriosa invitación? —logro decir—. Debo admitir que la falta de detalles es muy intrigante o muy preocupante.

Ella se ríe, un sonido genuino que arruga las comisuras de sus ojos. —Perdóneme. En mi experiencia, algunas conversaciones se tienen mejor en persona. —Me indica la silla frente a ella—. Por favor, siéntese. Me tomé la libertad de pedir vino. Espero que no le importe.

—En absoluto.

Me dejo caer en la silla e intento no parecer tan fuera de lugar como me siento. Mis pantalones negros están limpios, al menos, y mis botas solo están un poco gastadas. Por supuesto que quería arreglarme, pero hice lo mejor que pude con lo que tenía disponible en mi armario.

Sadie sirve un vino tinto intenso en mi copa. —Imagino que se estará preguntando por qué está aquí.

Doy un sorbo. Es realmente bueno. —Se me había pasado por la cabeza.

—Tengo un trabajo para usted. Uno que requiere a alguien con sus habilidades particulares. —Se inclina hacia atrás, estudiándome —. Es usted una hacker ética. Una de las mejores, por lo que tengo entendido. Ha expuesto vulnerabilidades en sistemas que van desde

universidades hasta bancos, siempre con permiso y siempre dentro de los límites legales.

Se me aprieta el estómago. Siempre ética, pero no siempre *legal*. En cambio, digo: —Tarea minuciosa. ¿Debería sentirme halagada o preocupada de que conozca mi historial profesional mejor que yo?

—Siempre soy minuciosa. —Aparece su sonrisa de complicidad—. Estoy al tanto de sus recientes… dificultades. Con su anterior empleador, Dustridge Industries. Y también ha tenido una ruptura bastante reciente. Muy estrepitosa por lo que tengo entendido.

Y ahí está. La parte en la que abordamos si estoy demasiado dañada para ser útil.

Dejo mi copa de vino con cuidado. —Si se refiere al hecho de que dejé mi último puesto, renuncié. Querían que cruzara líneas que no estaba dispuesta a cruzar.

Le sostengo la mirada, inquieta por lo mucho que parece saber. Mi ruptura no es precisamente de conocimiento público. Pero supongo que la gente con dinero tiene formas de enterarse de las cosas.

No tiene sentido negar lo que ella ya sabe. —Y sí, mi relación terminó más o menos al mismo tiempo. Así que, si se pregunta si soy un desastre total para hacer este trabajo…

—No me pregunto nada parecido. —Su franqueza me detiene en medio de mi espiral—. Sé que renunció por principios. Sé que dejar un sueldo de seis cifras porque el trabajo no le sentaba bien me dice todo lo que necesito saber sobre su carácter. Y sé que las mujeres fuertes pueden amenazar a los hombres mediocres.

Miro mi copa de vino, con la mandíbula tensa, esperando a que el escozor tras mis ojos desaparezca. Escuchar a alguien decir que hice lo correcto se siente como oxígeno. —Entonces, ¿cuál es el trabajo?

—La estoy entrevistando en nombre de una firma de ciberseguridad. Una de las mejores del país. Recientemente, han descubierto algunas vulnerabilidades preocupantes en sus propios sistemas. Necesitan a alguien de fuera de la empresa, alguien sin conexiones con su equipo actual, para investigar.

Me inclino hacia adelante. —¿Así que me está ofreciendo el trabajo?

—Tengo un interés personal en el éxito de esta empresa, y confío más en mi propio juicio que en los departamentos de recursos humanos corporativos. —Vuelve a llenar mi copa de vino—. Por lo tanto, aún tendrá que entrevistarse con el equipo ejecutivo, pero ellos seguirán mi consejo. Y mi consejo es contratarla.

Una propuesta ominosa. Pero no estoy lista para marcharme. No he tenido una oferta de trabajo en seis meses, y mi papá necesita una cirugía que el seguro no cubrirá por completo.

Además, el vino es delicioso.

—¿De qué tipo de contrato estamos hablando?

—Seis meses, mínimo. Excelente pago. Oficina privada, acceso total a sus sistemas y cualquier recurso que necesite.

Desliza una carpeta de cuero sobre la mesa.

—Este es un acuerdo preliminar. Nada vinculante, pero describe la oferta potencial. Lléveselo a casa. Revíselo. Haga que su abogado lo revise. Si está interesada, organizaré una reunión con el equipo ejecutivo la próxima semana para realizar una entrevista final con usted.

Abro la carpeta. La cifra del salario tiene tantos ceros que tengo que contarlos dos veces. Me tiemblan las manos, pero logro cerrar la carpeta.

—Esto es… —me detengo, porque no tengo una descripción para lo que es esto.

—Una compensación justa por sus talentos. Usted vale cada centavo, Remy. Espero que lo sepa.

El escozor tras mis ojos regresa. Cierro la carpeta antes de que me caigan lágrimas sobre el papel costoso. —Lo revisaré.

—Bien. —Hace una señal a un mesero, que aparece de inmediato con una bolsa para llevar—. Hice que le empacaran la cena. Risotto con hongos porcini y trufa. Le encantará.

Tomo la bolsa, sintiéndome cada vez más como Alicia cayendo por la madriguera del conejo. —No tenía por qué…

—Tonterías. Vino aquí a comer y no la enviaré a casa con hambre. —Se pone de pie y yo me apresuro a hacer lo mismo—. ¿Y

Remy?

Pone una mano en mi brazo.

—A veces el universo nos pone exactamente donde necesitamos estar, incluso si el camino para llegar allí no fue el que planeamos. Tengo la sensación de que esta es una de esas veces.

Veinte minutos después, estoy en mi sedán destartalado, sosteniendo una bolsa de comida cara e intentando procesar lo que pasó.

Mi teléfono vibra, y mi mejor amiga es justo la persona con la que quiero hablar.

Jess: ***¿Cómo te fue? ¿Ya eres rica? ¿Ya soy rica yo por asociación?***

Yo: ***La entrevista fue rara, pero buena. Posible oferta de trabajo. Te cuento mañana mientras comemos.***

Jess: ***Más te vale. Quiero detalles. TODOS los detalles.***

Me quedo mirando la carpeta que está junto a mí en el asiento de cuero y la cifra del salario que podría resolver tantos problemas. Miro hacia el parabrisas. Afuera, la lluvia finalmente se ha decidido: ahora cae un aguacero total que lava las calles. Tal vez sea una señal. Tal vez sea el clima. Pero por primera vez en seis meses, siento que la esperanza regresa poco a poco.

CAPÍTULO 2
ANSEL

LO QUE PASA cuando tienes dos hermanos idénticos que comparten tu rostro es que pueden leerte mejor que cualquier otra persona en el planeta. Es precisamente por eso que no miro a ninguno de los dos mientras entramos en la sala de conferencias neutral que Gran alquiló para esta reunión.

—¿Por qué estamos en un edificio de oficinas cualquiera? —Enzo examina el espacio corporativo genérico con obvio desagrado. Paredes color crema, una mesa de conferencias estándar, un póster motivacional sobre la "synergy" que me dan ganas de prenderle fuego al edificio.

—Porque Gran quería mantener la confidencialidad hasta que el contratista firme. —Apoyo mi computadora portátil en la mesa—. El candidato aún no sabe con qué empresa tendrá la entrevista.

—Eso parece excesivo, incluso para Gran. —Breck se deja caer en una silla, aflojándose ya la corbata—. ¿Qué, nos preocupa el espionaje corporativo antes de siquiera contratar a alguien?

—Nos preocupa la gestión de la reputación. —Abro el archivo limitado que Gran envió. Casi nada todavía: un borrador del contrato, el paquete de compensación y un acuerdo de confidencialidad lo suficientemente grueso como para detener una bala—. Si se corre la voz de que Jacobs Security tiene una brecha

que no podemos identificar, nuestras acciones caen un veinte por ciento antes del almuerzo.

Enzo se burla. —Entiendo que te sientas desesperado. —Inclina su silla hacia atrás sobre dos patas, un hábito que me saca de quicio desde que teníamos catorce años—. ¿Pero estás seguro de que traer a un extraño para que husmee en nuestros sistemas es lo correcto?

—Se soluciona manteniendo todo bajo llave hasta que sepamos a qué nos enfrentamos. —Mis dedos tamborilean contra la mesa—. Además, Gran no hace recomendaciones a la ligera. Si nos dice que esta persona es la mejor, le creo.

—Traer a alguien de afuera dice que no podemos manejar nuestra propia mierda. —Enzo finalmente deja que su silla vuelva a apoyarse sobre las cuatro patas.

—Es admitir que somos lo suficientemente inteligentes como para saber cuándo necesitamos una perspectiva fresca. Hay una diferencia.

Enzo pone los ojos en blanco. —Claro. Sigue diciéndote eso.

La puerta se abre antes de que pueda responder, interrumpiendo lo que habría sido una discusión predeciblemente circular. El abogado de Gran entra con una sonrisa profesional.

—Caballeros, gracias por su paciencia. Su candidata ha llegado. ¿Están listos?

—Tan listos como siempre. —Breck esboza una sonrisa encantadora—. Veamos si el genio misterioso de Gran está a la altura de las expectativas.

El abogado asiente y vuelve a salir al pasillo. Escucho voces bajas, el sonido de tacones sobre el suelo de baldosas.

Entonces entra ella. Y conozco a la mujer que está frente a nosotros.

Su cabello pelirrojo cobrizo está recogido en una elegante cola de caballo. Y sus brillantes ojos azules son tan perspicaces como recuerdo. Las pecas en su nariz también me resultan familiares, aunque nunca he estado lo suficientemente cerca como para notar cuántas son.

Remy Ray.

La exnovia de Damon.

La exnovia que, según nuestro mejor amigo, se obsesionó después de que él terminara las cosas, porque ella no pudo manejar el rechazo. La interesada que quería acceso a sus contactos y se volvió vengativa cuando él la descubrió.

¿Qué carajos hace ella aquí?

El silencio se prolonga, y los ojos de Remy se agrandan de forma casi imperceptible al reconocernos.

No pasamos mucho tiempo con ella mientras salía con Damon. Pero hemos estado en las mismas conferencias de tecnología, en los mismos eventos de la industria e incluso en algunas de las mismas fiestas. Su mano se aprieta sobre la carpeta que lleva. Pero, para su crédito, no se queda paralizada y no se da la vuelta para irse.

Entra por completo en la sala y extiende la mano. —Gracias por reunirse conmigo.

Firme. Profesional. Como si hubiera hecho esto mil veces, como si entrar en una sala llena de los mejores amigos de su exnovio fuera perfectamente normal.

Breck se recupera primero. Se pone de pie y acepta su apretón de manos con esa sonrisa devastadora que ha cerrado más tratos que nuestro propio equipo de ventas. —Breck Jacobs. COO. Este es Enzo, nuestro CTO, y Ansel, el CEO.

—Sé quiénes son ustedes. —Su boca se curva ligeramente—. No hay necesidad de fingir que no nos conocemos.

—No, no la hay —asiento y zanjo el tema.

Ella no desvía la mirada. —Supongo que Sadie no mencionó quién era yo.

—Dijo que estaba calificada. No nos dijo que era la ex de Damon —dice Enzo, y ni me molesto en disculparme por su brusquedad.

La mandíbula de Remy se tensa, pero sostiene mi mirada.

—Sí. La ex de Damon. —Mantiene su mirada nivelada, pero noto un ligero tono cortante detrás—. Y estoy segura de que ya se han formado una opinión sobre qué tipo de persona soy. Damon es muy bueno contando historias.

—Ha sido nuestro mejor amigo desde la universidad. Así que sí, nos enteramos de lo que le hizo —interviene Enzo, aún sin levantarse.

Mi expresión no cambia, pero quiero que Remy sepa exactamente dónde está parada. —Damon es familia para nosotros. Confiamos en él.

—Fantástico. —Remy apoya su carpeta en la mesa—. Pero no estoy aquí para litigar mi vida personal ni para defenderme de ficciones creativas. Estoy aquí para una entrevista de trabajo. Entonces, ¿comenzamos?

Respiro hondo, tratando de decidir si seguir adelante es lo mejor para nuestra empresa. Gran la eligió por una razón. E incluso Damon, en los primeros días de su relación, no podía dejar de hablar de su brillantez y de cómo podía vulnerar sistemas en horas, algo que a otros les tomaba semanas.

Me inclino hacia adelante, con las manos apoyadas en la mesa. —Si va a entrar en nuestra empresa, necesitamos saber que su relación pasada no será un problema. Damon es nuestro vicepresidente de desarrollo de negocios. Lo verá. Regularmente.

—Soy una profesional. —La voz de Remy se mantiene segura—. Puedo manejar trabajar en el mismo edificio que un exnovio.

—¿Puede? —El encanto de Breck se ha enfriado considerablemente—. Porque según Damon, la ruptura fue... difícil.

—Las rupturas suelen serlo. —Remy se cruza de brazos—. Centrémonos en el trabajo.

—Eso no es una respuesta —señala Enzo.

—Es la única respuesta que van a obtener sobre mi vida personal. —Los ojos de Remy brillan ahora con irritación—. Miren, entiendo que esto es incómodo. Él es su amigo y su empleado. Son protectores con él. Está bien. Pero, o estoy aquí para encontrar su brecha de seguridad, o estoy aquí para explicar mi historial de citas. ¿Cuál es?

Mierda. Nadie me habla así. Aprieto los puños y mantengo mi temperamento bajo control.

Afortunadamente, mi hermano me salva de tener que responder.

—Buen punto. —Breck se encoge de hombros.

—La única razón por la que estamos considerando contratarla es porque nuestra abuela cree que usted es la mejor persona para este

trabajo. —La estudio como si estuviera calculando el riesgo contra la recompensa—. Ella no se equivoca con las personas.

—Estoy segura de que no —concuerda Remy—. Así que tal vez deberían confiar en su juicio.

—Lo intentamos. —Enzo arroja su teléfono sobre la mesa—. Por suerte para usted, yo no soy el CEO. Habría dicho que no en el segundo en que la reconocí.

—Bueno, su decisión va a ser un gran error o será exactamente lo que necesitan. —Remy abre su carpeta, deslizando un documento sobre la mesa—. No puedo controlar lo que Damon les dijo sobre mí. Solo puedo mostrarles lo que puedo hacer. Sadie me dio los conceptos básicos sobre su brecha de seguridad. Pasé la última semana investigando casos similares, posibles puntos de entrada y vulnerabilidades comunes en sistemas como el suyo. Este es un análisis preliminar.

Arrastro el documento hacia mí, y mis hermanos se inclinan para leer por encima de mis hombros. Es minucioso. Increíblemente minucioso. Ha identificado tres vectores de ataque potenciales que ni siquiera habíamos considerado, los ha contrastado con incidentes de seguridad recientes en otras firmas y ha trazado un protocolo de pruebas que es más completo que cualquier cosa que haya propuesto nuestro equipo interno.

No es buena. Es excepcional.

—Esto es impresionante. —Breck hojea las páginas y luego me mira—. Nos está haciendo quedar mal, y ni siquiera ha empezado.

—Mierda. —Enzo se inclina hacia adelante, estudiando el diagrama—. No significa que confíe en ti, pero este es un buen trabajo.

Remy no se pavonea ante el cumplido. —No estoy aquí para ser su amiga. Estoy aquí para encontrar su brecha y arreglarla.

Levanto la vista del documento para encontrarla observándome, desafiándome a rechazarla.

Los sentimientos personales no construyen empresas de diez mil millones de dólares. Se llega allí reconociendo el talento cuando lo ves, incluso cuando es inconveniente.

Especialmente cuando es inconveniente.

—Contrato de seis meses. Acceso total a nuestros sistemas, oficina privada y los recursos que necesite. Pero hay condiciones.

Remy arquea una ceja. —Te escucho.

—Confidencialidad absoluta. Firmarás un acuerdo de confidencialidad que hará que el primero parezca una nota de permiso escolar. Informarás directamente a nosotros tres, y a nadie más. Y... —hago una pausa, sabiendo que esta próxima parte será la más difícil—, trabajarás en el mismo edificio que Damon. Se cruzarán.

Remy asiente una vez, de acuerdo.

—Bien. —Recojo el documento para leerlo más a fondo una vez que estemos de vuelta en la oficina—. Y si trabajar con Damon afecta las operaciones de la empresa, el contrato se rescinde de inmediato.

—Entendido.

—Una cosa más. —Enzo se inclina hacia adelante—. Si estás aquí para vengarte de Damon o para sabotearnos, una demanda será el menor de tus problemas.

Remy ni siquiera parpadea. —Anotado. Y solo para que estemos claros, si quisiera vengarme de Damon, habría publicado su historial de navegación en línea hace seis meses. Estoy aquí por el cheque y el desafío.

Mis hermanos me miran esperando una dirección. Cada instinto que tengo me grita que esto es una mala idea.

Pero he estado tomando decisiones difíciles por mis hermanos desde que teníamos catorce años. Desde la noche en que nuestra vida cambió. Y ese análisis frente a mí es la primera pista real que hemos tenido desde que empezó este fiasco.

Extiendo mi mano. —Tenemos un trato.

Remy la estrecha, con un agarre firme y breve. —Entonces los veré el lunes por la mañana. ¿A las nueve?

—A las ocho. —Retiro mi mano—. Empezamos temprano. Te enviaré los detalles por correo electrónico.

—Está bien, los veo a las ocho. —Esta vez, definitivamente sonríe.

Se va, y la puerta se cierra con un clic detrás de ella.

Todos nos quedamos en silencio, tratando de procesar el problema que enfrentamos.

Entonces Enzo dice lo que todos estamos pensando. —Damon va a perder la maldita cabeza.

Breck se encoge de hombros. —Damon ha pasado por un infierno este año. La ruptura lo destrozó y, por lo que dijo, entiendo por qué está resentido.

Muevo una mano con desdén. —Damon puede lidiar con eso. Esto son negocios.

Breck se estira en su silla. —¿Alguna vez la habíamos mirado realmente antes? Porque de repente me arrepiento de cada interacción en la que no estuve prestando atención.

Enzo y yo nos giramos para fulminarlo con la mirada.

—¿Qué? Solo estoy haciendo observaciones. —Levanta las manos —. Solo las pecas son...

—No termines esa frase —le advierto—.

—De acuerdo. La ex de Damon. Fuera de los límites. Entendido. —Pero la sonrisa burlona en su rostro dice que ya archivó esa observación para más tarde.

Mi teléfono vibra.

Damon: ***Yendo hacia la oficina. ¿Quieren almorzar y revisar la propuesta de Ginebra?***

Me quedo mirando el mensaje, luego la puerta por la que Remy acaba de salir.

Esto va a ser un maldito desastre.

CAPÍTULO 3
REMY

EL EDIFICIO de Jacobs Security es de vidrio y acero, minimalista de esa manera que solo el dinero de verdad puede lograr.

Le muestro mi flamante credencial de seguridad al guardia de la recepción e intento no pensar en si tomé o no una decisión terrible. La foto de mi credencial no es exactamente una inyección de confianza. Parezco un venado encandilado por los faros de un auto.

El viaje en el ascensor hasta el piso ejecutivo es suave y silencioso, lo que me da demasiado tiempo para dudar de todo. Mi blazer está planchado, mi portafolio organizado y he ensayado mis palabras de apertura no menos de cuarenta y siete veces.

Estoy lista.

Soy una profesional.

Puedo manejar perfectamente el hecho de trabajar en el mismo edificio que mi exnovio infiel.

Las puertas del ascensor se abren a un piso que es puro movimiento. Algunas personas trabajan en escritorios de pie, otras se amontonan en salas de conferencias transparentes, y hay un zumbido constante de actividad, con el tecleo de las computadoras, conversaciones en voz baja y la energía de una empresa que nunca se detiene.

Una mujer de unos treinta años, con una tableta y una energía rígida, aparece a mi lado. —¿Señorita Ray? Soy Sherina, asistente

ejecutiva de los hermanos Jacobs. Seré su punto de contacto para necesidades administrativas. La están esperando en la sala de conferencias ejecutiva.

La sigo a través del laberinto de escritorios y oficinas de paredes de cristal, muy consciente de las miradas que recibo. No los culpo. Soy una cara nueva que se dirige directamente a las oficinas ejecutivas. O soy alguien importante, o alguien a punto de ser despedido, o alguien espectacularmente perdido. Dado mi historial, cualquiera de esas opciones parece igual de probable.

Sherina se detiene ante una puerta, golpea y la abre sin esperar respuesta. —La señorita Ray está aquí.

La sala de conferencias tiene ventanales del piso al techo en un lado. La mesa es lo suficientemente grande como para que se sienten veinte personas, pero actualmente solo están los tres hermanos Jacobs. Todavía es un poco irreal verlos juntos. Tres pares de los mismos ojos azules, el mismo cabello oscuro, la misma mandíbula marcada, pero de algún modo personas completamente diferentes.

Nunca me prestaron mucha atención cuando estaba con Damon. Solo era su novia: ruido de fondo, apenas digna de una segunda mirada. Pero yo siempre los notaba a *ellos*. Era difícil no hacerlo cuando los trillizos Jacobs entraban en una habitación como si fueran los dueños —y por lo general lo eran—. Tres rostros estúpidamente atractivos que hacían que cada evento de la industria pareciera una sesión de fotos en la que yo me había metido por accidente.

Ansel, el que está al mando, está sentado a la cabecera de la mesa, con la laptop abierta y un traje color carbón perfectamente entallado. No levanta la vista cuando entro.

Enzo, a quien Damon siempre describía como su alborotador favorito, está desparramado en una silla a mitad de la mesa. Sus mangas están arremangadas en su camisa negra para revelar un tatuaje de manga completa. Tiene una tableta frente a él, con la pantalla llena de códigos. Sus ojos se alzan para evaluarme antes de asentir una vez.

Breck, el trillizo carismático, se pone de pie y ya está sonriendo. Se ve más relajado que sus hermanos en un blazer azul marino sin corbata. Señala la silla frente a él. —Bienvenida. ¿Café? ¿Agua? ¿Algo más fuerte?

—Un café estaría genial, en realidad —dejo mi portafolio y ocupo el asiento ofrecido—. Negro.

—Eso es bastante fácil —Breck se dirige a un aparador donde hay todo un equipo de café—. Una advertencia: Enzo ya lleva cuatro tazas, así que si empieza a hablar sobre métodos de encriptación cuántica, solo asienta y sonría.

—Te oí, idiota —Enzo no levanta la vista de su tableta.

—Esa era la idea —Breck coloca una taza frente a mí y vuelve a su asiento—. Y si Ansel la mira con severidad, no entre en pánico. Es solo su cara.

Ansel finalmente levanta la vista y pone los ojos en blanco. —Estoy leyendo la auditoría de seguridad preliminar que envió Remy.

Parpadeo. —Envié eso mucho después de la medianoche. Pensaba presentárselo hoy. No esperaba que lo revisara de antemano.

—Necesito que esto se solucione lo antes posible —tamborilea los dedos sobre la mesa, con la mirada fija en la mía—. Su análisis fue minucioso. Identificó dos vulnerabilidades que nuestro equipo pasó por alto por completo y propuso correcciones que son tanto factibles como rentables.

Asiento, casi aceptando su comentario como un elogio, pero sé que no lo es.

—Sin embargo —continúa él, y yo me preparo—, su cronograma es agresivo. Propone una auditoría completa del sistema en tres semanas. Nuestro equipo estimó seis meses.

—Su equipo está siendo conservador porque no quieren admitir lo grave que podría ser esto —sostengo su mirada con firmeza—. Cuanto más tiempo existe una brecha, más daño causa. Tres semanas es agresivo pero necesario.

Breck se inclina hacia adelante, aún con la sonrisa en el rostro pero con ojos totalmente profesionales. —Explíquenos su plan. Despacio. Use palabras sencillas para los que no dormimos anoche.

Genial. Es guapo y gracioso. Eso es molesto.

Y aquí es donde o demuestro lo que valgo o fracaso estrepitosamente.

Abro mi portafolio y saco el informe que pasé gran parte de ayer perfeccionando. —Su brecha de seguridad no es aleatoria. Alguien sabía exactamente dónde buscar, lo que significa que tienen un problema interno. O es alguien que solía tener acceso. Los vectores de ataque son demasiado precisos.

Toda la atención de Ansel está en mí ahora, con una intensidad tal que tengo que resistir el impulso de moverme con nerviosismo.

—Su cortafuegos tiene tres puntos débiles. Dos son comunes: sistemas antiguos que no han sido actualizados y un acceso de proveedores demasiado amplio. Esas son correcciones fáciles. Pero el tercero —deslizo un diagrama sobre la mesa— está en su protocolo de autenticación. Alguien lo modificó hace aproximadamente dos meses. Es un cambio pequeño, casi invisible, pero crea una puerta trasera.

Enzo se endereza, perdiendo su postura relajada. —Eso no es posible. Yo reviso personalmente cada cambio en la autenticación.

—Estoy segura de que sí. Pero este cambio se hizo para que pareciera un parche de seguridad de rutina. ¿Ve? —señalo el fragmento de código que he resaltado—. Está disfrazado como una actualización de encriptación. Pero si observa lo que hace en realidad, entonces no es solo una actualización.

—Crea un punto de acceso secundario —Enzo agarra el papel y lo escanea rápidamente—. No puede ser —su mandíbula se tensa visiblemente—. Dos meses. Dos malditos meses, y se nos pasó —me mira—. ¿Encontró esto en qué?, ¿una hora?

—En cuatro, en realidad. Soy minuciosa, no mágica.

Breck se aclara la garganta, pero él también se inclina hacia adelante, estudiando mis notas. —Si esto ha estado aquí por dos meses...

—Entonces alguien ha tenido un acceso que definitivamente ustedes no quieren que tenga —termino su pensamiento—. Por suerte, todavía está contenido y será una reparación fácil. Ahora solo

tenemos que averiguar quién tiene la información y qué ha hecho con ella.

Los dedos de Ansel dejan de tamborilear. —¿Puede rastrearlo?

—Tal vez. Quien hizo esto sabía lo que hacía. Pero la gente comete errores. Deja huellas digitales. Lo encontraré.

—Tres semanas —murmura Enzo, todavía mirando mi análisis—. ¿Cree que puede encontrarlos en tres semanas?

—Si no puedo encontrarlos en tres semanas, tendré que admitir que son mejores que yo. Y realmente no me gusta admitir que la gente es mejor que yo.

Eso le saca un asomo de sonrisa a Ansel.

La puerta de la sala de conferencias se abre sin previo aviso y Damon entra.

Se ve igual. El cabello castaño peinado justo así, ojos castaños que solían hacerme sentir vista. Objetivamente atractivo, hasta que lo pones al lado de sus mejores amigos y te das cuenta de que es simplemente... mediocre.

Por un segundo, nadie se mueve. Damon sostiene una taza de café y una tableta, claramente esperando una reunión común de lunes por la mañana. Sus ojos pasan de largo por mí, luego regresan de golpe. Observo el momento exacto en que me reconoce.

Su rostro pasa por unas cinco emociones en dos segundos antes de quedarse en el enojo. —¿Qué mierda está haciendo ella aquí?

Ahí está. El Damon que conozco. Tan elocuente.

Ansel se levanta lentamente de una manera que parece casual, pero se interpone entre Damon y yo. La mano de Enzo se aprieta en el borde de la mesa. La sonrisa de Breck desaparece por completo.

Antes de que cualquiera de ellos pueda responder, digo: —No le dijeron que me habían contratado, ¿verdad?

No es realmente una pregunta.

La expresión de Ansel no cambia, más allá de que sus ojos muy azules se entrecierran ligeramente. —No consultamos las decisiones de contratación con los empleados. Ni siquiera con los amigos.

No respondo. Esta no es mi batalla. Pero mentiría si dijera que ver a Damon retorcerse no fue un poco satisfactorio.

La taza de café de Damon golpea la mesa con la fuerza suficiente para que el líquido se derrame por el borde. —¿Me están tomando el pelo ahora mismo?

—Cuida tu tono —la voz de Ansel baja a un tono frío y autoritario —. Esta es una decisión de negocios.

—¿Una decisión de negocios? —la risa de Damon es amarga—. ¿La contrataron a *ella* sin siquiera decírmelo? —Su voz se quiebra en la última palabra. No está enojado, sino herido—. Después de todo lo que les dije sobre lo que hizo.

Me obligo a respirar, a recordar que perder los estribos aquí significa perder este trabajo, este sueldo, la seguridad de mis padres. Me está matando no poder defenderme.

Los ojos de Damon están desorbitados, alternando entre los hermanos y yo. —Simplemente van a dejar que se siente aquí y...—

—Ella está aquí para hacer un trabajo. Uno en el que todo nuestro equipo falló —El tono de Enzo me indica que necesito mantenerme de su lado bueno.

—Es una mentirosa. —Damon me señala ahora, con la mano temblando ligeramente—. Dirá lo que sea para quedar bien, para conseguir lo que quiere. Eso es lo que hace. Eso es lo que *es*.

El impulso de defenderme, de enumerar cada porquería que hizo, de hablarles de las mujeres (en plural), de su manipulación psicológica, de la forma en que me hizo sentir loca por notar que su teléfono siempre estaba boca abajo... todo sube por mi garganta como bilis. Pero me lo trago.

Porque él quiere que pierda los estribos. Quiere que demuestre que soy el desastre emocional e inestable que les dijo que era.

Así que, en cambio, miro directamente a Ansel. —¿Quiere que salga un momento mientras se encarga de esto?

Ansel me estudia durante un largo momento, y prácticamente puedo verlo decidiendo qué hacer a continuación.

Finalmente, asiente. —Enzo, lleva a Remy a su oficina.

Enzo se pone de pie de inmediato. —Vamos.

No es un hombre de muchas palabras. Anotado.

Recojo mi portafolio con manos que están más firmes de lo que deberían y sigo a Enzo hacia la puerta.

—Esto es una estupidez —dice Damon, pero su voz ha perdido parte de su agresividad.

Los hombros de Ansel se relajan apenas una fracción. —Estamos dirigiendo una empresa. Trata de recordarlo.

Sus ojos se encuentran con los míos por medio segundo, un recordatorio claro de dónde residen las lealtades.

No miro atrás mientras Enzo abre la puerta y me indica que pase.

El pasillo se siente demasiado brillante después de la tensión en esa sala de conferencias. Enzo camina a mi lado, sin hablar, y yo me concentro en mantener la respiración acompasada, en no desmoronarme frente a él.

Pasamos junto a un grupo de empleados cerca de la estación de café. Soy hiperconsciente de sus miradas, de su conversación a medio susurrar.

—... escuché que está trabajando directamente con los hermanos Jacobs... —

—… debe ser alguien importante…

—¿La *vieron*? Yo dejaría que auditara mis sistemas cualquier día…

Ugh. Encantador, de veras.

El último comentario viene de un tipo de unos veintitantos años, con una sonrisa engreída. Su amigo se ríe y siento que mi cara se calienta.

Enzo deja de caminar.

Se gira, y esa actitud relajada de hace un rato ha desaparecido por completo. Es más alto de lo que me había dado cuenta, más robusto, y cuando mira al tipo que hizo el comentario, hay algo depredador en su expresión.

—¿Tienes algo que decir sobre nuestra nueva consultora senior de seguridad? —Su voz es baja, casi conversacional, pero cada palabra está cargada de advertencia.

La sonrisa del tipo flaquea. —Eh, no, yo solo estaba... —

—¿Solo qué? —Enzo da un solo paso hacia él—. ¿Solo para asegurarte de que todos los que están cerca sepan que eres un idiota poco profesional?

—Enzo, hombre, no quise decir... —

Bueno. Quizás Enzo sea mi favorito.

—Esta empresa tiene estándares. Deja de ser un imbécil. ¿Estamos claros?

—Sí, señor. No hay problema. —El tipo retrocede, mientras que su amigo ya va a mitad del pasillo.

Enzo se vuelve hacia mí, su expresión ya se está enfriando. Señala hacia los ascensores. —Tu oficina está en el sexto piso. Espacio de esquina, muchas ventanas. Odiarás la cantidad de sol que entra por la tarde, pero la vista es decente.

Lo sigo, sin saber qué pensar de eso. Quiero decir algo, pero su postura deja claro que el momento ya pasó.

No digo nada. El hecho de que me defendiera no fue personal, y ambos lo sabemos. Él no tolera la falta de profesionalismo.

Presiona el botón del ascensor sin mirarme.

Bajamos tres pisos en silencio. Cuando las puertas se abrern, Enzo me guía por otro laberinto de vidrio y cromo hasta que nos detenemos en una oficina que es fácilmente el doble de grande que cualquier espacio en el que haya trabajado.

No te quedes boquiabierta. No te quedes boquiabierta.

Me estoy quedando boquiabierta.

El espacio es exactamente como yo lo diseñaría. Hay ventanales de piso a techo, un escritorio lo suficientemente grande como para extender tres proyectos a la vez, dos monitores ya instalados, una silla ergonómica y un pequeño sofá en la esquina. El único arte es una sola fotografía en la pared: un primer plano de placas de circuitos que parecen casi orgánicas, como venas o ramas de árboles, un recordatorio de que la tecnología y la naturaleza no son tan diferentes.

—Los de Recursos Humanos vendrán pronto. Ya deberías tener acceso a todo lo que necesites. —Enzo se apoya en el marco de la puerta—. ¿Alguna pregunta?

—No. Ninguna. —Dejo mi portafolio sobre el escritorio.

Tengo mil preguntas, pero ninguna que vaya a decir en voz alta.

—Bien. —Se impulsa desde el marco de la puerta y se da la vuelta para alejarse—. Bienvenida a Jacobs Security.

Paso la siguiente hora organizando mi espacio de trabajo, revisando los archivos que envió Sherina e intentando no reproducir en mi cabeza el desastre de la sala de conferencias una y otra vez.

Llaman a mi puerta y, antes de que pueda decir algo, la puerta se abre y Ansel entra.

—Tenemos que hablar.

Me enderezo en mi silla, preparándome para lo que sea que venga. —¿Es por Damon?

—No. —Se acerca a mi escritorio, con las manos en los bolsillos, estudiándome con esa intensidad inquietante—. Tenemos una presentación con un cliente en Chicago. El miércoles. Están nerviosos por las recientes inquietudes de seguridad en la industria, y necesitamos convencerlos de que somos la firma adecuada para manejar su infraestructura. Es un contrato de ocho cifras.

Espero, sin saber a dónde va esto.

Ansel respira hondo. —Después de ver su análisis y cómo se manejó usted bajo presión esta mañana, creo que debería venir a la reunión.

Mis cejas se disparan hacia arriba. —¿Quiere que vaya a Chicago? ¿En mi tercer día?

—Quiero su experiencia allí. Ya ha demostrado que puede detectar debilidades más rápido que nuestro equipo de seguridad interno. —Se le contrae un párpado.

¿Hice que a Ansel Jacobs le diera un tic? Pequeñas victorias.

Él continúa. —El cliente necesita ver que traemos al mejor talento disponible, no solo que dependemos de lo que tenemos en casa. Su perspectiva fresca es exactamente lo que cerrará este trato.

Tendré que investigar, y esto significa que acaba de añadir otro proyecto completo a mi carga de trabajo. —Apenas comencé la evaluación completa de sus sistemas. Todavía no sabemos quién tuvo acceso.

—Cierto, pero con la información que nos dio, Enzo ya aseguró la brecha. Así que averiguar quién lo hizo tendrá que esperar hasta después de este proyecto. —Saca su teléfono y revisa algo—. Necesito un informe exhaustivo para el martes por la noche. ¿Puede hacerlo?

Es casi imposible.

Pero mi tendencia a complacer elige ese momento exacto para traicionarme. —Lo tendré listo el martes por la tarde.

Su mirada no se aparta de la mía. —El martes por la noche está bien.

—El martes por la tarde —repito—. Si voy a presentar ante un cliente importante, quiero tener tiempo para revisarlo con usted primero.

Ahora definitivamente hay aprobación en su expresión, aunque su rostro permanece mayormente impasible. —Inteligente. Lo revisaremos juntos el martes a las cuatro.

¿Eso fue respeto? ¿De Ansel Jacobs?

—Hecho.

Se dirige hacia la puerta, luego hace una pausa con la mano en el picaporte. —¿Remy?

—¿Sí?

—Damon irá en este viaje.

—Entendido. Pero ya le aseguré que puedo manejar el trabajar con él. O confía en mí, o no.

—Sus cualificaciones no están en duda. —Las palabras salen rápido.

—Entonces estamos bien. —Vuelvo a mi computadora y abro los archivos de seguridad—. Lo veré el martes a las cuatro con el informe. Y el miércoles por la mañana, estaré lista para convencer a su cliente de que tomaron la decisión correcta.

Me estudia por otro largo momento y me da la clara impresión de que está recalculando algo. —Salimos a las seis de la mañana el miércoles. Prepare equipaje para dos días.

Asiento.

La puerta se cierra tras él y me quedo sola con una fecha límite imposible, un viaje a través del país con mi exnovio y tres hombres que o bien me están poniendo a prueba o me están preparando para fracasar.

CAPÍTULO 4
ANSEL

JOSHUA, nuestro chofer habitual, se detiene en nuestra SUV de lujo negra.

Remy se desliza en la tercera fila con Breck y conmigo, mientras que Damon y Enzo ocupan los asientos individuales del medio. Cuando Joshua toma la primera curva, ella se acerca más, y su muslo roza el mío. Su perfume es floral con toques de jazmín, y soy plenamente consciente de cómo reacciona mi cuerpo ante su proximidad.

Está vestida para la reunión con el cliente con una falda de tubo color carbón que le llega justo por encima de la rodilla, una blusa crema y un saco que se ajusta a la curva de su cintura. Profesional. Adecuada.

Mi cerebro no deja de notar detalles que no debería, como la forma en que la falda revela un centímetro extra de su muslo cada vez que se mueve, o las pálidas pecas que salpican su clavícula donde la blusa se hunde en el cuello.

Me obligo a concentrarme en mi tableta y en la presentación que estamos por dar.

Breck revisa su teléfono, haciendo los últimos ajustes a nuestros planes para la reunión. —Remy, por favor decime que miraste esas especificaciones que envié a medianoche. Necesito que alguien aprecie mi insomnio.

Ella sonríe. —Lo hice. La configuración actual del cliente es casi vergonzosamente anticuada. —Saca su propia tableta, moviendo los dedos con rapidez por la pantalla—. Su cortafuegos es de 2019, lo que es básicamente jurásico en años tecnológicos. Y su...

Se detiene a mitad de la frase, su rostro se queda inmóvil de una manera que estoy empezando a reconocer que significa que ha detectado un problema.

—¿Qué? —pregunta Enzo, inclinándose hacia adelante desde su posición junto a la ventana opuesta.

—Esperen —dice. Sus dedos vuelan más rápido ahora, abriendo archivos y cruzando datos. El resto de nosotros esperamos, con el motor del auto zumbando bajo la repentina tensión—. Ay, mierda.

Mis músculos se tensan. Su reacción no puede ser buena. —*¿Ay, mierda?* ¿Qué se supone que significa eso? —.

—Hay un error en el cronograma de retención de datos en la sección de cumplimiento—. Ya está tomando notas, con el lápiz táctil rascando la pantalla. —Indica un ciclo de respaldo de noventa días, pero su industria requiere un mínimo de ciento ochenta días para el cumplimiento normativo. Si presentamos esto como está, básicamente les estamos diciendo que no entendemos su negocio—.

Damon se retuerce en su asiento, irradiando irritación. —La propuesta pasó por tres rondas de revisión. Si hubiera un error, alguien lo habría notado—.

—Bueno, nadie lo hizo—. Remy no levanta la vista de su pantalla. —Porque lo estoy viendo ahora mismo, y está mal—.

—Tal vez lo estás leyendo mal—.

—No lo estoy—. Abre otro documento y compara los dos lado a lado. —¿Ves? El estándar de su industria está claramente establecido aquí. Ciento ochenta días. Nosotros prometimos noventa—.

Tomo su tableta, escaneando las secciones que ha resaltado. Tiene razón. Total e incuestionablemente, tiene razón. —¿Cómo demonios se nos pasó esto?

—¿Acaso importa? —Remy ya está redactando las correcciones. —No tenemos mucho tiempo antes de la reunión. Puedo arreglar las diapositivas, actualizar las proyecciones de costos para reflejar los

requisitos de almacenamiento adicionales y tener todo listo antes de que lleguemos a Chicago—.

—Tú ni siquiera eras responsable de esta parte de la propuesta —señalo.

Remy finalmente levanta la vista. —Yo voy a presentar este material. Eso me hace responsable de cada palabra que contiene. No me presento ante los clientes con un trabajo que no he verificado personalmente—.

No esperaba ese nivel de integridad, la forma en que asume la responsabilidad sin que se lo pidan.

Damon emite un sonido que podría ser un bufido. —Debe de ser lindo ser perfecta.

Remy aprieta los labios, pero no muerde el anzuelo. Regresa a su tableta, con los dedos volando mientras reconstruye la sección de cumplimiento desde cero.

El resto del trayecto transcurre en relativo silencio, interrumpido solo por el golpeteo del lápiz óptico de Remy y alguna pregunta ocasional que hace sobre las preferencias de los clientes o especificaciones técnicas. Hace el tipo de preguntas que me hacen darme cuenta de que ha estado prestando atención.

Damon mira por la ventana, sin decir una palabra. La tensión que emana de él llena el auto.

Por un segundo, parece menos enojado que... perdido. Como si estuviera viendo cómo algo se le escapa y no supiera cómo detenerlo.

Entonces me sorprende mirándolo, y los muros vuelven a levantarse de golpe.

Cuando llegamos a la terminal privada, nuestro jet ya está en la pista. Estamos cruzando la pista cuando Remy se detiene para agradecerle el viaje a Joshua, estrechando su mano antes de alcanzarnos.

Breck se inclina hacia mí. —Damon dijo que a ella le gustaba hacerse la víctima. A mí no me lo parece.

No respondo, pero el comentario se suma a la creciente lista de cosas que no coinciden con lo que Damon nos dijo. La Remy que he visto asume la responsabilidad de cosas que no son su culpa, soluciona problemas sin que se lo pidan y maneja las sutiles puyas de Damon con más elegancia de la que él merece.

La azafata nos saluda en las escaleras; una mujer llamada Emily que ha estado con nuestro servicio de aviación durante años. —Buen día, Sr. Jacobs, Sr. Jacobs, Sr. Jacobs—. Sonríe ante la broma familiar sobre nuestros nombres. —Y bienvenida a bordo, señorita...—

—Ray. Remy Ray—. Remy le estrecha la mano con genuina calidez. —Gracias por recibirme—.

—¿Puedo traerle algo una vez que estemos en el aire? ¿Café, desayuno, champán? —.

—Un café sería fantástico, gracias. Solo, si no es mucha molestia—.

—No es ninguna molestia—. La sonrisa de Emily se ensancha, como si no hubiera esperado la amabilidad de Remy. Me doy cuenta de que la azafata probablemente está acostumbrada al desfile de modelos y figuras sociales que hemos llevado de vacaciones o excursiones de un día, mujeres que ven al personal como parte de las comodidades del jet.

Nos acomodamos en los asientos de cuero crema con detalles en madera pulida. Hay suficiente espacio para trabajar o dormir, dependiendo del propósito del vuelo. Damon inmediatamente ocupa un asiento junto a la ventana y saca su computadora portátil, evitando deliberadamente el contacto visual con Remy, e irradia una energía que deja claro que no quiere interactuar con ella.

Parece que el sentimiento es mutuo.

Remy toma asiento en la pequeña mesa de conferencias integrada en el centro de la cabina, extendiendo su tableta y los materiales de presentación revisados. En cuestión de minutos, está totalmente inmersa en el modo de trabajo, haciendo los ajustes finales.

Yo debería revisar mis propias notas para la reunión. En cambio, la observo trabajar y noto pequeños detalles: se coloca un mechón de cabello cobrizo detrás de la oreja cuando se concentra, un ligero surco aparece entre sus cejas cuando está resolviendo un problema y mueve los labios inconscientemente mientras lee, como si estuviera probando cómo sonarán las palabras al presentarlas.

Emily regresa con el café, y Remy levanta la vista con una sonrisa genuina. —Muchas gracias. Esto es perfecto—.

—Un placer—. La azafata sonríe cálidamente. —Avíseme si necesita algo más—.

Después de que ella se va, Breck me mira y arquea una ceja. Él también lo notó. Ella trata a todos con el mismo respeto, independientemente de su posición.

Damon la describió como alguien con aires de superioridad, exigente, alguien que despreciaba a las personas que consideraba inferiores a ella.

Las discrepancias siguen acumulándose.

La reunión con el cliente se lleva a cabo en una sala de conferencias con paredes de vidrio en el piso treinta y dos de la torre tecnológica más nueva de Chicago. La vista es espectacular, con el lago Michigan brillando bajo la luz de la tarde.

Breck se encarga de las presentaciones con su encanto habitual, y yo inicio con las observaciones de apertura sobre la trayectoria y capacidades de Jacobs Security. Luego, le cedo la palabra a Remy para la presentación técnica.

Ella se levanta y la energía de la sala se transforma. Se muestra segura de sí misma sin ser arrogante, informada sin ser condescendiente. Los guía a través de sus vulnerabilidades actuales, mostrándoles exactamente dónde están expuestos sin hacerlos sentir incompetentes.

—Su infraestructura no es mala—. Muestra un diagrama de red. —Está desactualizada. Piénsenlo como vivir en una casa construida

en 1995. Los cimientos son sólidos, pero las cerraduras son viejas, las ventanas son de un solo cristal y definitivamente no tienen un sistema de seguridad que se comunique con su teléfono. No están en peligro, pero no están tan protegidos como podrían estar—.

La metáfora surte efecto. Lo veo en la forma en que el director financiero asiente, en cómo el director de tecnología se inclina hacia adelante.

Ella es buena en esto. Muy buena.

Llevamos diez minutos cuando Damon interviene. —Lo que Remy intenta decir es que su configuración actual es un lastre. Están a una brecha de distancia de una pesadilla de relaciones públicas.

Las facciones de Remy no cambian, pero noto la tensión alrededor de sus ojos. —En realidad, su configuración actual es funcional pero no óptima. Hay una diferencia significativa—.

—Semántica—. Damon hace un gesto de desdén con la mano. —El punto es que necesitan actualizarse de inmediato, o...—

—El punto es que necesitan actualizarse estratégicamente —Remy lo interrumpe, mostrando un cronograma codificado por colores. —Un enfoque por fases aborda las vulnerabilidades críticas sin interrupciones operativas. La fase uno se ocupa de la autenticación, donde están más expuestos. La fase dos maneja la segmentación de la red. La fase tres moderniza sus sistemas de respaldo y recuperación ante desastres—.

—Miren, no pueden permitirse esperar —dice Damon.

—Inculcar miedo no ayuda—. Remy se gira hacia él directamente. —Sí, necesitan actualizarse. Pero asustarlos para que tomen decisiones apresuradas no generará confianza ni entregará resultados—.

El director de tecnología asiente lentamente. —Agradezco eso. Hemos tenido malas experiencias con proveedores que prometieron el cielo y la tierra y entregaron caos—.

Damon vuelve a abrir la boca, claramente a punto de replicar, y yo lo interrumpo. —Remy tiene razón. Nuestra reputación se basa en soluciones sostenibles. El enfoque por fases es exactamente como hemos manejado renovaciones de seguridad para empresas tres veces más grandes que la suya—.

Damon entrecierra los ojos, pero mantiene la boca cerrada.

El resto de la reunión transcurre sin contratiempos. Remy responde a las preguntas técnicas con facilidad, Breck se encarga de las relaciones y Enzo interviene cuando la conversación gira hacia los detalles de la infraestructura. Para cuando nos damos la mano y prometemos un seguimiento dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, estoy seguro de que hemos conseguido el contrato.

De vuelta en el hotel, todos nos dirigimos por el vestíbulo hacia los ascensores. Remy tiene el maletín de la computadora al hombro y parece lista para desaparecer en su habitación.

—Esperen. —Breck se gira para enfrentar al grupo—. Vamos a celebrar. Encontré un lugar en el centro con buen whisky y excelentes filetes. Remy, deberías venir.

Remy lanza una mirada entre nosotros y luego sus ojos se detienen en Damon. —Es muy amable de tu parte, pero creo que paso. Ha sido un día largo—.

Todo el cuerpo de Damon se tensa a mi lado, pero permanece en silencio.

—¿Estás segura? —pregunta Breck, y puedo notar su decepción genuina—. Porque, técnicamente, vos hiciste la mayor parte del trabajo. Nosotros solo nos quedamos ahí parados luciendo guapos.

—Segura —dice ella con una sonrisa—. Disfruten ustedes. Voy a pedir servicio a la habitación y tal vez tomar un baño.

—Te acompaño arriba—. Breck se mueve hacia los ascensores. —Para asegurarme de que llegues a tu habitación a salvo—.

Damon emite un sonido que podría ser una risa o un bufido. —Ella puede encontrar su propia habitación. No es una niña—.

—No pasa nada. —Remy ya está presionando el botón del ascensor—. De verdad. Que tengan una buena noche.

Breck la sigue de todos modos, y los veo desaparecer juntos en el ascensor. Se inclina hacia ella, murmurando lo que supongo es un

chiste por la forma en que sus labios se curvan en una sonrisa real. Y me sorprende la ligera punzada de celos que siento.

Cuando Breck regresa al vestíbulo, anuncia: —Ya está instalada. Pidió suficiente servicio a la habitación para alimentar a tres personas y se veía genuinamente feliz por eso—.

—¿En serio? —espeta Damon—. ¿A quién carajo le importa? Se está quedando en un lugar más lujoso de lo que jamás podría pagar por su cuenta. Estoy seguro de que está disfrutando cada minuto—.

No respondo. Probablemente ella se sienta aliviada de tener la noche para ella sola.

Damon me da una palmada en el hombro, ya dirigiéndose hacia la salida. —Vámonos de aquí. Necesito un trago después de hoy—.

El restaurante es ruidoso, caro y está lleno de gente hermosa. Conseguimos un reservado al fondo y pedimos whisky y filetes. La conversación fluye como siempre, con viejos chistes y dinámicas familiares.

Después de un par de tragos, Damon sigue volviendo al tema de Remy. Pequeños comentarios. Sutiles indirectas.

—¿La vieron corrigiéndome frente al cliente? —Agita su whisky—. Probablemente se pasó toda la noche buscando ese error para poder aparecer y salvar el día—. Damon pide otro trago con una seña. —Está tratando de hacerse indispensable. Todo es parte del juego—.

—Encontró un problema legítimo y lo solucionó—. Hay un tono de dureza en la voz de Breck que rara vez se escucha. —Hizo un buen trabajo hoy—.

—¿La estás defendiendo? ¿Tú también te la quieres tirar? —La risa de Damon es áspera, pero por debajo de ella, oigo miedo. —Te lo puedo decir ahora mismo, no vale la pena. Confía en mí—.

La mesa se queda en silencio.

Aprieto mi mano alrededor de mi vaso. —Ya es suficiente—.

—¿Qué? —Damon levanta las manos—. Solo digo que...—

—Sé lo que estás diciendo—. Dejo mi whisky con cuidado. —Y te estoy diciendo que ya fue suficiente—.

Damon me mira fijamente durante un largo momento, luego se aparta bruscamente de la mesa. —¿Saben qué? A la mierda con

esto. Me voy por ahí. Voy a buscar a alguien que realmente aprecie mi tiempo—.

Ya se está dirigiendo a la salida antes de que cualquiera de nosotros pueda responder.

—Tiene miedo —dice Breck después de que Damon se ha ido—. Te das cuenta, ¿verdad? —.

—¿Miedo a qué? —La voz de Enzo es monótona.

—A perdernos. Remy es brillante. Todos nos sentimos atraídos por ella. Él ve que lo están dejando de lado—.

—Eso no justifica su comportamiento —les digo a mis hermanos.

—No. No lo justifica—. Breck termina su bebida. —Pero lo explica—.

Enzo y Breck intercambian una mirada, luego se ponen de pie simultáneamente.

Breck señala hacia la salida. —Probablemente deberíamos seguirlo—.

—Vayan —les hago un gesto con la mano—. Asegúrense de que no haga ninguna estupidez—.

Luego se van, y me quedo solo en una mesa con cuatro filetes a medio comer y cuatro vasos de whisky.

Normalmente, estaría con ellos. Normalmente, una noche como esta terminaría con todos nosotros en algún club, con Damon conquistando mujeres que encuentran su encanto más atractivo de lo que yo lo he hecho jamás. Es lo que hacemos: liberar tensiones, mantener las cosas simples y sin complicaciones.

Pero esta noche, preferiría estar en cualquier otro lugar.

Pido la cuenta.

Veinte minutos después, estoy en el hotel. Paso de largo mi piso y presiono el botón del de Remy.

Me digo a mí mismo que estoy aquí para garantizar su seguridad. Para asegurarme de que se instalara bien. Para agradecerle por salvarnos el pellejo hoy con ese error de presentación. Todas razones razonables y profesionales.

Pero no es por eso que estoy aquí realmente.

Mis nudillos están a un centímetro de la puerta cuando me detengo.

¿Qué carajo estoy haciendo?

Estoy parado afuera de su habitación a las diez de la noche sin un plan y sin una buena razón para estar aquí.

Bajo la mano.

Esta es una mala idea. Todo esto.

CAPÍTULO 5
ENZO

EL EDIFICIO ESTÁ DEMASIADO silencioso a medianoche. El zumbido de los servidores y el clic ocasional de los ciclos de revisión del sistema de seguridad son los únicos sonidos.

Me gusta así. Sin reuniones, sin evaluaciones de desempeño y sin Ansel respirándome en la nuca para preguntar si ya revisé las proyecciones trimestrales. Solo yo, mi código y el problema que llevo persiguiendo tres días seguidos.

La puerta trasera de autenticación que encontró Remy no deja de darme vueltas en la cabeza. No porque ella la haya encontrado —aunque eso me duele en el orgullo—, sino porque yo escribí el protocolo original hace cinco años. Alguien tomó mi trabajo y lo convirtió en un arma, y no logro descubrir quién ni cuándo.

Mi teléfono vibra.

Ansel: ***¿Sigues en la oficina?***

Yo: ***¿Dónde más estaría?***

Ansel: ***Es medianoche de un viernes. En cualquier otra parte.***

Yo: ***Ya casi termino.***

Ansel: ***No olvides comer.***

Arrojo el teléfono a un lado. Ansel ha estado más pendiente de lo habitual desde que contratamos a Remy, como si estuviera esperando una explosión. Quizás tenga razón en preocuparse.

Me quedo mirando la pantalla otros diez minutos, pero el código no va a revelar sus secretos esta noche. Se me empieza a nublar la vista y necesito comida que no sea basura de una máquina expendedora.

Es hora de dejarlo por hoy.

Agarro mi chaqueta y el maletín de la laptop, cierro mi oficina bajo llave y me dirijo al ascensor.

El estacionamiento está casi vacío, y voy a mitad de camino hacia mi auto cuando escucho a una mujer maldiciendo. Se nota frustrada, y las palabrotas son cada vez más fuertes.

Remy está de pie junto a un sedán destartalado que parece pegado con cinta adhesiva, con el teléfono pegado a la oreja.

—No, entiendo lo de la tarifa dinámica, pero trescientos dólares por quince millas es... —Me ve y se endereza—. Olvídalo. Ya veré cómo resolverlo. —Termina la llamada y se guarda el teléfono en el bolsillo.

—¿Problemas con el auto? —le pregunto.

—La batería está muerta. O es el motor de arranque. No lo sé. —Se pasa una mano por el cabello, y noto que lo lleva suelto esta noche, cayéndole más abajo de los hombros—. Ya veré qué hago.

—Abre el capó.

—¿Qué?

—Abre el capó. Le echaré un vistazo.

Se cruza de brazos. —¿Sabes de autos? Mírate, mostrando facetas ocultas. Pensé que solo hablabas en código y silencios desaprobadores.

Finjo que no escuché esa última parte. —Sé de muchas cosas. —Me acerco a su auto—. Solo abre el capó.

Ella se muerde el labio inferior y luego estira el brazo hacia adentro y jala la palanca del capó. Lo abro de un tirón e inmediatamente veo el problema: los terminales de la batería están oxidados, cubiertos de una acumulación cristalina blanca que grita descuido.

—¿Cuándo fue la última vez que le hiciste mantenimiento?

—No lo sé. ¿Hace seis meses? ¿Un año? —Está parada muy cerca. Y cualquier perfume que esté usando —jazmín, tal vez algo

floral— hace que sea difícil concentrarse en los terminales oxidados.

Levanto la vista y me encuentro con que me está observando. Parpadea lentamente y tiene la mirada perdida. Se nota que está agotada. El tipo de cansancio que cala más hondo que un día largo de trabajo.

—Tengo herramientas en mi auto. Espera.

Agarro lo que necesito de la cajuela de mi Range Rover.

Remy me observa en silencio durante un minuto antes de hablar. —¿Por qué estás aquí hasta tan tarde?

—Podría preguntarte lo mismo.

Sus ojos brillan con humor. —Yo pregunté primero.

—Trabajo mejor de noche. Sin distracciones. —Rasco un poco más de corrosión—. Tu turno.

Sigue mirándome mientras trabajo en el auto, y luego responde. —Estaba revisando las proyecciones financieras para la actualización de seguridad. Buscando formas de reducir costos sin comprometer la eficacia.

—Ese no es tu trabajo.

—Lo es si quiero asegurarme de que renueven este contrato. —Cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra—. Necesito este trabajo.

Su determinación no es desesperada, pero quiero saber más.

—¿Por qué? —La miro de reojo.

—Eso es personal.

La miro y arqueo una ceja. —Pero yo soy tu jefe, y tú necesitas este trabajo.

Sus labios se curvan ligeramente. No es del todo una sonrisa, pero se le acerca. —Buen punto. —Toma aire—. Mi papá se lesionó hace unos años y ya no puede trabajar. El seguro no cubre lo suficiente, así que mis padres apenas pueden pagar sus cuentas. Con este sueldo, no tienen que preocuparse y no perderán su casa.

Dejo de trabajar en el auto y la miro a los ojos. *Mierda.* Es mucha responsabilidad para alguien de veintitantos años.

La forma en que habla de sus padres y de lo que está pasando me molesta más de lo que debería.

La mayoría de la gente en mi mundo nunca se ha preocupado por el dinero. Nunca han tenido que estirar un cheque o decidir qué facturas pagar primero. Remy sabe lo que es eso. Está manteniendo a su familia a flote y no actúa como si alguien le debiera algo por ello.

Vuelvo a la batería, apretando las conexiones con más agresividad de la necesaria. —¿Por eso soportas las estupideces de Damon?

—En parte. —Su voz se vuelve más baja—. Y en parte porque defenderme demuestra que soy todo lo que él les dijo que era.

—Él dijo que eras vengativa. Que no pudiste manejar la ruptura.

—Sé lo que dijo.

—¿Estaba mintiendo? —pregunto.

Ella se queda callada tanto tiempo que vuelvo a levantar la vista.

—No quiero hablar de Damon. —Sus palabras son tajantes, finales.

Asiento. —Está bien.

Vuelvo al motor del auto y no volvemos a hablar hasta que termino.

—Intenta encenderlo ahora.

Ella se desliza en el asiento del conductor y gira la llave. El motor arranca de inmediato, con un sonido áspero al principio, y luego se estabiliza.

—Lo arreglaste. —La sorpresa genuina llena sus palabras—. Facetas ocultas, Enzo Jacobs.

Lanzo un gruñido. Facetas que ella no necesita ver.

—Debería aguantar por ahora. Llévalo a mantenimiento. —Cierro el capó y me limpio las manos con un trapo de taller—. Y piensa en cambiarlo por uno mejor.

—Simplemente le haré el mantenimiento.

Le pagamos suficiente dinero para que pueda permitirse un auto mejor. Así que, si se queda con ese, es cosa suya.

—Bien. Conduce esa trampa mortal. Solo no hagas que sea mi problema cuando te deje tirada en alguna parte.

Eso me gana una risa sorprendida. Se baja del auto pero no hace ademán de irse. En cambio, se apoya contra la puerta,

estudiándome. —Qué encantador.

—Nunca dije que fuera amable. —Y hay algo de verdad en esas palabras.

—Pero Enzo, estás siendo un poco amable conmigo —responde ella.

Escuchar mi nombre en su boca hace que olvide de qué estábamos hablando.

—Encontraste un agujero en mi código que yo no vi —me encojo de hombros—. Eso te hace merecedora de un poco de cortesía.

Antes de que ella pueda responder, las luces de un auto recorren el estacionamiento. Un Escalade negro entra demasiado rápido y el motor se apaga con una finalidad agresiva.

Damon sale a trompicones, e inmediatamente sé que está borracho. No está perdido de borracho como para no poder caminar, pero se mueve con torpeza y habla fuerte de una manera que indica que lleva horas bebiendo.

—Vaya, vaya. —Nos ve y sonríe, pero no hay nada amistoso en ello—. ¿No es esto muy tierno? ¿Trabajando juntos hasta tarde?

—Su auto se murió. Lo arreglé. —Me pongo entre él y Remy sin pensarlo—. ¿Qué haces aquí?

—Olvidé mi laptop. Gran presentación el lunes. —Se tambalea un poco, entornando los ojos para mirar a Remy por encima de mi hombro—. Pero parece que estoy interrumpiendo.

—No lo haces. —Los hombros de Remy se tensan—. Ya me iba.

—Seguro que sí. —La sonrisa de Damon se vuelve desagradable —. Eso es lo que haces, ¿verdad? Te haces la inocente mientras clavas tus garras. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que te estés tirando a los tres, Remy? ¿Vas a por los tres trillizos?

Una ira inesperada recorre mis nervios. —Cierra la maldita boca, Damon. Estás borracho. —Doy un paso hacia él con los puños cerrados, y él retrocede por instinto.

—¿Qué? —Se ríe, pero ahora hay miedo en sus ojos—. ¿Me vas a pegar?

Mi puño ya está cargado hacia atrás antes de que sus palabras cobren sentido. Me quedo helado, con los músculos tensos,

dándome cuenta de que estaba a punto de golpear a mi mejor amigo de trece años en un estacionamiento.

Bajo el puño. —Estás borracho. Vete a casa. Incluso yo te llevaré.

Por un segundo, creo que va a seguir provocándome. Luego debe de ver lo que hay en mi expresión, porque levanta las manos en señal de rendición.

—Bien. Lo que digas. —Damon se endereza la camisa, con la ira y el dolor luchando en su rostro. Me mira fijamente por un largo momento y luego se dirige al ascensor.

Las puertas del ascensor se cierran, dejándonos a Remy y a mí en silencio.

No me doy la vuelta de inmediato. Me tiemblan las manos por la adrenalina y la rabia, y necesito un segundo para controlarme.

Ella me estudia, y puedo sentir el peso de su mirada. —Gracias.

—No me agradezcas. —Saco mi teléfono y abro mis contactos—. Dame tu número.

—¿Por qué?

—Te voy a enviar un mensaje para que tengas mi número. Luego me enviarás un mensaje cuando llegues a casa a salvo.

Levanta las cejas.

—Hazme el favor. —Le tiendo el teléfono.

Lo toma, escribe su número y me lo devuelve. Nuestros dedos se rozan. El contacto dura medio segundo, pero lo siento por todo el cuerpo.

—Listo. —Se mueve hacia la puerta de su auto—. ¿Contento?

—Solo avísame cuando llegues a casa.

Se sube a su auto y la veo alejarse, las luces traseras desapareciendo por la rampa.

El ascensor suena y Damon sale con su maletín de laptop, su agresividad de antes reemplazada por un silencio hosco. No me mira mientras caminamos hacia mi auto.

El trayecto hasta su departamento es tranquilo, salvo por los sonidos de la ciudad filtrándose por las ventanas. Mantengo la vista en la carretera, con las manos apretadas al volante, porque si lo miro, podría decir algo de lo que no pueda retractarme.

Cuando me detengo frente a su edificio, finalmente habla. —Ella va a arruinarlo todo. Lo sabes, ¿verdad?

No respondo.

Sale, cierra la puerta de un golpe y desaparece en su edificio sin mirar atrás.

Mi teléfono vibra.

Remy: ***Llegué a casa.***

Me quedo mirando el mensaje más tiempo del que debería, luego me guardo el teléfono y manejo hacia casa por las calles vacías, preguntándome por qué demonios estuve a punto de golpear a mi mejor amigo por alguien que apenas conozco.

CAPÍTULO 6
REMY

MI ALARMA suena a las seis y media el lunes por la mañana, que es más temprano de lo que me gustaría, pero más tarde de lo que me he estado despertando de forma natural. Resulta que intentar rastrear una brecha de seguridad mientras evitas a tu exnovio es una excelente motivación para el insomnio.

Estoy a la mitad de mi segunda taza de café cuando mi teléfono vibra.

Número desconocido: ***Buenos días, señorita Ray. Soy Joshua, su chofer. Estoy abajo para cuando esté lista.***

Me quedo mirando el mensaje durante unos buenos diez segundos antes de que mi cerebro reaccione. ¿Chofer? Definitivamente no pedí un servicio de transporte.

Reviso mi correo, buscando cualquier cosa que se me haya pasado. Nada. No hay invitaciones de calendario, ni confirmaciones de transporte, ni explicación alguna de por qué hay un chofer esperando fuera de mi departamento a las siete de la mañana.

Guardo el contacto en mi teléfono en caso de que alguna vez necesite el número del chofer. Mi teléfono vibra de nuevo.

Joshua: ***Los hermanos Jacobs organizaron esto. Querían asegurarse de que tenga un transporte confiable hacia y desde la oficina.***

Por supuesto que lo hicieron. Porque contratar un chofer para una nueva empleada es una respuesta completamente normal, y para nada excesiva, después de haber visto mi auto.

Mi auto tiene personalidad. Arranca la mayoría de las veces. Eso es todo lo que realmente puedo pedir.

Escribo una respuesta.

Yo: ***Es muy amable de su parte, pero tengo auto. Puedo manejar yo misma.***

Joshua: ***Entiendo, señorita Ray. Sin embargo, el Sr. Enzo fue muy claro en que este acuerdo no es negociable.***

Me quedo mirando el teléfono, debatida entre la molestia y la sensación de sentirme cuidada. Estoy segura de que esta decisión surgió después de que Enzo vio bien mi auto el viernes.

Yo: ***Está bien. Bajaré en diez minutos.***

Joshua: ***Tómese su tiempo. Aquí estaré.***

Agarro mi maletín para la laptop, verifico dos veces que tengo mi credencial de seguridad y bajo las escaleras.

Joshua está de pie junto a una camioneta negra idéntica a la que tomamos para ir al aeropuerto la semana pasada. Abre la puerta con una sonrisa cálida.

—Buenos días, señorita Ray.

—Buenos días, Joshua —me deslizo en el asiento trasero—. Y, por favor, dígame Remy.

—De acuerdo, Remy. —Cierra la puerta y rodea el vehículo hacia el asiento del conductor—. Hay café en el portavasos, si gusta. Negro, sin azúcar, ¿verdad?

Miro hacia abajo. Efectivamente, hay un termo de viaje en la consola central, con vapor saliendo de la tapa.

—¿Cómo supo...?

—El Sr. Breck mencionó que lo prefiere negro. —Joshua se incorpora suavemente al tráfico—. Dijo que lo toma como si se sintiera personalmente ofendida por el concepto de la crema para café.

Se me escapa una risa. —No se equivoca.

El trayecto a Jacobs Security toma veinticinco minutos y, para cuando nos detenemos ante el edificio, ya he despejado mi bandeja

de entrada y me siento un poco más en control del caos que es mi vida.

Joshua me abre la puerta. —Estaré aquí a las seis para llevarla a casa, a menos que me necesite antes.

—A las seis está perfecto. Gracias, Joshua.

—Un placer, Remy.

La sala de juntas ejecutiva ya está ocupada cuando llego a las nueve para una reunión que programaron. Ansel está sentado a la cabecera de la mesa, como siempre. Enzo está repantigado en una silla a su izquierda, desplazándose por su tableta con el ceño fruncido. Breck está de pie cerca de las ventanas, con una taza de café en la mano.

Damon está sentado frente a Enzo, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

Genial. Nada como empezar el lunes por la mañana con mi exnovio mirándome con furia desde el otro lado de una mesa de conferencias.

—Buenos días. —Tomo asiento cerca del centro de la mesa y apoyo mi laptop con cuidado—. ¿Querían verme?

—Buenos días, Remy. —La sonrisa de Breck es genuina y cálida —. ¿Café?

—Joshua ya me suministró uno. —Abro los archivos que necesitaré para esta reunión—. Pero gracias.

Ansel levanta la vista de su laptop. Sus ojos se encuentran con los míos. —El cliente de Chicago firmó esta mañana.

Mi corazón da un pequeño salto triunfal. —¡Eso es increíble!

Cálmate, Remy. Profesional. Sé profesional.

—Lo es. —Ansel se reclina un poco—. Mencionaron específicamente tu presentación como un factor decisivo. Les encantó tu enfoque de implementación por fases y tu comprensión de sus requisitos de cumplimiento. Quedaron impresionados.

El orgullo me invade, lo cual es inoportuno porque me he estado esforzando mucho en que no me importe lo que piensen. Añadamos eso a la lista de cosas en las que estoy fallando, justo al lado de ignorar a mi ex y no sentirme atraída por mis tres jefes ridículamente guapos.

—Me alegra haber podido ayudar a cerrar el trato.

—¿Ayudar? —dice Breck—. Su director de tecnología prácticamente le rogó a Ansel que te mantuviera en la cuenta.

Siento calor en las mejillas. —Hombre inteligente.

Ansel ni siquiera esboza una sonrisa. Estoy perdiendo la esperanza de que alguna vez me encuentre graciosa. —Bien, bueno, realmente fuiste más allá de lo que se esperaba. Quiero reconocer eso. —Su rostro permanece neutral, pero sus ojos se demoran en los míos un segundo más de lo necesario.

Damon se remueve en su asiento. —La construcción de la relación también ayudó. He estado cultivando a ese cliente durante meses. La presentación de Remy fue buena, pero la base ya estaba ahí.

La temperatura en la sala baja varios grados.

Breck deja su taza de café. —Sí, Damon. Buen trabajo.

Su tono es condescendiente, y tengo que toser para reprimir una risa.

—No estoy diciendo que ella no haya contribuido. —Damon intenta defenderse.

—Estás minimizando su contribución —responde Enzo.

La tensión entre Enzo y Damon es imposible de ignorar. Después de lo que pasó el viernes por la noche, algo fundamental debe haberse roto entre ellos.

La mandíbula de Damon se tensa. Se queda en silencio.

Ansel se aclara la garganta. —Ambos desempeñaron papeles importantes. La experiencia técnica de Remy y la gestión de relaciones de Damon trabajaron en conjunto para cerrar el trato. Así es como debe ser.

Es diplomático, justo, incluso ecuánime. Pero noto cómo Ansel me mira cuando menciona la experiencia técnica. Y noto cómo mira a Damon cuando menciona la gestión de relaciones, como si

estuviera eligiendo sus palabras para evitar un conflicto en lugar de hablar con libertad.

Sus dedos tamborilean una vez contra la mesa antes de quedarse quietos. Enzo se repantiga en su silla como si no le importara nada, pero sus ojos no se han apartado del rostro de Damon. La sonrisa fácil de Breck se ha tensado en las comisuras.

Tres hombres que comparten un rostro pero no podrían ser más diferentes.

—¿Remy?

Parpadeo, dándome cuenta de que Ansel ha estado hablando.

—Lo siento, ¿qué?

—Pregunté si necesitabas algo para el despliegue de la implementación. ¿Recursos, personal adicional, autorización para anular la resistencia de algún departamento?

—Debería estar bien. La mayoría de los departamentos han cooperado hasta ahora. IT se está demorando un poco, pero creo que se trata más de la carga de trabajo que de resistencia.

—Hablaré con ellos. —Enzo hace una nota en su tableta—. Cooperarán.

—Diplomáticamente, por favor. —Ansel no suena muy esperanzado.

Enzo solo se encoge de hombros. —Diplomáticamente. Entendido.

Pero su tono sugiere que será cualquier cosa menos diplomático.

Damon se pone de pie abruptamente. —Si terminamos aquí, tengo reuniones que preparar.

—Terminamos. —El despido de Ansel es claro.

Damon se va sin decir una palabra más. La tensión en la sala se disipa de inmediato.

Breck se mueve para ocupar el asiento que Damon dejó vacío. —Entonces, aparte de aterrorizar a los departamentos de IT, ¿cuál es tu prioridad para hoy?

—Terminar el rastreo del acceso por la puerta trasera. —Abro mis notas—. Lo he reducido a una ventana de tres días cuando se realizó la modificación. Si puedo aislar la marca de tiempo exacta y cotejarla con los registros de acceso de los empleados...

—Tendrás un nombre —termina Enzo mi frase.

—Exactamente.

—¿Qué tan segura estás? —Ansel se inclina un poco hacia adelante.

—Setenta por ciento. Tal vez setenta y cinco. —Encuentro su mirada—. Quienquiera que haya hecho esto fue cuidadoso, pero no perfecto. Dejó rastros. Necesito encontrarlos.

—¿Y si no puedes?

—Entonces encontraré otro ángulo. Siempre hay otro ángulo.

Ansel asiente despacio. —Mantennos informados. Si chocas con algún obstáculo, avísanos de inmediato.

—Lo haré.

Regreso a mi oficina con una determinación renovada. El trato de Chicago está firmado, tengo el apoyo total del equipo ejecutivo y estoy cerca —muy cerca— de descifrar esta brecha.

Cuatro horas después, estoy mirando mi pantalla con el corazón acelerado y una sonrisa que no puedo reprimir.

Lo encontré.

Los registros de acceso, la marca de tiempo y el momento exacto en que alguien utilizó credenciales comprometidas para insertar esa puerta trasera. Y lo que es más importante, encontré el patrón: una serie de modificaciones menores, casi invisibles, realizadas a lo largo de semanas, todas conducentes a la brecha principal.

Es elegante, en cierto modo aterrador. Quien hizo esto sabía exactamente lo que estaba haciendo, cómo ocultar sus huellas, cómo hacer que cada cambio pareciera lo suficientemente inocuo como para no activar las alertas.

Pero cometieron un error. Accedieron al sistema dos veces desde la misma dirección IP. Esa dirección IP rastrea hasta una ubicación específica, un dispositivo específico.

Los tengo.

Mi teléfono vibra, sobresaltándome y sacándome de mi concentración.

Breck: ***Encuéntranos afuera.***

Yo: ***¿Todo bien?***

Breck: ***Sí. Solo baja.***

Guardo mi trabajo, agarro mi chaqueta y me dirijo a los ascensores. Mi mente todavía está en el gran descubrimiento, analizando las implicaciones, los pasos siguientes y cómo presentar esta información a los trillizos.

El vestíbulo está lleno de empleados que regresan del almuerzo y clientes que llegan para reuniones. Cruzo las puertas principales y me detengo en seco.

Los tres hermanos Jacobs están en la acera. Altos, de cabello oscuro e irritantemente guapos de esa manera idéntica que todavía me toma desprevenida. Entre ellos hay un auto, un sedán de lujo plateado con la pintura impecable, vidrios polarizados y un interior de cuero visible a través del parabrisas.

Ansel es el primero en notarme. Su expresión es estoica, pero hay anticipación en sus ojos.

—¿Qué es esto?— pregunto.

—Vamos, Remy —hace girar un juego de llaves alrededor de su dedo—. Seguro que puedes descifrar lo que significa un auto con un moño.

Me quedo mirando el sedán y luego a ellos. —Me compraron un auto.

Esto es ridículo.

—Te estamos proporcionando transporte de la empresa —aclara Ansel, como si fuera una decisión de negocios completamente razonable—. Dada la naturaleza de tu trabajo y las recientes preocupaciones de seguridad, queremos asegurarnos de que tengas un transporte confiable y seguro.

—No, no puedo aceptar esto —señalo el auto con impotencia. No soy una experta en autos, pero incluso yo sé que esto no es algo que se compra en un concesionario por capricho.

—Puedes y lo harás —la postura de Enzo no cambia—. No es negociable.

—Todo es negociable.

—Remy. —Ansel se acerca—. No estamos preguntando. Se trata de tu seguridad. El auto está a tu nombre —y se asegura de que lo esté mirando; me preparo para lo que está a punto de decir—. Si te niegas a manejarlo, vas a acumular muchas multas de estacionamiento por dejarlo aquí.

No puedo evitarlo. Suelto una carcajada, lo que hace que él esboce una sonrisa. Y, por Dios, es una sonrisa tan perfecta.

Quiero discutir. Todos mis instintos gritan que esto es demasiado y que se parece mucho a la caridad. Pero al mirar sus rostros, me doy cuenta de que no se trata de dinero o estatus. Se trata de tratarme bien y asegurarse de que esté a salvo. Y tal vez de demostrarme que importo.

—Está bien —la palabra sale con renuencia—. Pero si así es como tratan a todos sus empleados, Recursos Humanos va a tener preguntas.

Breck se ríe. —Considéralo una recompensa.

—¿Quieres decir que es una recompensa por descubrir su brecha de seguridad?— Espero a que procesen lo que acabo de decir.

El cambio en los tres es inmediato.

Ansel se queda muy quieto. —¿Encontraste a la persona que intenta acceder a nuestros sistemas?

—Encontré el punto de acceso, la línea de tiempo y la dirección IP. Sé exactamente cuándo ocurrió la brecha, cómo se ejecutó y de dónde se originó.

Enzo acorta la distancia entre nosotros. —¿Tienes un nombre?

—Todavía no. Pero tengo suficiente para rastrearlo. Dame otra hora, tal vez dos, y tendré todo lo que necesitan.

Ansel suelta un suspiro. —Maldita sea, por fin.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, las manos de Breck están en mi cintura y me levanta del suelo, dándome vueltas.

—¡Eres una pequeña genia, brillante y hermosa!

Me agarro de sus brazos para mantener el equilibrio, entre risas y protestas. —¡Breck! ¡Bájame!

Me baja lentamente, mi cuerpo rozando el suyo durante todo el trayecto. Cuando mis pies finalmente tocan el suelo, sus manos siguen en mi cintura, sus pulgares trazando pequeños círculos que hacen que mi piel arda incluso a través de la tela de mi blusa. Está tan cerca que puedo sentir el calor que irradia de él, sentir la forma en que sus músculos se tensan, como si se estuviera conteniendo.

Sus ojos se clavan en los míos, intensos y deseosos.

—Vamos a celebrar.— Su voz baja de tono, más ronca—. Cena. Esta noche. En algún lugar carísimo donde pueda verte fingir que los precios del menú no te ponen nerviosa.

—Tengo trabajo— le digo.

—El trabajo puede esperar.— Enzo se acerca y, de repente, estoy flanqueada por los tres.

—Acabas de ahorrarnos millones y una pesadilla de relaciones públicas— interviene Ansel—. Te llevaremos a cenar.

El calor de los tres es abrumador. Breck aún no ha quitado las manos de mi cintura. Y Ansel y Enzo están lo suficientemente cerca como para que una ligera inclinación en cualquier dirección cerrara la brecha por completo. Se me corta la respiración, y sé que todos lo escuchan por la forma en que sus cuerpos se quedan quietos.

—Está bien— logro decir, mi voz saliendo más entrecortada de lo que pretendía—. Cena.

La sonrisa de Breck se vuelve absolutamente pícara. —Perfecto. Puedes manejar tu auto nuevo a casa, y luego Joshua te pasará a buscar a las siete.

Finalmente me suelta, pero el calor de sus manos permanece mucho después de que se ha retirado.

Espero hasta que han vuelto a entrar antes de sacar mi teléfono. Mi respiración todavía es errática por la adrenalina, por el gran avance y tal vez por las manos de Breck en mi cintura.

Necesito hablar con alguien que no me pague el sueldo o no me acelere el pulso.

Mi mejor amiga responde al segundo tono. —Por favor, dime que llamas con buenas noticias, porque acabo de soportar la peor reunión con un cliente de mi vida y necesito una victoria.

No me molesto con saludos. —Jess, me compraron un auto.

Silencio.

—¿Jess?— pregunto, mirando mi pantalla para asegurarme de que no colgué sin querer. Vuelvo a ponerme el teléfono en el oído.

Finalmente, habla. —Lo siento, ¿qué? ¿Quién te compró qué?

—Los hermanos Jacobs. Me compraron un auto. Un auto muy, muy bonito.— Las palabras salen más rápido ahora—. Está estacionado frente a mi oficina ahora mismo con mi nombre en el título.

—Bien, retrocede. Empieza desde el principio. ¿Por qué tus jefes te compraron un auto?

Me apoyo contra el edificio, viendo pasar el tráfico. —Dijeron que es transporte de la empresa. Por seguridad.

—Seguridad.— Jess resopla—. Las empresas normales te dan un pase de estacionamiento, no un auto de lujo.

—Dijeron que...

Jess me interrumpe. —¿A cuál de ellos le gustas?

Mis mejillas se calientan. —¿Qué? ¡No les gusto! Bueno, no en la forma que estás insinuando.

—Remy. Tres multimillonarios no les compran autos a las empleadas que no les interesan. ¿Son los tres? Dios mío, les gustas a los tres.

—Jess...

—¡Esto es perfecto! Qué manera de vengarte de Damon. Él te engañó, y ahora tienes a tres multimillonarios que intentan impresionarte.

—No.— Mi voz suena más cortante de lo que pretendía—. No les gusto de esa manera. Y no estoy aquí por venganza. De hecho, trato activamente de evitar a Damon lo más posible.

—Sí, ya sé que siempre quieres hacer lo correcto.— Escucho tecleos de fondo—. Espera, los estoy buscando. Quiero ver cómo son. Espera.

—Jess, por favor, para.

—Dios mío. Remy. REMY. Estos hombres son guapísimos. Los tres. Bueno, obviamente los tres, son trillizos.

—Jess, te prometo que no está pasando nada entre yo y ninguno de los hermanos Jacobs— le digo a mi amiga, pero no puedo

contener una risa.

—Solo digo que la venganza podría verse mucho peor.

—Jess, los trillizos están fuera de los límites. No voy a arriesgarme a perder mi trabajo.

—¿Quién dijo algo sobre perder tu trabajo? Solo digo que, tal vez, mantengas la mente abierta.— El típico consejo de Jess. Y es una sugerencia que ignoraré de inmediato.

Me presiono los párpados con los dedos. —Me invitaron a cenar esta noche para celebrar el hecho de que posiblemente les acabo de ahorrar millones de dólares.— No le cuento sobre la resolución de la brecha debido al acuerdo de confidencialidad tan estricto.

—¿Qué? ¡Eso es increíble! ¡Felicidades!

Y entonces empiezo a descargar algunos de mis sentimientos. —No sé qué ponerme ni cómo sentirme con lo del auto. Es mucho, por eso te llamé.

—Ok, deja de agobiarte.— La voz de Jess cambia al modo práctico—. Ve a cenar, deja que te celebren y ponte algo que te haga sentir segura de ti misma. Solo relájate y diviértete. Eres brillante, y ellos lo reconocieron. Te lo ganaste.

—En realidad es un buen consejo.

—Lo sé. Soy sabia de remate.— Hace una pausa—. Además, si las cosas salen bien, recuerda que los trillizos probablemente tengan una excelente resistencia.

—Adiós, Jess.— Cuelgo, pero estoy sonriendo a pesar de mí misma.

CAPÍTULO 7
BRECK

REMY ENTRA al restaurante y casi tiro mi vaso de agua al ponerme de pie.

Tengo que obligarme a no quedarme mirándola. Su cabello cobrizo está suelto por una vez, cayendo en ondas más allá de sus hombros, y lo único en lo que puedo pensar es en cómo se sentiría enredado en mi puño. Sus labios están pintados de rojo oscuro, y he pasado las últimas dos semanas tratando de no imaginar cómo se sentirían cuando besa, o cómo se sentirían contra mi piel.

Enzo también nota lo bien que se ve. Se queda completamente inmóvil, con el teléfono olvidado en la mano, mirándola como si nunca antes hubiera visto a una mujer.

Ansel se levanta con más soltura que yo, pero noto el ligero tropiezo en su movimiento, la forma en que sus nudillos se ponen blancos contra la silla mientras ella se acerca.

—Perdón por la demora —Remy se detiene en nuestra mesa, colocándose un mechón de cabello detrás de la oreja—. Había algo de tráfico. Gracias de nuevo por enviar a Joshua a buscarme.

——No llegas tarde —le digo—. Estás perfecta. —Y no puedo creer que acabo de decir eso en voz alta.

Sus mejillas se ruborizan.

——Quiero decir, a tiempo. Llegas a tiempo.

Ansel finalmente encuentra su voz: —Te ves increíble.

—Gracias. —Ella se alisa el vestido, y el movimiento atrae mi atención hacia la curva de sus caderas, la forma en que la tela se estira sobre su trasero—. No estaba segura de qué ponerme. No suelo ir a cenas elegantes muy seguido.

Enzo saca la silla a su lado: —Tomaste la decisión correcta.

Ella se sienta y yo me obligo a hacer lo mismo, aunque cada terminación nerviosa de mi cuerpo está plenamente consciente de su presencia. Ya sé que estaré pensando en ese vestido más tarde, cuando esté solo en mi habitación con la mano envuelta en mi polla.

Sé que no debería sentirme atraído por ella de esta manera.

Es una empleada, y es tan brillante que mis hermanos y yo no queremos arriesgarnos a perderla nunca. Y luego está el hecho de que solía salir con Damon, un hecho que está empezando a molestarme cada vez más cada vez que lo pienso.

Pero, maldita sea, no puedo dejar de pensar en ella.

Un camarero aparece con vino y Ansel se encarga del pedido, como siempre.

Una vez que el camarero se retira, Ansel levanta su copa. —Por Remy. Por encontrar nuestra brecha de seguridad.

Enzo y yo levantamos nuestras copas. —Por Remy.

Las mejillas de Remy se vuelven a sonrojar mientras choca su copa con las nuestras. —¿Consiguieron más información sobre la persona que estaba detrás de esto, verdad? ¿Con el nombre y la dirección IP que les di?

Ansel deja su copa. —El individuo responsable era un ex empleado. Alguien a quien despedimos hace seis meses por problemas de rendimiento. Aparentemente estaba resentido por eso.

—Un ex empleado resentido. Qué sorpresa. —Ella se inclina hacia adelante—. Por favor, díganme que le van a hacer la vida muy difícil.

—Las autoridades ya están involucradas —Ansel toma otro sorbo de su vino—. Nuestros abogados están presentando cargos bajo la Ley de Fraude y Abuso Informático. Acceso no autorizado, posibles cargos por delitos graves, multas y, posiblemente, tiempo en prisión.

La copa de Remy se detiene a mitad de camino hacia su boca. —Eso es... intenso.

Enzo se recuesta en su silla. —No sabemos qué planeaba hacer. Pero si estaba tratando de destruir nuestra empresa, se merece lo que le espera.

Nuestra comida llega y la conversación deriva hacia temas más ligeros: próximos proyectos, chismes de la industria, una conferencia de tecnología en San Francisco el próximo mes. Remy se relaja gradualmente, riendo con el humor seco de Enzo e intercambiando pullas con Ansel sobre estándares de cifrado.

La observo más de lo que debería. Gesticula cuando se emociona con un tema. Sus ojos se iluminan cuando habla de código. Intenta ocultar la pequeña sonrisa que aparece cuando alguno de nosotros la hace reír. Y cada vez que toma su copa de vino, el vestido se mueve, revelando más piel y más pecas que quiero recorrer con mi lengua.

Ansel también la observa. Su mirada se demora cuando ella no está mirando, siguiendo sus movimientos con una intensidad acentuada.

Y Enzo. Mierda. Enzo la mira como si estuviera calculando exactamente cuánto tiempo le tomaría sacarla de ese vestido y meterla en su cama.

Esta dinámica es familiar: los tres queriendo a la misma mujer.

Hemos compartido mujeres antes, aunque no bajo ningún acuerdo formal. Más bien como un entendimiento mutuo de que, cuando los tres estamos interesados, resolvemos lo que funcione.

Pero esto es diferente.

Remy no es una mujer cualquiera que conocimos en un club o en un evento de la industria. Es nuestra empleada. Nuestra consultora senior de seguridad. La mujer que salvó a nuestra empresa de una brecha potencialmente catastrófica.

Y es la ex de Damon.

Esa última parte debería ser suficiente para anular cualquier interés. Damon es de la familia. Realmente ha hecho mucho para ayudar a construir nuestra empresa. Hemos pasado por el infierno juntos y hemos confiado el uno en el otro para todo.

Pero al ver a Remy...

La deseo. Y mis hermanos también la desean.

Ansel deja su tenedor, y su expresión cambia a algo más serio. —Remy, nos gustaría ofrecerte un puesto. No como contratista, sino como miembro permanente de nuestro equipo ejecutivo.

Remy parpadea. —¿Qué?

—Directora de Seguridad —Ansel se recuesta, tamborileando los dedos una vez contra la mesa—. Beneficios completos, opciones sobre acciones, todo incluido. Has demostrado que puedes manejarlo y, francamente, seríamos unos idiotas si dejáramos que te fueras cuando termine tu contrato.

Busco la oferta en mi celular y se lo deslizo por la mesa.

Remy toma mi celular y sus ojos escanean las cifras. Se le corta la respiración. —Esto es generoso. Muy generoso.

Enzo se cruza de brazos. —Lo vales.

Ella mira a los tres, buscando el truco. —¿Hablan en serio?

—Completamente —Ansel le sostiene la mirada—. Te queremos en Jacobs Security. A largo plazo.

Remy deja el celular con cuidado, como si temiera que pudiera romperse. —Necesito pensarlo.

Recupero mi celular, dejando que mis dedos rocen los suyos en el proceso. El contacto dura medio segundo, pero veo cómo se le eriza la piel del brazo donde nos tocamos. —Por supuesto. Tómate todo el tiempo que necesites.

Ella me mira a los ojos: —Gracias por creer en mí.

Mi voz baja una octava: —Tú lo haces fácil.

Ansel se aclara la garganta. —¿Alguien quiere postre?

Una hora más tarde, estamos en un bar del centro. Las luces son tenues, el whisky es bueno y la pista de baile está lo suficientemente llena como para sentirse íntima sin ser claustrofóbica.

Ansel bebe lentamente su segundo whisky, observando a la multitud. Enzo se apoya contra la barra, ignorando a la rubia que ha estado tratando de llamar su atención durante los últimos diez minutos. Todo su enfoque está en Remy.

Remy se sienta entre ellos, riendo de lo que sea que dijo el camarero, con su cabello captando la luz cada vez que se mueve.

Debería quedarme donde estoy y mantener mi distancia. En cambio, me acerco a ella y le tiendo la mano: —Baila conmigo.

Ella levanta la vista y la sorpresa cruza sus facciones. —¿Qué?

—Baila conmigo —Mantengo la mano extendida, firme—. A menos que seas una bailarina pésima. No querría que me avergonzaras.

Ella entrecierra los ojos. —No soy pésima en nada.

Le creo. Y esa afirmación hace que quiera poner a prueba esa declaración, preferiblemente sin ropa.

—Demuéstralo.

Ella toma mi mano.

La guío hacia la pista de baile, atrayéndola lo suficiente como para sentir lo suave que es, lo perfectamente que encaja contra mí.

La música es lenta, con un ritmo que hace que los cuerpos se muevan en sintonía sin pensar. Sus manos descansan sobre mis hombros, tímidas al principio, y luego con más confianza a medida que empezamos a movernos juntos.

Me mira a través de sus pestañas: —Todo el mundo te ve como el encantador, pero tú eres un problema.

Mis manos se posan en su cintura y mis pulgares rozan la piel expuesta de su espalda baja. —No tienes idea, pero te gusta.

—No es cierto.

La atraigo más hacia mí, hasta que apenas queda espacio entre nosotros. —Mentirosa. Me has estado mirando toda la noche.

—Tú también me has estado mirando.

—Lo he hecho. —No tiene sentido negarlo.

Se le corta la respiración. —Breck...

Pero no termina su pensamiento. Se inclina, su cuerpo presionando contra el mío, y la pego completamente a mí. Cada suave curva se moldea a mi cuerpo, y puedo sentir su corazón acelerado. Me inclino hasta que sus labios están a centímetros de los míos, lo suficientemente cerca como para saborear el vino en su aliento. Mi mano se desliza más abajo por su espalda, los dedos extendiéndose posesivamente sobre su columna.

Voy a besarla.

Aquí mismo, en medio de este bar abarrotado, con mis hermanos mirando desde el otro lado de la sala. El whisky es el que piensa ahora, y yo lo estoy dejando.

Mi otra mano se enreda en su cabello, inclinando su cabeza hacia atrás.

Y entonces ella se aparta. No mucho, pero lo suficiente como para romper el momento. Sus manos se deslizan de mis hombros y da un paso atrás.

Su voz es inestable. —Debería irme. Es tarde.

—Remy, quédate.

Ella me mira. —Como dije, eres un problema. —Traga saliva—. Puedo notar que has hecho esto antes. Hacer sentir a alguien que importa. Pero no puedo permitirme ser tan estúpida en este momento.

Su evaluación me toma completamente desprevenido. Honestamente, estoy acostumbrado a que las mujeres hagan lo que yo quiera.

Y no sé qué responder.

Ella asiente lentamente, como si mi vacilación fuera respuesta suficiente. —Eso es lo que pensé.

Se da la vuelta y camina de regreso hacia la mesa donde Ansel y Enzo nos observan con distintos grados de preocupación y curiosidad.

La sigo, con mi cerebro aún tratando de procesar lo que acaba de suceder.

Remy agarra su bolso de la barra. —Debo irme a casa.

Ansel se levanta de inmediato: —Por supuesto. Llamaré a Joshua.

—Yo me encargo. —Saco mi celular, necesitando algo que hacer con las manos. Joshua responde al segundo tono—. Estamos listos. ¿Puede pasar a buscarnos?

—Estaré allí en cinco minutos, Sr. Jacobs.

Termino la llamada y guardo mi celular. —Estará aquí en cinco minutos.

Remy asiente, sin mirarme realmente a los ojos.

Ansel me toma del brazo mientras Remy se dirige a la puerta. Su voz baja tanto que solo yo puedo oírlo: —Es la mejor empleada que hemos tenido jamás. No lo arruines ni nos metas en una demanda.

Tiene razón.

—No lo haré —es mi respuesta automática.

Ansel me estudia por un largo momento, luego suelta mi brazo. —Enzo y yo pagaremos la cuenta. Saca a Remy y espera a Joshua. —Me agarra el brazo de nuevo—. Y si dijiste algo que la molestó, más te vale que lo arregles para cuando nos encontremos contigo afuera.

Asiento con la cabeza y sigo a Remy hacia la salida.

El aire de la noche se siente fresco contra mi piel acalorada. Remy está de pie a unos metros de distancia, con los brazos cruzados, mirando a la calle como si estuviera obligando al auto de Joshua a aparecer mediante pura fuerza de concentración.

—Remy...

—No —me interrumpe sin mirarme—. Cualquier cosa que estés por decir, simplemente no la digas.

Debería decirle la verdad. Que fue real. Que he estado pensando en ella durante semanas. Pero en lugar de decirle lo que estoy pensando, sigo el consejo de Ansel e intento arreglarlo.

—Lo siento —le digo—. Eso fue poco profesional. No volverá a suceder.

—Está bien. —Ella todavía no me mira—. Estoy segura de que el alcohol influyó.

No fue el whisky. Ni de lejos. Pero le sigo la corriente.

—Definitivamente el whisky. Muy irresponsable por parte de este establecimiento. —Meto las manos en mis bolsillos—. Así que... límites profesionales. Esas son cosas que probablemente deberíamos tener.

—Oh, absolutamente. Muy importante. Somos grandes fans de los límites por aquí. —Ella ya se está moviendo hacia la acera donde Joshua se está deteniendo.

No espera a que nuestro chofer le abra la puerta.

Ansel y Enzo salen del bar mientras Remy sube a la camioneta y toma uno de los asientos individuales. La sigo, deslizándome al

asiento trasero. Enzo toma el otro asiento individual y Ansel se sienta a mi lado.

El espacio se siente demasiado pequeño.

Joshua se incorpora al tráfico y el silencio inunda el coche. Remy mira por la ventana. Ansel revisa su teléfono. Yo me quedo ahí sentado como un idiota, plenamente consciente del espacio entre Remy y yo, que bien podría ser un cañón.

Cuando nos detenemos frente al edificio de apartamentos de Remy, ella sale del auto tan pronto como Joshua pone la camioneta en parking.

—Gracias por la cena. —Dirige esto a todos nosotros, con una sonrisa brillante, profesional y completamente falsa—. Y gracias por la oferta de trabajo. Mi respuesta es sí. Acepto.

Desaparece dentro de su edificio sin mirar atrás.

Joshua arranca desde la acera y puedo sentir los ojos de Enzo sobre mí desde el asiento de adelante. —Entonces, ¿qué tan mal acabas de arruinarlo?

No respondo. No tengo que hacerlo.

CAPÍTULO 8
ENZO

REMY LLEVA seis semanas en Jacobs Security y estoy perdiendo la maldita cabeza.

No soy solo yo. Unas cuantas veces, Ansel se le ha quedado mirando fijamente en las reuniones hasta que le doy una patada por debajo de la mesa. Breck busca excusas para pasar por su oficina al menos tres veces al día. ¿Y yo? Me he acostumbrado a trabajar hasta tarde para verla de reojo cuando está demasiado concentrada en el código como para notar que la estoy mirando.

No hablamos de ello. Los tres tenemos este acuerdo tácito de fingir que no la deseamos.

El casi beso en el bar entre Remy y Breck lo cambió todo y no cambió nada. Remy aceptó el trabajo, se lanzó de lleno a las tareas con una concentración absoluta y mantiene una distancia profesional con los tres.

Es educada, brillante y completamente intocable.

Me está volviendo loco.

Hemos reestructurado los proyectos de Damon para minimizar su contacto con Remy. Él ha estado de mal humor por eso, haciendo comentarios sarcásticos cuando cree que no lo escuchamos. Pero ver cómo la trata —la hostilidad apenas oculta, cómo la menosprecia en las reuniones— ha empezado a cambiar mi perspectiva.

Quizás ella no era el problema en su relación. Quizás lo era *él*.

Remy está esperando afuera de su edificio cuando Joshua y yo pasamos por ella a las cinco de la mañana para el viaje de negocios que haremos juntos. Solos.

Incluso en la oscuridad previa al amanecer, puedo ver que lleva unos jeans oscuros y un saco entallado, con el maletín de la laptop ya colgado al hombro.

Se sube a la camioneta, sentándose a mi lado, reprimiendo un bostezo. —Esto es inhumano.

—Culpa a Montana. —Le paso el café extra que traje—. Negro, sin azúcar.

Sus dedos rozan los míos al tomarlo. —Gracias.

Uno de nuestros clientes más importantes en Montana tiene una posible brecha en sus sistemas financieros. El contrato es demasiado valioso y el problema demasiado complejo para delegarlo a nuestro equipo, así que Remy y yo volaremos para encargarnos.

Este debería ser un viaje rápido: volar, evaluar la brecha y volver esta noche. Entrar y salir.

El trayecto al aeropuerto es silencioso. Remy revisa los archivos del cliente en su tableta mientras yo finjo revisar correos. En realidad, estoy sumamente consciente de cada movimiento que hace, cada vez que se acomoda en su asiento, cómo se coloca el cabello detrás de la oreja cuando se concentra.

Han sido semanas de esta tensión y todavía no he descubierto cómo apagarla.

El aeropuerto regional de Montana es tan pequeño que apenas califica como aeropuerto. Una pista, un edificio y un estacionamiento con seis espacios.

Nuestro piloto, Tomas, revisa el clima en su tableta mientras nos preparamos para aterrizar. Nos lanza una mirada hacia atrás. —El sistema de tormentas se está acercando más rápido de lo previsto. Tendremos que salir a las tres a más tardar para adelantarnos.

Remy asiente, consultando ya el horario de reuniones en su teléfono. —Podemos hacer que funcione.

La reunión con el cliente transcurre sin problemas. Remy los guía a través de la evaluación de la brecha con su combinación habitual de brillantez técnica y sencillez. No les habla con superioridad ni los hace sentir incompetentes por haber pasado por alto la vulnerabilidad. Para cuando terminamos, la miran como si fuera su salvadora personal.

Y lo entiendo.

Estamos de vuelta en el aeropuerto a las dos en punto, antes de lo previsto. Tomas ya está haciendo las revisiones previas al vuelo cuando llegamos. Entonces sale de la cabina, con expresión sombría.

—Tenemos un problema. —Se me hunde el estómago—. Un fallo hidráulico. El indicador ha estado fluctuando todo el día, pero ahora marca nivel crítico. No puedo volar así. Ya llamé a un mecánico, pero con las tormentas que vienen, nadie podrá llegar hasta mañana por la mañana como pronto.

Remy mira por la ventana hacia el cielo que se oscurece. —Entonces, estamos atrapados aquí.

Tomas saca su teléfono. —Eso parece. Coordinaré con la tripulación y nos buscaré hoteles para pasar la noche.

—Haré que Sherina se encargue de eso, Tomas —le digo al piloto. Él ya tiene bastante de qué preocuparse sin tener que reservar hoteles.

Llamo a nuestra asistente ejecutiva mientras Tomas hace una llamada a un mecánico. Ella responde al segundo tono y le explico la situación. Quince minutos se convierten en veinte, y cuando me devuelve la llamada, su tono es de disculpa.

—Malas noticias. Hay una convención de ganaderos en la ciudad esta semana. Todo está totalmente reservado. Logré conseguir tres habitaciones para Tomas y la tripulación en un hotel a diez millas del aeropuerto, pero la única opción para usted y la señorita Ray es un bed-and-breakfast a veinte millas de distancia. Les quedan dos habitaciones.

—Resérvalas.

—Ya está hecho. Le estoy enviando la dirección por mensaje ahora mismo.

Termino la llamada y me giro hacia Remy. —Nos quedaremos en un cama y desayuno. Sherina nos reservó dos habitaciones.

Remy levanta una ceja. —¿Un cama y desayuno? Qué... pintoresco. —Hace una pausa—. Supongo que habrá tapetes de ganchillo. Posiblemente un gato llamado algo como Bigotes o el Chairman Meow.

Esbozo una sonrisa burlona. —Culpa a la convención de ganaderos.

Ella se ríe y me olvido de lo que estábamos hablando. Maldición, necesito controlarme antes de hacer una estupidez.

Por suerte, todavía tenemos el auto de alquiler. El trayecto hasta el cama y desayuno nos lleva a través de campos y montañas; el paisaje se vuelve más rural con cada kilómetro. Remy mira por la ventana y me sorprendo mirando su reflejo en el cristal más de lo que miro la carretera.

El cama y desayuno es una granja remodelada rodeada de campo abierto.

La encargada —una mujer de unos sesenta años con ojos amables y harina en el delantal— nos recibe en la puerta. —¡Ustedes deben ser los del problema con el avión! Pasen, pasen. Soy Kelly. Su asistente llamó hace un rato.

Confirmo lo que debería estar esperándonos. —Así es. Sherina reservó dos habitaciones.

La sonrisa de Kelly flaquea. —Oh, cielos. Me temo que tuvimos un malentendido de nuestra parte. Los huéspedes que estaban en la segunda habitación reservaron una noche extra y nuestro recepcionista no hizo los cambios en el sistema. Así que solo tenemos una habitación disponible.

Remy y yo intercambiamos una mirada.

Repito su respuesta tajantemente. —Una habitación.

—¡Sí, pero es nuestra habitación más grande! Cama tamaño King, baño privado y hermosas vistas a la montaña. Y les prometo que la cama es muy cómoda.

Una cama. Una habitación. Remy y yo. Durante toda una noche.

La respuesta de Remy es práctica. —Está bien. Haremos que funcione.

No. No está bien. Nada de esto está bien. Pero asiento de todos modos, porque ¿qué otra opción tenemos?

Kelly toma dos kits de aseo personal, sabiendo que estamos varados sin artículos de primera necesidad, y nos guía escaleras arriba a una habitación que es, hay que admitirlo, hermosa. Pisos de madera, muebles antiguos y ventanales enormes con vista a las montañas nevadas. Y justo en el centro, una cama grande con un edredón blanco y demasiados cojines decorativos.

Kelly cierra la puerta tras de sí. —Los dejo para que se instalen. La cena es a las siete, por si tienen hambre.

Remy deja su bolso y examina la habitación. Su mirada se posa en el sofá pequeño de la esquina.

Señalo el supuesto mueble. —Yo me quedaré con el sillón.

Ella se acerca y lo examina. —¿Crees que vas a caber ahí? Qué ternura.

—Me las arreglaré.

—Mides un metro noventa. Esa cosa mide acaso un metro cincuenta. —Cruza los brazos—. Eso funcionará genial. Puedes simplemente meter las rodillas bajo la barbilla y esperar lo mejor. Si nada más, debería ser entretenido.

—He dormido en lugares peores.

Ella levanta una ceja. —No quiero saberlo.

Suelto un bufido. —Bien. Me quedaré en el piso.

Ladea la cabeza, estudiándome. —O simplemente podrías dormir en la cama a mi lado como una persona normal. ¿A menos que estés planeando hacerlo raro? ¿Vas a hacer que esto sea raro, Enzo?

Me gusta así: juguetona, sin defensas.

Pero cada célula de mi cuerpo me grita que compartir la cama con Remy Ray es una mala decisión.

—Nada en mí es raro. —Giro los hombros—. Me pido el lado izquierdo.

—Ni hablar. —Me lanza una almohada—. Yo lo pedí primero.

Atrapo la almohada en el aire, riendo. —Tú no pediste nada.

—Lo pensé. Eso cuenta. —Ya está reclamando el lado izquierdo, sentándose en el borde—. El lado derecho es todo tuyo, grandulón.

Y, por supuesto, voy a dejar que se salga con la suya.

La cena es incómoda. Kelly sirve carne asada y pan casero mientras mantiene una conversación alegre. Remy lo maneja con elegancia, haciendo preguntas y riéndose de las historias de Kelly como si no estuviéramos a punto de pasar la noche en la misma cama. Yo muevo la comida por el plato y trato de no pensar en qué pasará una vez que termine la cena.

Para las nueve de la noche, el agotamiento empieza a pasar factura y ya estamos instalados de nuevo en la habitación. La adrenalina de la reunión de emergencia con el cliente, el estrés de estar varados y la conciencia constante de tener a Remy sentada frente a mí... Todo me está pasando factura.

Remy se levanta y agarra su bolso. —Voy a ducharme. ¿A menos que quieras ir tú primero?

—Adelante.

Desaparece en el baño y escucho cómo empieza a correr el agua.

Me siento en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Remy está a tres metros de distancia. Desnuda. Con el agua corriendo sobre su piel. Y se supone que debo dormir junto a ella esta noche como si nada.

Mi cuerpo no entiende el mensaje. La sangre se me baja a la verga.

Necesito pensar en cualquier otra cosa. Informes trimestrales. Configuraciones de servidores. Aquella vez que Breck se intoxicó con sushi en mal estado.

No está funcionando.

Me levanto y camino hacia la ventana, poniendo distancia entre la puerta del baño y yo. Aire frío. Necesito aire frío. Abro un poco la ventana y respiro hondo, obligando a mi cuerpo a calmarse.

Veinte minutos después, Remy sale del armario con una bata demasiado grande, con el cabello húmedo y la cara lavada, sin rastro de maquillaje. La bata envuelve su silueta y me quedo mirándola otra vez.

Se sube a la cama y se tapa con las sábanas. —El baño es todo tuyo.

—Por favor, dime que hay otra bata. —No esperábamos quedarnos a pasar la noche, así que ninguno de los dos tiene pijama.

—No la hay. —Ella sacude la almohada detrás de su cabeza—. Sobrevivirás durmiendo en calzoncillos por una noche.

Me quedo ahí parado como un idiota, tratando de evaluar mis opciones.

Finalmente me mira. —Somos adultos, Enzo. He visto a hombres con menos ropa en el gimnasio. Pondremos una almohada entre nosotros.

Me aclaro la garganta. —Tengo el sueño ligero. No...

Me detengo. *¿No qué? ¿No te vayas? ¿No desaparezcas en medio de la noche?*

Mierda. ¿De dónde salió eso?

Remy inclina la cabeza, esperando. —¿No qué?

Desvío el tema. —No te robes las cobijas.

—Haré mi mejor esfuerzo. —Ella pone los ojos en blanco—. Estaremos bien.

Excepto que no estaremos bien. Una almohada no va a servir de una mierda cuando ella esté ahí mismo, lo suficientemente cerca como para tocarla. Lo suficientemente cerca como para que pueda oler ese jabón de lavanda en su piel toda la noche. Lo suficientemente cerca como para que, si se da la vuelta mientras duerme, estemos apretados el uno contra el otro con nada más que algodón fino y mi autocontrol, que desaparece rápidamente, de por medio.

Agarro el neceser que nos dio Kelly y escapo al baño. El agua de la ducha está hirviendo, y me quedo bajo el chorro más tiempo del necesario, tratando de controlar mi cuerpo. Esta es Remy. Nuestra

empleada. La ex de Damon. Intocable por aproximadamente diecisiete razones diferentes.

Pero últimamente, esas razones empiezan a parecer menos sólidas.

Damon ha sido un imbécil. No solo con Remy, sino en general. Cómo habla de las mujeres, cómo menosprecia el trabajo de Remy, cómo actúa como si tuviera derecho a nuestra lealtad sin habérsela ganado ya.

Tal vez hemos estado protegiendo a la persona equivocada.

Pongo el agua más fría, pero eso no impide que mi mente imagine cómo se ve debajo de esa bata. Solo hay una forma de pasar esta noche sin hacer algo de lo que no pueda retractarme.

Apoyo una mano contra el azulejo, con el agua cayendo sobre mis hombros, y envuelvo mi otra mano alrededor de mi miembro.

El alivio es inmediato e insuficiente al mismo tiempo. Cierro los ojos, pero es un error; solo veo a Remy. La forma en que la bata colgaba de su hombro. El cabello húmedo rizándose en su cuello. Las pecas que he memorizado en su nariz y clavícula, las que quiero recorrer con mi lengua.

Me imagino quitándole esa bata. El peso de su cuerpo presionado contra el mío.

Aprieto el agarre. Mi respiración se vuelve pesada, resonando contra los azulejos. El agua golpea mi espalda mientras me masturbo más rápido, buscando ese límite que necesito encontrar antes de poder volver a esa habitación y acostarme junto a ella sin perder la cabeza.

La imagino debajo de mí. Esos ojos azules oscurecidos por el deseo. Sus manos en mi cabello, las uñas raspando mi cuero cabelludo. Los sonidos que haría, los que yo podría arrancarle si me dejara.

La tensión se enrosca con más fuerza en mi columna, en mis muslos. Estoy cerca. Muy cerca.

Me la imagino diciendo mi nombre. Ni profesional, ni casual. Sin aliento. Desesperada.

Eso es todo. El orgasmo me golpea con fuerza, robándome el aliento, mi visión se vuelve blanca por un momento mientras me

apoyo con más fuerza contra la pared. Ola tras ola hasta que me quedo vacío, jadeando, con el agua todavía cayendo en cascada sobre mis hombros.

Durante unos segundos, no hay nada más que el sonido del agua y mi propia respiración agitada. Luego, la realidad vuelve de golpe.

Remy me va a destruir. Maldición, ya lo hizo.

Me acabo de venir pensando en nuestra empleada. En la ex de Damon. En una mujer a la que se supone debo mantener a distancia. Y en cinco minutos, tengo que meterme en la cama junto a ella y fingir que no acabo de visualizar que me la follaba.

Cierro el agua, salgo de la ducha y me cepillo los dientes.

Cuando salgo, Remy está acostada de lado, de espaldas a mí, ya dormida o fingiendo estarlo.

Me deslizo en la cama, manteniendo tanta distancia entre nosotros como sea posible. El colchón se hunde ligeramente bajo mi peso.

Su voz suena suave, somnolienta. —Buenas noches, Enzo.

—Buenas noches, Remy.

Cierro los ojos y me obligo a dormir, pero soy sumamente consciente de su respiración y del calor que irradia desde su lado de la cama.

El sueño no llega fácil, pero eventualmente, el cansancio gana.

Me despierto envuelto en calor.

La espalda de Remy está presionada contra mi pecho, su cuerpo acurrucado contra el mío como si fuera su lugar natural. Nuestras manos están entrelazadas, sus dedos cruzados con los míos, descansando contra su estómago. Su respiración es lenta y acompasada, sumida en un sueño profundo.

Debería apartarme. Debería poner distancia entre nosotros antes de que se despierte y se dé cuenta de lo que está pasando.

Pero no me muevo.

Encaja perfectamente conmigo. La curva de su espalda se alinea con mi cuerpo, su cabeza metida bajo mi barbilla, su piel suave y cálida contra la mía. Huele al jabón de lavanda del baño y a su propio aroma, ese que quiero memorizar. Conservar.

Mierda.

Por primera vez en seis semanas, mi cerebro está en silencio. No hay discusiones conmigo mismo sobre por qué esto es una mala idea. Solo esto. Ella en mis brazos. Vulnerable. Confiada.

No soy un hombre de relaciones. Soy el tipo de hombre de una noche, sin ataduras, que se va por la mañana. No me quedo a desayunar. No pregunto los apellidos. No me pregunto qué pasará después.

Pero sostener a Remy así... ahora lo entiendo. Entiendo por qué la gente elige a la misma persona una y otra vez en lugar de seguir adelante.

Quiero esto. La quiero a *ella*. Ese es el problema.

Se mueve mientras duerme, y mi brazo se aprieta a su alrededor antes de que pueda evitarlo. La palabra sube por mi garganta sin permiso.

Quédate.

No lo digo. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duelen los dientes.

Mi pulgar traza círculos en el dorso de su mano sin pensarlo. Ella emite un pequeño sonido de satisfacción y se acurruca más cerca.

Estoy tan jodido. Y Remy Ray vale cada complicación que traiga consigo.

Cierro los ojos y me permito disfrutar de esto. Por esta noche. Estas horas robadas en las que puedo fingir que es mía para siempre.

Aunque lo sepa bien. Aunque sepa que desear las cosas es la forma en que las pierdes.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la luz del sol entra a raudales por las ventanas y el lugar a mi lado en la cama está vacío.

Me incorporo, desorientado. La puerta del baño está abierta y la ducha está funcionando.

La realidad vuelve de golpe.

Lo de anoche fue un accidente. Un momento de cercanía inconsciente que no significó nada.

Excepto que para mí lo significó todo.

Me paso las manos por la cara y salgo de la cama. Para cuando Remy sale del baño, completamente vestida y de vuelta a su habitual actitud serena, ya he guardado cada sentimiento de anoche en una caja y le he echado llave.

No me mira a los ojos. —Buen día. La ducha está libre.

—Gracias.

Debería dejarlo así, pero en cambio, me quedo mirándola. Sé que lo estoy haciendo. Y no puedo parar.

Se está secando el cabello con una toalla y hay una franja de piel húmeda en su clavícula.

Me descubre y entreabre los labios. Sus ojos se iluminan con un destello de interés, y me aterra lo que está a punto de decir.

Así que abro la boca y saboteo lo que sea que esto es antes de que empiece.

—Roncas. —Mis palabras salen planas. Despectivas—. Solo para que lo sepas.

El destello muere, pero en lugar de parecer herida, se ríe. —No es cierto.

No lo hace, pero no digo eso.

Desaparezco en el baño y me quedo bajo el agua fría hasta que se me aclara la cabeza.

El resto de la mañana es pura cuestión de negocios. Discutimos la brecha de seguridad durante el desayuno, coordinamos los procedimientos de seguimiento durante el trayecto y planificamos el informe con mis hermanos durante el vuelo.

Pero todo el tiempo, lo único en lo que puedo pensar es en el peso de su mano en la mía, y en cuánto deseo recuperarlo.

CAPÍTULO 9
REMY

HAN pasado setenta y dos horas desde Montana. Setenta y dos horas desde que desperté en los brazos de Enzo y tuve que fingir que no significaba nada. Setenta y dos horas de evitar el contacto visual, de mantener mi distancia y de intentar no pensar en cómo su pulgar trazaba círculos en mi mano mientras dormía.

El problema es que no solo estoy pensando en Enzo. Me sorprendo mirando las manos de Ansel durante las reuniones, preguntándome qué sentirían sobre mi piel. Veo a Breck sonreír y quiero saber qué hay de real cuando deja de actuar. Quiero besarlo con la fuerza suficiente para que olvide ser alguien que no sea él mismo.

Los trillizos me están tironeando, cada uno en una dirección diferente, y no sé cuánto tiempo más podré fingir que no me afecta.

Probablemente no mucho más.

Estoy a tres pasos de mi oficina cuando Damon aparece en el pasillo, bloqueándome el paso.

—Quiero hablar con usted.— Su sonrisa no llega a sus ojos.

Mi mano se aprieta alrededor de mi taza de café. —Estoy ocupada. Ya sabe, haciendo el trabajo que usted le dijo a todo el mundo que yo no podía manejar.

No se me escapa su sutil giro de ojos. —Esto no tomará mucho tiempo.— Se acerca, bajando la voz. —¿Recuerda ese pequeño

proyecto paralelo que hizo en la universidad? ¿Aquel en el que accedió a los registros financieros de la institución sin autorización?

Se me hiela la sangre. Compartí esto con él cuando estábamos juntos, en un momento de vulnerabilidad en la cama cuando pensé que había encontrado a alguien en quien confiar mis secretos. —Eso fue hace cinco años. Estaba exponiendo un fraude.—

—No importa.— Se apoya contra la pared, relajado. —Lo que importa es que técnicamente sigue siendo ilegal. La Ley de Fraude y Abuso Computacional, ¿recuerda? La misma ley que estamos usando contra el tipo que vulneró nuestros sistemas.—

Me obligo a sostenerle la mirada. —¿Qué es lo que quiere?—

—La quiero fuera.— Su máscara se resbala y veo la fealdad que hay debajo. —Renuncie. Aléjese. Dígales que no encaja o cualquier excusa de mierda que quiera usar. Pero váyase.—

—¿O qué? ¿Denunciará algo que pasó cuando tenía veintiún años?— Cruzo los brazos. —Ya que está en eso, cuénteles a los investigadores de la vez que crucé mal la calle en la universidad. Para completar bien el perfil criminal.

Se separa de la pared. —Un soplo anónimo a las personas adecuadas, y de repente, la empleada estrella de los trillizos está bajo investigación. ¿Cree que la mantendrán cerca durante ese lío? ¿Cree que confiarán en usted?—

El calor me inunda: ira, miedo y humillación, todo a la vez. —Está fanfarroneando.—

Por favor, que esté fanfarroneando, ruego en silencio.

—Póngame a prueba.— Da otro paso hacia mí, y odio el hecho de retroceder. —Tiene hasta el viernes para renunciar. De lo contrario, haré unas llamadas.—

—¿Hay algún problema aquí? Ansel interrumpe.

No lo oí acercarse, pero de repente está ahí, y no sé si tener miedo o sentir alivio.

Damon se endereza y recupera la sonrisa. —Solo me ponía al día con Remy. Ya estábamos terminando.—

—Bien.— Ansel no me mira, pero su mano se asienta en la base de mi espalda. —Remy, necesito esas notas del informe de Montana. ¿En mi oficina?

No es una pregunta. Parece que nada con Ansel lo es nunca.

—Por supuesto.— Me tiemblan las manos y aprieto la taza de café con más fuerza para asegurarme de no derramarlo.

Ansel me guía para pasar de largo a Damon con una mano que es a la vez suave y posesiva. No miro atrás, pero siento la mirada de Damon clavada en mi columna.

Intento encontrar algún rastro de la persona de la que me enamoré. El Damon que me traía sopa cuando estaba enferma. El hombre que recordaba el cumpleaños de mi madre sin que se lo recordaran, y que se quedaba al teléfono conmigo durante tres horas cuando llegó el diagnóstico de mi padre, para que yo no tuviera que llorar sola.

Ese Damon se siente como un fantasma. Alguien que murió y dejó a este extraño amargado usando su rostro.

No hablamos hasta que estamos en la oficina de Ansel con la puerta cerrada.

—Siéntate.— Me señala el sofá, no las sillas frente a su escritorio.

Me hundo en el cuero, repentinamente agotada. —Ya te di las notas de Montana.—

—Lo sé.— Se dirige al carrito de bebidas en la esquina, sirviendo un líquido ámbar en dos vasos. —Pero necesitabas una salida.— Me entrega un vaso y se sienta a mi lado. Está lo suficientemente cerca como para que mi pulso se acelere por razones que no tienen nada que ver con Damon.

—¿Cuánto escuchaste? pregunto.

—Lo suficiente.— Toma un sorbo de su whisky. —¿Qué tiene contra ti?

Directo al punto. Sin preámbulos. Muy Ansel.

Podría mentir. Debería mentir. Pero estoy tan cansada de cargar con esto sola.

—Cuando estaba en la universidad, hackeé el sistema financiero de la institución.— Las palabras salen atropelladamente. —Había discrepancias, fondos que desaparecían. Demostré que el director financiero estaba malversando. Entregué todas las pruebas de forma anónima, por supuesto. Lo despidieron y reestructuraron todo. Sin

embargo, lo hice sin autorización. Así que, técnicamente, fue ilegal. —

Ansel arquea una ceja. —¿Y?—

¿Y? Acabo de confesar un delito.

—Y Damon me está amenazando con denunciarlo si no renuncio.

—Está fanfarroneando.—

—Tal vez.— Dejo mi vaso. —Pero tiene razón en algo. Si informa esto, la investigación sería una pesadilla. Para tu empresa y para mí. —

Ansel se pone de pie abruptamente y, por un segundo, pienso que se va a ir. En cambio, saca su teléfono y marca.

—Ven aquí. Ahora.— Termina la llamada sin esperar respuesta.

—¿Qué estás haciendo?—

—Terminando con esto.— Tiene la mandíbula tensa y me doy cuenta de que está furioso. No conmigo. Sino por mí.

La puerta se abre. Damon entra con su arrogancia habitual, pero vacila cuando me ve en el sofá.

Ansel se interpone entre nosotros. Su voz es mortalmente tranquila. —Cierra la puerta.—

Damon lo hace, con la desconfianza asomando en sus facciones. —¿De qué se trata esto?—

—Amenazaste a Remy.—

—No sé qué te habrá dicho ella, pero…—

—No lo hagas.— La sola palabra de Ansel lo detiene en seco. —No me mientas. Escuché toda la conversación.—

El rostro de Damon se enrojece. —Bien. La amenacé. Pero no iba a denunciarla realmente. Solo quiero que se vaya.— Se pasa una mano por el cabello. —Tenerla aquí es difícil, Ansel. Todavía siento algo por ella.—

La habitación se queda en silencio.

No puedo procesar lo que acaba de decir. ¿Damon siente algo por mí? Desde donde estoy sentada, parece más un ego herido y problemas de control. Pero claro. Llamémoslo sentimientos.

Ansel se queda completamente inmóvil, y cuando habla, su tono es más frío de lo que jamás lo he escuchado. —Déjame asegurarme

de que te entiendo correctamente. ¿Sientes algo por ella y por eso quieres arruinarle la vida?—

—Mierda.— Damon me mira con desesperación en los ojos. —No. Bueno, tal vez. No lo sé.—

Ansel cierra los ojos y niega con la cabeza, incrédulo. —No puedo ni mirarte ahora mismo.—

Damon levanta las manos con desesperación. —¿Qué carajos, Ansel?—

—Vete de mi oficina.— Ansel da un paso hacia él y Damon realmente retrocede. —Antes de que olvide que somos amigos desde la universidad y te arroje por esa ventana.—

Damon se ríe, pero no hay humor en ello. —¿Vas a elegirla a ella por encima de mí?—

—Amenazaste a una empleada.— El control de Ansel se está quebrando, dejando traslucir la furia.

—¡Te dije que no lo iba a hacer de verdad!—

—No me importa.— Ansel se acerca más y veo a Damon tragar saliva con dificultad. —Si fueras cualquier otro, estarías despedido. Escoltado fuera por seguridad. Pero porque hemos sido amigos por tanto tiempo, te doy una oportunidad. Una.— Se inclina y su voz baja a un tono letal. —Si vuelves a amenazarla o si tan solo la miras de la forma equivocada, te destruiré. Profesional, financiera y personalmente. ¿Me entiendes?—

Los ojos de Damon se agrandan. —¿Hablas en serio ahora mismo?—

—¿Tengo cara de estar bromeando?—

Damon me mira de reojo, luego vuelve a mirar a Ansel, tratando de calibrar si esto es real. Yo me pregunto lo mismo. La violencia en la voz de Ansel me provoca un escalofrío que no es del todo miedo.

Damon se ríe, nervioso e inseguro.

Ansel ni parpadea. —Fuera. De. Aquí.—

Damon nos mira a ambos una vez más, luego da media vuelta y se va. La puerta se cierra con un suave clic que se siente más fuerte que un portazo.

Ansel se queda allí, respirando con dificultad, mirando la puerta como si estuviera debatiendo si ir tras él.

Estoy demasiado conmocionada para decir nada.

Se vuelve hacia mí y la intensidad de su mirada me quita el aliento. Cruza el espacio entre nosotros en tres zancadas, luego se detiene, como si se estuviera conteniendo físicamente de acercarse más.

—¿Estás bien?— Su voz suena ronca.

—Estoy bien.— No es del todo cierto, pero es todo lo que puedo articular.

Él se da la vuelta, con los hombros tensos. —No tenía ningún maldito derecho.—

Me levanto y camino hacia él, parándome frente a él. Ahora estamos en el espacio personal del otro, la distancia profesional ha desaparecido. Tengo que mirar hacia arriba para encontrar sus ojos.

—Remy.— Mi nombre en sus labios es casi una advertencia.

—Ansel.—

Él levanta la mano y, por un segundo, pienso que va a tocarme. Sus dedos se ciernen cerca de mi cara, lo suficientemente cerca como para sentir el calor, antes de bajar la mano y dar un paso atrás.

—Deberías irte.— Su voz suena forzada. —Tengo llamadas que hacer.—

—¿Qué clase de llamadas?—

—Del tipo que aseguran que la amenaza de Damon se quede enterrada.— Se mueve hacia su escritorio, poniendo distancia entre nosotros. —¿Ese incidente de la universidad? Nunca verá la luz del día. Yo me encargaré de ello.—

—¿Puedes hacer eso?—

Me mira y hay algo crudo en su expresión. —Puedo hacer muchas cosas.—

Trago saliva con dificultad. Esa frase se va a repetir en mi cabeza más tarde. Probablemente en un momento inoportuno.

Y verlo ejercer ese tipo de poder, ¿y saber que lo usó por mí? Me gustó mucho más de lo que debería.

—Gracias.— Mis palabras son insuficientes, pero hilar frases coherentes está más allá de mis capacidades ahora mismo.

Camino hacia la puerta con las piernas temblorosas. Tengo la mano en el picaporte cuando vuelve a hablar.

—¿Remy?—

Me doy vuelta. Él está de pie detrás del escritorio, con las manos apoyadas en la superficie, mirándome con una intensidad que me debilita las rodillas. —Si intenta algo de nuevo, vienes a mí. De inmediato. ¿Entendiste?—

—Entendido.—

CAPÍTULO 10
REMY

HE TRABAJADO con los trillizos Jacobs desde hace solo dos meses, y ciertamente no creo que mi lugar esté en sus reuniones familiares. Pero cuando Sadie Jacobs llama personalmente para solicitar tu presencia en una comida dominical —no para preguntar, sino para solicitar—, no se le dice que no.

Los trillizos pasaron por mí esta mañana, los tres vestidos de manera informal con jeans y camisas abotonadas, viéndose más relajados de lo que jamás los he visto en la oficina.

La propiedad de Sadie abarca ocho hectáreas. Joshua maniobra por el sinuoso camino de entrada mientras yo trato de no quedarme boquiabierta ante los jardines perfectamente cuidados.

—Relájate. —Breck se gira para mirarme desde el asiento del copiloto—. La abuela no muerde. Mucho.

Ansel se sienta a mi lado y pone su mano sobre mi rodilla. —Breck tiene razón. Tienes que relajarte. La abuela fue la que insistió en que te contratáramos. Le agradas. De lo contrario, no te habría invitado. Su palma está caliente a través de la tela de mis jeans, y sus dedos se aprietan ligeramente.

Entonces, veo cómo se le tensa la mandíbula al darse cuenta de lo que ha hecho. Los ojos de Ansel se encuentran con los míos durante un momento cargado de tensión antes de que retire la mano y se aclare la garganta.

Genial. Ahora estoy alterada por una razón completamente distinta. Conocer a la abuela que crió a tres multimillonarios, mientras intento ignorar el hecho de que un toque aparentemente casual fue cualquier cosa menos casual.

Esto está bien. Yo estoy bien. Todo está bien.

Enzo sonríe con sorna desde el otro asiento delantero, claramente perdiéndose lo que acaba de suceder. —Has sobrevivido a cosas peores. Puedes lidiar con una mujer de setenta y ocho años.

Mis dedos juguetean con la correa de mi cinturón de seguridad —. Pero no es cualquier mujer de setenta y ocho años. Es la mujer que todavía aterroriza a tres multimillonarios que ella misma crió.

—Eso es cierto —dicen los tres al unísono.

Genial. Así que tengo motivos para estar aterrorizada.

Joshua se detiene frente a la entrada principal. Sadie sale antes de que hayamos terminado de estacionar, vistiendo pantalones de vestir y un suéter de cachemira.

Los trillizos se bajan en tropel, y veo cómo cada uno de ellos la abraza; estos hombres poderosos transformándose en niños en el momento en que están en su presencia.

—Aquí están mis alborotadores. —Sostiene el rostro de Ansel entre sus manos, estudiándolo—. Estás trabajando demasiado. Lo noto.

—Estoy bien, abuela.

Ella lo suelta y se gira hacia mí—. Remy, gracias por haber venido. —Me atrae hacia un abrazo que es a la vez tierno y firme, y el momento me hace sentir como si conociera a Sadie de toda la vida.

—Gracias por la invitación, Sra. Jacobs.

Ella entrelaza su brazo con el mío, guiándome ya hacia la casa—. Sadie, por favor. La Sra. Jacobs era mi suegra, y era un terror. Venga, quiero oírlo todo sobre cómo se las arregla con estos tres.

El interior es elegante pero acogedor. Fotos familiares cubren cada superficie: los trillizos en varias edades, una pareja que supongo son sus padres, y fotos espontáneas que hablan de amor y risas.

Sadie nos lleva a un solárium con vista a los jardines. Ya hay una mesa servida con té y pasteles que huelen a gloria.

Ella señala las sillas acolchadas—. Siéntense, siéntense. Remy, ¿té o café?

—Café, por favor. Negro.

Ella lo sirve desde una cafetera de plata—. Una mujer según mi propio corazón. Los chicos lo toman todos con crema y azúcar, como niños.

Sonrío ante su ocurrencia. Ya adoro a esta mujer.

—Nosotros *éramos* niños cuando nos enseñaste a beber café. —Breck agita una mano con desdén—. Teníamos catorce años.

—Suficientemente grandes para saber qué era mejor. —Ella me entrega una taza y luego se acomoda en su silla—. Así que, Remy, cuéntame qué tal te parece Jacobs Security.

Los chicos se apartan, dándonos a Sadie y a mí algo de tiempo para hablar en privado.

—Desafiante. Gratificante. —Doy un sorbo. El café está perfecto —. Sus nietos dirigen la empresa con mano firme.

—Más les vale. No los crié para que fueran mediocres. —Me estudia por encima de su taza—. Pero eso no es lo que pregunté. Quiero saber cómo estás tú. De verdad.

La pregunta me toma desprevenida—. Estoy bien. Mejor de lo que he estado en mucho tiempo, en realidad.

La sonrisa de Sadie es de complicidad—. Qué bien. Has pasado por un período difícil. Los chicos me contaron sobre el comportamiento de Damon.

Me arden las mejillas—. Lamento eso. Nunca fue mi intención traer drama a la empresa.

—Basta. —Es gentil pero firme—. El comportamiento de Damon es responsabilidad suya, no tuya. Y mis nietos son más que capaces de lidiar con él. —Mira de reojo a los trillizos, que están enfrascados en alguna conversación privada junto a la ventana.

Enzo levanta la vista en ese momento, encontrándose con mis ojos. Un destello de Montana pasa entre nosotros, y recuerdo haber despertado en sus brazos, antes de desviar la mirada.

A Sadie no se le escapa el detalle. Su mirada se agudiza—. Dime, Remy. ¿Qué sabes de estos tres de cuando eran jóvenes?

—No mucho. Sé que empezaron a construir la empresa que dejó su padre antes de morir.

—Mmm. Solo la información que está disponible públicamente. —Sadie se reclina en su silla, con los ojos perdidos en sus recuerdos—. ¿Te contaron la vez que intentaron hackear el sistema de calificaciones de la escuela?

La advertencia de Ansel llega desde el otro lado de la habitación —. Abuela...

Sonrío con malicia. Así que no están *solo* enfocados en su conversación privada.

Oídos de halcón, los de esta familia.

—Oh, calla. Remy debería saber con quiénes está trabajando. —La sonrisa de Sadie se vuelve traviesa—. Tenían dieciséis años. Ansel convenció a sus hermanos de que era para 'probar la seguridad', pero en realidad, querían cambiar la nota de química de Enzo.

—El profesor me puso una nota completamente inaceptable —murmura Enzo desde su lugar junto a la ventana.

—Hiciste volar la mitad del laboratorio —le recuerda Breck.

¿Hizo volar el laboratorio? Tengo preguntas.

—Fue una explosión controlada.

Me río, intentando imaginar a estos impecables ejecutivos como adolescentes alborotadores—. ¿Qué pasó?

Sadie sacude la cabeza—. Los atraparon, por supuesto. Ansel asumió toda la responsabilidad y dijo que había sido idea suya. Enzo insistió en que lo había hecho solo. Y Breck intentó encantar al director para que olvidara todo el asunto.

—¿Funcionó? —pregunto.

—Ni un poquito. —Los mira con cariño.

—¡Qué sorpresa! —intervengo, y Sadie se ríe antes de continuar.

—Pasaron el resto del semestre castigados, escribiendo el código para el nuevo sistema de seguridad de la escuela. —Los mira con evidente afecto.

Las historias continúan: la vez que construyeron un robot que accidentalmente aterrorizó al gato del vecino, cuando convencieron

a su abuela para que invirtiera en su empresa con los ahorros de su jubilación, y cómo convirtieron el garaje de su abuela en una granja de servidores a los quince años.

La expresión de Sadie cambia, volviéndose más seria—. Sus padres estarían tan orgullosos. Michael y Connie. Eran brillantes, ambos. Michael era el soñador, siempre dos pasos por delante de todos los demás. Connie lo mantenía con los pies en la tierra y se aseguraba de que sus sueños tuvieran bases sólidas.

Miro a los trillizos. Se han quedado callados, escuchando.

Sadie continúa, apretando sus manos en su taza—. Murieron cuando los chicos tenían catorce años. Un conductor ebrio los chocó de frente cuando volvían a casa de una conferencia.

Se me cierran los pulmones—. Lo lamento tanto.

—Fue el peor día de nuestras vidas. —Sadie mira fijamente su taza—. En un momento, yo era una abuela que consentía a estos tres los fines de semana. Al siguiente, estaba criando a tres adolescentes que lo habían perdido todo.

Ansel se acerca y se sienta en la silla junto a su abuela. Su mano cubre la de ella brevemente.

—Ellos me salvaron a mí tanto como yo los salvé a ellos. —La respuesta de Sadie es silenciosa—. Después de perder a mi hijo, tenerlos aquí me dio un propósito. Y verlos construir lo que su padre empezó... —Los mira a cada uno por turno—. Michael estaría fuera de sí de orgullo.

La habitación se queda en silencio. Observo a los trillizos, viéndolos de manera distinta ahora. Ansel carga con el peso de ser el responsable. La intensidad de Enzo oculta un dolor más profundo, y Breck enmascara todos sus sentimientos reales con carisma. Aprendieron temprano que las personas que uno ama pueden desaparecer en un instante.

Sadie se aclara la garganta, rompiendo el momento—. Pero basta de melancolía. No invité a Remy aquí para ponerla triste. —Se gira hacia mí con una mirada calculadora—. Quería conocer a la mujer que tiene a mis nietos tan sumamente distraídos.

Breck se endereza en su silla—. Abuela.

—Oh, por favor. Los conozco a los tres de toda la vida. ¿Pensaron que no me daría cuenta? —Nos mira a ellos y a mí, divertida.

Me arde la cara—. Sadie, no es así. Solo trabajamos muy bien juntos.

Ella me palmea la mano—. No te avergüences. Es bastante tierno, en realidad. No los he visto tan interesados en algo fuera del trabajo en años.

No sé cómo responder a eso. Al parecer, los trillizos tampoco lo saben, porque ninguno de ellos dice nada.

Unas horas más tarde, después de una comida llena de más historias y risas, Ansel se levanta y revisa su reloj—. Probablemente deberíamos ir saliendo. Tenemos un largo viaje de regreso a la ciudad.

Sadie nos acompaña a la puerta, abrazando a cada uno de sus nietos antes de volverse hacia mí. Toma mi rostro entre sus manos del mismo modo que lo hizo con Ansel antes, con sus ojos escudriñando los míos—. Eres buena para ellos, Remy. No dejes que nadie —incluyéndote a ti misma— te convenza de lo contrario. —Antes de que pueda responder, me suelta y da un paso atrás—. Ahora vayan. Disfruten lo que queda de la tarde.

Estamos a mitad de los escalones frontales cuando nos llama.

A Sadie le brillan los ojos—. Llévenla por un helado en el camino. Hay un lugar en el pueblo que sirve el caramelo salado más increíble.

Quince minutos después, estamos en una heladería que parece no haber cambiado desde los años noventa. Tengo un cono de caramelo salado que es, en efecto, increíble, mientras los trillizos se amontonan alrededor de una mesa con sus propios helados.

—Supongo que no tenía motivos para estar nerviosa. Tu abuela no es para nada aterradora. —Lamo helado derretido de mi pulgar —. Es realmente maravillosa.

—Le agradas —dice Enzo—. Si no le agradaras, lo sabrías.

—¿Cómo?

—Sería gélidamente educada. Haría preguntas directas sobre tus intenciones. Te haría sentir como si te estuvieran entrevistando para

un puesto para el que no postulaste. —Breck sonríe—. El hecho de que contara historias vergonzosas significa que ya eres de la familia.

Damon siempre me hizo sentir que tenía que ganarme mi lugar. Pero ¿estas personas? Ellos simplemente... me hicieron espacio. Como si ya estuviera destinada a estar aquí.

CAPÍTULO 11
ANSEL

LA CONFERENCIA telefónica con nuestra oficina de Tokio se está alargando, y solo escucho a medias cuando mi teléfono vibra.

Remy: ***¿Puedes venir a mi oficina? Ahora mismo, si puedes.***

Sin explicaciones. Sin contexto. Solo una urgencia que hace que mi pulso se dispare.

Interrumpo a nuestro director en Tokio a mitad de la frase. —Damas y caballeros, mis disculpas. Tenemos un asunto de seguridad urgente. Enzo se encargará del resto de esta llamada.

Enzo levanta la cabeza de golpe, pero yo ya voy saliendo por la puerta.

Bajo por las escaleras porque el elevador sería demasiado lento, mientras mi mente repasa diversas posibilidades. Otra brecha de seguridad. Una falla del sistema. Algo relacionado con Damon.

Cuando llego a su oficina, la puerta está cerrada. Llamo una vez y entro sin esperar. Remy está sentada tras su escritorio, mirando fijamente la pantalla de su laptop. Está pálida y tiene las manos apretadas con tanta fuerza en el regazo que se le han puesto blancos los nudillos.

Cruzo la habitación en cuatro zancadas. —¿Qué pasó?

Ella no me mira.

—Recibí un mensaje.

—¿De quién?

Gira la laptop hacia mí. El correo electrónico es breve.

Sé lo que hiciste. Sé que fuiste tú quien envió esos archivos a la SEC. Tenemos que hablar de lo que me costó eso.

Sin firma. La dirección del remitente es una cadena de caracteres aleatorios, claramente una cuenta desechable.

—¿Quién envió esto?— Mi voz suena más dura de lo que pretendía.

La garganta de Remy se mueve al tragar saliva.

—Stanley Trent. Él dirigía Dustridge Industries, la empresa que dejé antes de venir a trabajar aquí.

Mi mente entra inmediatamente en modo de resolución de problemas.

—¿Es cierto? Acabas de decir que en tu trabajo anterior te pidieron realizar tareas que creías que no eran éticas. Nunca nos diste todos los detalles de por qué te fuiste.

—Sí, es cierto. Encontré pruebas de fraude y estaba perjudicando a personas inocentes.— Cierra la laptop, como si eso fuera a hacer desaparecer el mensaje. —Me di cuenta de que la empresa era cómplice o no iba a hacer nada al respecto. Así que renuncié y esperé tres meses para denunciar el fraude, para que no sospecharan de mí, y envié todo a la SEC de forma anónima.

Acerco una silla, ubicándome lo suficientemente cerca como para ver su rostro. —¿Y Trent?

—Arrestado. Acusado. Y fue liberado bajo fianza. Todavía está esperando su juicio.— Sus dedos se entrelazan con nerviosismo. —La fiscalía tiene mis pruebas, pero no saben que yo soy la fuente. Me aseguré de ello. Pero si Trent se enteró...

—Está haciendo amenazas.— Termino la frase, con la rabia revolviéndose en mis entrañas. —¿Cómo podría haberte encontrado?

—No lo sé.— Su voz se quiebra ligeramente. —Fui cuidadosa. Usé VPN, protocolos de enrutamiento, todo.— Se detiene, y observo cómo intenta recomponerse. Respira demasiado rápido y el pánico se asoma en sus rasgos.

—Remy.— Espero hasta que me mira. —Respira.

—Estoy respirando.

—Más despacio. Así.— Se lo demuestro, exagerando el movimiento. —Inhala por la nariz, exhala por la boca.

Ella me sigue y, tras unos ciclos, el color empieza a volver a sus mejillas.

—¿Mejor?

Ella asiente. —Perdona. Pero cuando vi ese correo, no supe a quién más acudir.

—No te disculpes.— Me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas. —Cuéntame sobre Trent. Todo.

Remy respira de nuevo, esta vez con más calma. —Es peligroso. No es físicamente violento que yo sepa, pero es vengativo. Cuando la junta directiva empezó a investigar, destruyó pruebas e intimidó a testigos. Arruinó las carreras de dos personas que iban a testificar en su contra.

—Y crees que irá tras de ti de la misma manera.

—Creo que hará algo peor.— Sus manos siguen temblando. —Lo perdió todo. Su trabajo, su reputación y su libertad están en juego si la fiscalía logra la condena. Si sabe que yo soy la responsable...

—Él no te tocará.— La seguridad en mi voz hace que ella levante la vista.

—Tengo miedo.

—Él no te tocará—, repito. —No lo permitiré.

Ella niega con la cabeza. —No puedes prometer eso.

—Sí, puedo.— Me acerco más. —Trabajas para nosotros.

Se le entrecorta la respiración, pero no responde.

Mi teléfono vibra con un mensaje.

Enzo: ***Terminó la llamada con Tokio. ¿Dónde estás?***

Yo: ***Ven a la oficina de Remy. Trae a Breck.***

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me pongo de pie.

—¿Qué estás haciendo?— pregunta ella.

—Pidiendo refuerzos.— Me acerco a la ventana, necesitando distancia física para aclarar mis ideas. —Trent cometió un error al contactarte. Acaba de mostrar sus cartas y ahora sabemos que viene por ti. Eso nos da la ventaja.

—¿Qué ventaja?

Me doy vuelta para enfrentarla. —Tenemos recursos que él no tiene. Si quiere pelea, se la daremos.

La puerta se abre de imprevisto. Enzo y Breck entran, percibiendo de inmediato la tensión en la sala.

La sonrisa habitual de Breck ha desaparecido. —¿Qué pasa?

Señalo la laptop de Remy. —Muéstrales.

Remy vuelve a abrir el correo, y observo cómo las expresiones de mis hermanos se endurecen mientras leen.

Enzo aprieta la mandíbula. —¿Quién envió esto?

—Stanley Trent, el hombre al que Remy denunció por fraude en su última empresa.— Cruzo los brazos. —Enfrenta cargos federales. El juicio se acerca. Y, al parecer, descubrió que Remy fue la informante.

Breck se sitúa al lado de Remy y le pone la mano en el hombro. —¿Cómo te encontró?

—No lo sé.— La voz de Remy es más firme ahora, pero aún puedo percibir el miedo subyacente. —Fui cuidadosa. Pero supongo que no lo suficiente.

—Ya le dije que nosotros nos encargaríamos de esto—, les digo a mis hermanos.

Espero a que rechace mi ayuda. Sus ojos azules se encuentran con los míos y veo el momento en que deja de resistirse, de intentar manejar todo sola, de fingir que no necesita ayuda.

Ella toma aire con un suspiro tembloroso. —¿Qué necesitan de mí?

—Todo lo que tengas sobre Trent. Cada archivo, cada comunicación, cada prueba que enviaste a la SEC.— Me levanto y le ofrezco la mano.

Remy nos mira a los tres, con algo parecido al asombro en su rostro. —Realmente van a hacer esto por mí.

Tomo su mano entre las mías y ella no se aparta.

—Ahora eres nuestra para protegerte, Remy. Acostúmbrate.

CAPÍTULO 12
REMY

ANSEL Y ENZO se fueron a San Francisco ayer por la mañana para asistir a una conferencia de tecnología con paneles sobre amenazas de seguridad emergentes y oportunidades de contactos que no podían perderse. Lo que significa que he pasado los últimos dos días trabajando casi exclusivamente con Breck.

No es que me esté quejando. Él es brillante en operaciones, paciente al explicar los procesos internos de la empresa, y me hace reír cuando el trabajo se vuelve tedioso. Pero hay una corriente subyacente de tensión entre nosotros que no se ha disipado desde nuestro casi beso en el bar.

Cada roce accidental, cada mirada persistente; está acumulando una tensión que no sé si seré capaz de soportar mucho más tiempo.

Pero secretamente estoy disfrutando de la atracción entre Breck y yo como una distracción para no pensar en la amenaza de Stanley Trent. Los trillizos dijeron que lo están investigando, así que elijo confiar en ellos e intentar no pensar en eso.

Estoy tres niveles bajo tierra en la sala de servidores, realizando los diagnósticos finales de los nuevos protocolos de seguridad, cuando suena la alarma. No es la de incendios. Es la alarma de cierre de emergencia.

Breck levanta la vista de la terminal al otro lado de la sala, y su silla chirría contra el suelo. —¿Qué demonios?

Exactamente lo que yo pienso.

La pesada puerta de acero se cierra de golpe con un silbido neumático que resuena en las paredes de concreto. Las luces rojas de emergencia se encienden, bañándolo todo de carmesí.

Abro la interfaz de seguridad en mi tableta. —Alguien activó el protocolo de contención. Todo el subnivel está bloqueado.

Breck se acerca a la puerta y prueba la manija. No cede.

Valía la pena intentarlo, supongo.

Reviso los registros del sistema, y cada línea de código hace que se me hunda el estómago. —No. Es un bloqueo total. Una vez que se activa, estamos atrapados aquí hasta que seguridad lo reinicie manualmente desde fuera.

Por supuesto. Como si la tensión entre nosotros no fuera lo suficientemente complicada.

Mi tableta suena con un mensaje interno. Lo leo y luego miro a Breck. —Seguridad dice que se detectó una brecha en el perímetro. Falsa alarma, pero el protocolo exige una inspección completa antes de poder liberar los cierres. Treinta minutos mínimo.

—Treinta minutos —exhala con fuerza—. Fantástico. Así que estamos atrapados.

Mi mente vuela de inmediato a lugares a los que no debería sobre cómo podríamos ocupar ese tiempo.

El silencio persiste, llenado solo por el zumbido constante de los servidores y el pitido ocasional del equipo de monitoreo. La iluminación de emergencia proyecta sombras que hacen que el espacio, de por sí angosto, se sienta aún más pequeño.

Breck se mueve hacia la silla junto a la mía. —Podría ser peor. —Mira a su alrededor—. Al menos la circulación de aire funciona. Y eres mejor compañía que Enzo, así que eso es algo bueno. —Me mira—. Siempre hay un lado positivo.

Una sonrisa asoma a mis labios. Miro las rejillas, confirmando el flujo constante, pero aun así siento calor, a pesar del aire fresco.

—En realidad, esto nos da tiempo para hablar de algo que he tenido en mente —apoya la mano en mi hombro, y contengo el aliento ante su toque—. Las cosas han sido diferentes entre nosotros desde lo del bar.

Mis manos siguen en el teclado. —No lo había notado.

Es mentira.

—Remy… —Y mi nombre en sus labios suena como una invitación a confiar en él.

Mantengo mis ojos en la pantalla, viendo pasar las líneas de código sin verlas realmente. —Los dos bebimos de más. No significó nada.

—Eso es una estupidez, y los dos lo sabemos.

La certeza en su respuesta me hace levantar la vista. Me está observando con una intensidad que nunca antes le había visto. Este es Breck al desnudo, crudo y honesto.

Se me cierra la garganta. —¿Qué quieres que diga?

Breck se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas. —Te alejaste de mí esa noche, pero necesito que entiendas por qué dejé que te fueras. No fue porque no te deseara.

Mi pulso se acelera. —Breck, cuando Damon y yo salíamos, recuerdo con cuántas mujeres estuviste. Lo mismo ocurre con Enzo y Ansel. Había una puerta giratoria constante de mujeres hermosas. ¿Y cuánto duraba cualquiera de esas relaciones? ¿Una semana? ¿Dos? Aunque no interactuamos mucho durante ese tiempo, estuve con Damon lo suficiente como para ver el patrón repetirse.

Parpadea, como si estuviera asimilando el golpe. —Tienes razón. Lo hacíamos. Pero ninguna de ellas eras tú.

Me giro y le lanzo una mirada incrédula.

—Me he estado enamorando de ti desde el primer día que entraste a esa entrevista —la confesión sale a borbotones, como si la hubiera estado conteniendo durante demasiado tiempo—. Eras decidida y brillante, y la mujer más hermosa que he conocido.

No puedo procesar lo que me está diciendo.

Las palabras siguen tropezando unas con otras. —Y después seguiste siendo asombrosa. Cómo corregiste ese error de la presentación en el auto. Cómo manejaste las estupideces de Damon con más gracia de la que merecía. Cómo solucionaste la brecha y nos has salvado el pellejo incontables veces desde entonces.

Levanto una mano. —Detente.

Sus dedos rozan los míos donde mi otra mano descansa sobre mi rodilla. —No. Todo lo que digo es verdad. Y lo que siento… me asusta.

La habitación se siente más pequeña. —¿Por qué te asustaría eso?

Pasan largos segundos antes de que responda. Se pone de pie, caminando por el estrecho espacio entre los servidores. —Mis padres murieron cuando yo tenía catorce años.

Ya sé esto por Sadie, pero dejo que me lo cuente.

Deja de caminar y me mira de frente. —Ansel lo manejó tomando el control de todo. Enzo alejó a todo el mundo para que no pudieran volver a lastimarlo. Y yo aprendí a hacer que la gente se sintiera cómoda. A ser lo que sea que necesitaran para que no se fueran.

Esto es algo que ya he presenciado de primera mano, pero el que confíe en mí lo suficiente como para decir esto en voz alta hace que un calor se extienda por mi pecho. —Eso es agotador. Ser lo que todos necesitan en lugar de quien eres.

Breck asiente. —Si todo el mundo piensa que estoy bien, no miran más a fondo.

Me pongo de pie, acercándome a él. —Breck—

Sus manos se cierran en puños a los costados. —Y ser real con la gente es malditamente aterrador. Porque me aterra que no te guste el verdadero yo.

No sé qué me pasa, pero su confesión era todo lo que necesitaba escuchar para finalmente actuar ante la tensión que se ha estado acumulando entre nosotros.

Acorto la distancia entre nosotros y lo beso.

Se queda helado por medio segundo, luego sus manos suben para acunar mi rostro, y me devuelve el beso como si hubiera estado hambriento de él.

Este beso no es tentativo ni de prueba. Es desesperado y todo lo que he estado deseando desde aquella noche en el bar.

Sus manos se deslizan por mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás para poder profundizar el beso. Agarro su camisa, atrayéndolo hacia mí, y él deja escapar un sonido profundo en su garganta que hace que mis muslos se tensen.

Me hace retroceder hasta que mi espalda golpea el metal frío de un estante de servidores. Su cuerpo se presiona contra el mío, sólido y cálido, y puedo sentir cada línea dura de él a través de nuestra ropa. Su boca se mueve de mis labios a mi mandíbula, bajando por la columna de mi garganta. Echo la cabeza hacia atrás, dándole acceso. Cada presión de su boca, cada roce de sus dientes me deja más desesperada. Baja un poco más, y el raspado de su barba incipiente contra mi clavícula hace que mi espalda se arquee involuntariamente, mi cuerpo buscando más contacto.

—Dime que me detenga —dice entre besos—. Dime que esto es un error.

Mis manos se deslizan bajo su camisa, encontrando piel cálida y músculo firme. —Probablemente lo sea. No me importa.

Levanta la cabeza, con los ojos oscuros e intensos bajo la luz roja de emergencia. Una sola palabra mía y se detendrá.

Lo atraigo para otro beso. —Deja de pensar.

Lo hace. Sus manos sujetan y exploran, sus dedos presionando la carne suave como si intentara demostrar que soy real. Mi blazer cae al suelo. Su camisa la sigue. No hay nada cuidadoso en cómo nos tocamos, como si ambos supiéramos que este momento importa, que es la línea que no podemos desandar. Sus dedos trabajan en los botones de mi blusa, mientras sus labios dejan un rastro de besos a lo largo de mi cuello. —Eres tan hermosa. He estado pensando en esto por semanas.

Sin aliento, logro decir: —¿Solo semanas?

Se detiene, mirándome. —Está bien. Meses. Desde el primer día.

Mi blusa se une al montón creciente de ropa descartada, y luego sus manos están sobre mi piel, cálidas y seguras. Me levanta y mis piernas se envuelven alrededor de su cintura automáticamente. Me lleva hasta la estación de trabajo, despejando la superficie con un brazo y sentándome en el borde. El metal está frío contra la parte posterior de mis muslos, pero no me importa porque Breck está de pie entre mis piernas y sus manos están en todas partes.

Sus dedos trabajan en el broche de mi sostén. —Cualquiera podría entrar una vez que termine el bloqueo.

Lo acerco más y él gruñe. —Entonces hagamos que el tiempo que tenemos valga la pena.

Mi sostén cae al suelo, y luego su boca está en mi pecho. Me arqueo hacia él, con los dedos enredados en su cabello, sujetándolo contra mí. Su lengua rodea mi pezón antes de que sus dientes rocen la punta sensible, y la combinación me hace soltar un gemido.

Su mano se desliza por mi muslo, bajo mi falda, sus dedos trazando el borde de mi ropa interior con una ligereza desesperante. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo está concentrada en ese toque, en la promesa de más.

Balanceo mis caderas, buscando más, buscando cualquier cosa. —Breck, por favor…

Sus dedos rozan el encaje. —Te daré todo lo que necesites.

Le agarro la muñeca, guiando su mano hacia donde la quiero.

Él engancha sus dedos en el encaje y tira, rasgando la tela. Entonces su mano está sobre mi piel desnuda, y yo jadeo contra su boca. Sus dedos se deslizan entre mis pliegues, explorando, aprendiendo. —Mierda, Pequeña Genio. Ya estás tan mojada.

Apenas puedo articular palabras. —Yo también he deseado esto.

Él rodea mi clítoris con su pulgar mientras dos dedos se deslizan dentro de mí. Mi cabeza cae hacia atrás contra el monitor que tengo detrás, mis caderas moviéndose al ritmo de su mano.

—Mírame. —Obligo a mis ojos a abrirse—. Quiero mirarte y aprender qué es lo que te hace sentir bien.

La intensidad de su mirada, combinada con la presión perfecta de su dedos, me empuja hacia el borde más rápido de lo que creí posible. Cada caricia golpea exactamente en el clavo, acumulando una presión que es casi insoportable.

Su boca encuentra mi cuello, sus dientes rozando mi punto de pulso. —Eso es, Remy. Tu coño está tan mojado... tan listo. Déjate llevar para mí.

La orden, combinada con un giro particularmente perfecto de sus dedos, me lanza al abismo. Me rompo. Mis músculos se tensan, luego se liberan en espasmos alrededor de sus dedos. Él suaviza su toque, ayudándome a bajar de la cima con caricias deliberadas hasta

que la intensidad se desvanece en escalofríos y mis músculos se rinden por completo.

Cuando puedo respirar de nuevo, su boca está sobre la mía antes de que pueda pensar. Se aparta. —¿Tienes idea de lo increíble que eres? —Y luego me besa de nuevo, más profundo, con más anhelo.

Yo ya estoy trabajando en su cinturón, y sus caderas se desplazan hacia adelante, ayudando. Sus pantalones caen al suelo, y entonces ya no hay nada entre nosotros excepto el fino algodón de su ropa interior. Puedo ver su dureza tensándose contra sus bóxer, y se me hace agua la boca.

Engancho mis dedos en la pretina y tiro hacia abajo, liberándolo. Breck es grueso y duro y perfecto, y cuando envuelvo mi mano alrededor de él, suelta una maldición entre dientes.

—Necesito estar dentro de ti —logra decir.

Saca un condón de su billetera —gracias a Dios que uno de nosotros está pensando— y se lo pone con manos que tiemblan ligeramente. Entonces se posiciona entre mis muslos, la punta de su miembro presionando contra mi entrada.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura y lo jalo hacia adelante, recibiéndolo en una sola estocada fluida. Ambos jadeamos ante la sensación: el estiramiento, la plenitud, la absoluta perfección de ello.

Él se queda quieto, permitiendo que me ajuste a su tamaño, con todo su cuerpo tensándose. —Mierda. Esto es mejor de lo que jamás soñé que sería.

Muevo mis caderas experimentalmente, necesitando más. —Muévete.

Y entonces su control se rompe. Establece un ritmo que es a la vez suave y exigente, cada estocada llegando profundo. La presión aumenta con cada embestida, enroscándose con más fuerza en mi interior. Una mano agarra mi cadera, manteniéndome firme, mientras la otra se apoya contra la estación de trabajo detrás de mí. El metal cruje debajo de nosotros, los servidores zumbando su canción constante, las luces de emergencia tiñéndolo todo en tonos carmesí.

Puedo sentir cada centímetro de él, el roce y la tracción mientras se mueve dentro de mí. Su aliento es caliente contra mi cuello. Su agarre en mi cadera es lo suficientemente fuerte como para dejar marca, y me encanta. Me encanta la prueba de que está tan perdido en esto como yo.

Él cambia ligeramente el ángulo, y el mundo se reduce a ese único punto de contacto. Todo lo demás —la habitación, los servidores, la realidad— deja de existir. Solo hay presión y calor, y la forma en que mi cuerpo se está reconfigurando alrededor de esta sensación.

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encontrando el lugar donde estamos unidos. Sus dedos en mi clítoris mientras está enterrado dentro de mí fuerzan un sonido a través de mis labios que es pura desesperación.

—Puedo sentir cada vez que tu coño se aprieta a mi alrededor —su pulgar circula con una presión deliberada—. Vas a empapar mi verga cuando te vengas. Quiero sentirlo.

Nunca supe que me gustaba que me hablaran sucio hasta este momento. Hasta Breck.

Mis caderas se balancean para encontrar su ritmo, buscando más fricción, más de todo. La estación de trabajo cruje con cada estocada, y no me importa nada más que lo que está sucediendo aquí mismo, ahora mismo.

—¡Breck! —Apenas puedo pronunciar su nombre. Mis muslos tiemblan. Mis uñas se clavan en sus hombros.

El orgasmo me golpea con más fuerza que el primero, robándome el aliento y la visión. Me aprieto alrededor de él, ola tras ola de placer rodando a través de mí, y la sensación de ello lo arrastra conmigo. Se entierra profundamente, todo su cuerpo estremeciéndose mientras encuentra su liberación, mi nombre tartamudeado y sin aliento en sus labios.

Nos quedamos así durante varios latidos, respirando con dificultad, sosteniéndonos el uno al otro mientras las réplicas se desvanecen. Su mano acaricia mi espalda en círculos reconfortantes.

La realidad regresa lentamente, y me doy cuenta una vez más de nuestro entorno.

El metal frío debajo de mí. El zumbido de los servidores. La iluminación roja de emergencia que hace que todo se sienta irreal.

Y entonces llega el arrepentimiento. ¿Qué hicimos? No hay vuelta atrás de esto.

Breck se aparta, sus rasgos suaves bajo la extraña luz. —Remy...

La alarma lo interrumpe. Una nota única y sostenida señala el fin del cierre de seguridad. La puerta de acero se abre con un clic, y las luces fluorescentes del pasillo se derraman en la sala de servidores.

Nos separamos apresuradamente, agarrando la ropa, vistiéndonos con manos que tiemblan por algo más que el esfuerzo. Mi blusa está arrugada, mi falda torcida, y ni siquiera quiero pensar en cómo está mi cabello.

Breck se mete la camisa y se pasa una mano por el cabello para alisarlo. Se ve deshecho de la mejor manera: labios hinchados, mejillas sonrojadas y ojos oscuros.

Doy un paso atrás, con el pánico subiendo por mi garganta.

Mierda. Mierda. Mierda.

Cuando se le pase el capricho conmigo, ¿y si me despide? ¿Y si Enzo y Ansel me despiden de todos modos, porque me acabo de tirar a alguien en la sala de servidores?

Breck intenta acercarse a mí.

Lo corto antes de que pueda decir nada. —No. No podemos hablar de esto.

—Remy, ¿de qué estás hablando?

—Nos dejamos llevar por el momento —la confesión sale de mí a trompicones—. No te preocupes. No espero nada de ti. Podemos fingir que esto nunca sucedió.

Aunque sé que nunca podré fingir que no acabo de tener el mejor sexo de mi vida.

Él da un paso hacia mí. —No hagas esto.

Agarro mi saco del suelo, poniéndomelo aunque está arrugado más allá de lo reconocible. —Trabajamos juntos. No voy a hacer que esto sea raro. Pero no podemos hacer esto.

—¿Por qué no?

Exhalo y decido no guardarme mis sentimientos. —¡Porque podría perderlo todo cuando pierdas el interés en mí! Mi carrera, mi

reputación… Damon difundió rumores sobre mí y no podría soportar que vos hicieras lo mismo. Si alguien se entera de esto, estoy acabada. Y no solo aquí. Las noticias corren rápido en esta industria.

Breck se queda muy quieto. —Nunca te haría eso. Jamás.

—Por favor, Breck —sé que estoy suplicando, pero no me importa.

—¿Así que eso es todo? ¿Pretendemos que esto no pasó?

Necesito escapar. Necesito aire. —Es la única opción.

La formalidad de mi respuesta lo hace estremecerse.

Ya me estoy moviendo hacia la puerta. —Tengo que irme. Deberíamos salir por separado. Esperá unos minutos.

No lo dejo hablar. Cruzo la puerta y salgo al pasillo fluorescente, mis tacones haciendo clic contra el linóleo con cada paso.

Su voz me sigue. —Yo me encargaré de las grabaciones de seguridad.

No me doy la vuelta para reconocer el comentario. Pero mis hombros se relajan un poco sabiendo que al menos nadie verá lo que hicimos.

El edificio está casi vacío a esta hora. Hay algunos trabajadores del turno nocturno y personal de seguridad, pero nadie que presencie mi paseo de la vergüenza, mi ropa arrugada o mis labios hinchados que se sienten como si estuvieran anunciando exactamente lo que hice.

Tomo las escaleras porque el ascensor se siente demasiado público. Con cada piso que subo, el dolor en mi pecho se intensifica. Ni siquiera me molesto en volver a mi oficina a recoger mis cosas. Tengo las llaves de mi auto, eso es todo lo que necesito.

Para cuando llego al estacionamiento, apenas puedo respirar.

El auto plateado —el que los hermanos me dieron— está en su lugar designado. Subo y cierro las puertas, luego me quedo allí sentada en la oscuridad, con las manos temblando sobre el volante.

Todavía puedo sentir las manos de Breck sobre mi piel, escuchar los sonidos que hizo cuando se vino, y todavía puedo saborearlo en mis labios.

Y me alejé de él como si no significara nada.

Como si él no significara nada.

Y trato de convencerme de que es verdad. La mentira me quema en la garganta, ¿pero qué otra opción tenía?

Mi teléfono vibra. Lo saco, medio esperando, medio temiendo que sea él.

Breck: ***No me voy a rendir con usted. Cuando esté lista, aquí estaré. Probablemente con café. Quizás flores. Soy así de predecible.***

Y eso es precisamente lo que quiero. Quiero que alguien me traiga café. Quiero que alguien me traiga flores. Pero también lo quiero a él. Quiero a Breck.

Me quedo mirando el mensaje hasta que mi visión se nubla. Luego enciendo el auto y conduzco a casa por las calles vacías, dejándolo atrás aunque cada célula de mi cuerpo me grita que dé la vuelta.

Porque hay otra verdad que no puedo admitir en voz alta: no es solo de Breck de quien me estoy enamorando. Es de los tres.

CAPÍTULO 13
BRECK

HAN PASADO siete días desde que tuve a Remy contra un rack de servidores, sintiendo cómo se le entrecortaba el aliento mientras se desmoronaba en mis brazos. Ella ha vuelto a la distancia profesional, y yo estoy aquí atrapado, repitiendo el mejor sexo de mi vida en mi mente como un idiota.

No me arrepiento. Ni por un segundo. Pero oculto esa verdad tras sonrisas y charlas casuales, porque eso es lo que ella necesita. Y he perfeccionado el arte de ser lo que los demás necesitan.

Remy cree que perderé el interés, pero no entiende que cada mujer antes que ella fue solo práctica para alguien a quien nunca había encontrado realmente.

Hasta ella.

Le doy su espacio. Mantengo las cosas ligeras. La hago reír durante las reuniones y le traigo su café exactamente como le gusta. No menciono que todavía puedo sentir su sabor o escuchar los sonidos que hacía cuando se corría.

Soy paciente. Puedo esperar, aunque me esté matando.

La sala de conferencias ejecutiva está llena para nuestra reunión de lunes por la mañana. Ansel está sentado a la cabecera de la mesa y Enzo se desparrama en su silla de siempre, reclinado hacia atrás, lo que molesta a Ansel como de costumbre.

Remy está sentada tres asientos más allá, revisando notas en su computadora. Y Damon está frente a ella, irradiando una hostilidad que se está volviendo difícil de ignorar.

Tomo mi asiento y abro la agenda en mi tablet. Lo de siempre: actualizaciones de proyectos, asignación de recursos, próximas entregas a clientes.

Ansel comienza la reunión. —Empecemos con la cuenta de Geneva. Damon, tú estabas manejando la renovación de su contrato. ¿En qué punto estamos?—

Pero Ansel sabe exactamente en qué punto estamos con esa cuenta. Geneva renovó su contrato ayer, pero solo después de que Remy y Ansel arreglaran discretamente todo lo que Damon arruinó.

Yo no sabía que Ansel planeaba confrontar a Damon esta mañana.

Damon se endereza en su silla. —En realidad, tenemos un problema. La renovación se cayó. Geneva se retiró la semana pasada.—

Los dedos de Ansel dejan de tamborilear. Sabe exactamente qué pasó, pero quiere escuchar la versión de Damon. —Explícate.—

—La evaluación de seguridad que Remy realizó el mes pasado señaló problemas que los pusieron nerviosos. Decidieron irse con un competidor que prometió una auditoría más limpia —Damon mira directamente a Remy—. Si la evaluación hubiera sido más... diplomática, quizá los habríamos retenido.—

El rostro de Remy se queda cuidadosamente inexpresivo, pero noto la ligera tensión alrededor de sus ojos.

Enzo se endereza. —Continúa.—

Damon parece ajeno a la trampa en la que está cayendo.

—Seguro que tuvo buena intención —el tono de Damon gotea falsa simpatía—. Pero a veces ser demasiado honesto nos cuesta clientes. Geneva mencionó específicamente su informe como la razón por la que se marchan.—

Remy abre la boca, pero Ansel levanta una mano.

—Déjame buscar el archivo —sus dedos vuelan sobre el teclado de su laptop—. Cuenta Geneva, evaluación de seguridad, con fecha de hace tres semanas.—

Esperamos en silencio mientras escanea el documento, buscando lo que necesita para darle la razón o quitársela a Damon. Observo a Remy, notando cómo ha apretado los puños en su regazo, con los nudillos blancos.

Ansel gira la pantalla hacia nosotros. —La evaluación de Remy identificó tres vulnerabilidades críticas en la infraestructura de Geneva. Vulnerabilidades que, de haber sido explotadas, los habrían expuesto a una responsabilidad legal significativa.—

Gira la laptop para que todos podamos ver la pantalla. —Sus recomendaciones fueron sólidas, aplicables y presentadas con explicaciones claras tanto de los riesgos como de las soluciones.—

Damon echa los hombros hacia atrás. —Claro, pero la forma en que lo presentó…—

—Fue profesional y apropiada —Ansel lo corta—. Lo que me interesa más es esto —abre otro documento—. La propuesta de seguimiento que enviaste a Geneva. Esa en la que prometiste soluciones a problemas que no existen y les cotizaste precios un treinta por ciento por debajo de nuestras tarifas estándar.—

Enzo se inclina hacia adelante. —¿Redujiste nuestros precios?—

—Estaba tratando de salvar la cuenta —Damon ahora está a la defensiva—. El informe de Remy los asustó, así que ofrecí incentivos para mantenerlos a bordo.—

Ansel se desplaza por el documento. —Prometiste cronogramas de implementación que no podíamos cumplir, garantizaste estándares de seguridad que no ofrecemos y estructuraste términos de pago que nos habrían costado dinero. Y cuando el equipo técnico de Geneva revisó tu propuesta, se dieron cuenta de que era una estupidez.—

Levanta la vista y la ira cruza su rostro, lo cual es un contraste marcado con su estoicismo habitual. —Por eso se fueron. No por la evaluación de Remy. Sino porque intentaste engatusarlos con un contrato que no entendías.—

El rostro de Damon se enrojece. —Eso no fue lo que pasó.—

—Es exactamente lo que pasó —la respuesta de Remy es silenciosa pero firme. Abre su propia laptop—. Detecté los errores en tu propuesta dos horas después de que la enviaras. Te los señalé por

correo electrónico y me ofrecí a ayudarte a revisarlos antes de que Geneva respondiera.—

Gira su pantalla para que todos vean la cadena de correos. —Me dijiste que no me metiera en lo que no me incumbe y que te dejara manejar las relaciones con los clientes.—

—No sabía que estabas guardando pruebas —las palabras de Damon suenan amargas.

—Guardo registro de todo —Remy no se inmuta—. Siempre documento las preocupaciones de seguridad y las violaciones de protocolo. Tu propuesta tenía ambas.—

Veo cómo las manos de Damon se cierran en puños sobre la mesa. —¿Así que fuiste a mis espaldas?—

—Ella vino a mí —interviene Ansel—. Hace tres días. Cuando quedó claro que Geneva se iba a marchar, ella proporcionó toda la documentación que mostraba dónde ocurrió el fallo. Intentó arreglar tus errores discretamente para salvarte el pellejo. Te dio una oportunidad. Tienes suerte de que Remy y yo pudiéramos lograr que renovaran ayer.—

El silencio que sigue es tan denso que asfixia. Enzo lo rompe. —¿Cuántas otras cuentas has manejado mal?—

Damon está echando humo. —No he manejado mal ninguna cuenta.—

—¿Cuántas? —la pregunta de Ansel es severa, directa.

Damon nos mira a los tres, dándose cuenta de que está acorralado. —Miren, he estado bajo mucha presión. Tener a Remy aquí, verla todos los días después de todo lo que pasó entre nosotros... ha sido difícil. Cometí algunos errores. Pero puedo arreglar esto.—

—¿Culpándola a ella por tu incompetencia? —no puedo evitar que el enojo se filtre en mi respuesta—. ¿Tratando de hundir su reputación para quedar tú bien?—

Damon entorna los ojos. —Deja de tomar partido. Ella no es tan jodidamente perfecta como todos ustedes la pintan.—

—Damon, tu desempeño laboral realmente ha decaído —Ansel cierra su laptop, ignorando el comentario de Damon sobre Remy—.

Hacer tu trabajo con integridad es importante. Y eso es algo que parece que has olvidado cómo hacer.—

Observo cómo la expresión de Damon cambia de defensiva a calculadora. Está tratando de imaginar cómo darle la vuelta a esto, cómo hacerse la víctima.

Remy se pone de pie. —Si terminamos aquí, tengo trabajo que hacer.—

—Siéntate —el mandato de Ansel es suave pero firme—. No hemos terminado.—

Ella vacila, luego se deja caer de nuevo en su silla.

Ansel mira a Damon. —Te vas a tomar una licencia. Dos semanas. Obligatoria.—

—No puedes hablar en serio.—

—Hablo completamente en serio. Necesitas tiempo para decidir si quieres ser parte de esta empresa o si tus problemas personales van a seguir comprometiendo nuestras operaciones.—

Damon se ríe, pero no hay humor en ello. —¿Problemas personales? ¿Te refieres a Remy? La mujer que...—

—Elige tus próximas palabras con mucho cuidado —la amenaza de Enzo es inconfundible.

Damon vuelve a mirarnos a los tres y, por un segundo de descuido, veo la mirada de alguien que observa cómo su mundo entero se colapsa. —Todos la están protegiendo. Los tres —su mirada aterriza en mí—. ¿Te la estás follando?—

Él todavía la ama. Esa es la peor parte. Todavía la ama y está viendo cómo se la quitamos.

Mierda. No hay manera de que pueda saberlo.

Debería negarlo. Mis hermanos ni siquiera lo saben. Pero no soy un mentiroso, así que me quedo callado. En su lugar, sostengo su mirada y veo cómo procesa la verdad que no pronuncio.

—Eso es lo que pensaba —Damon se aparta de la mesa de un empujón—. Así que así son las cosas. ¿Ella abre las piernas y, de repente, yo soy el malo?—

Ansel se levanta tan rápido que su silla se tambalea hacia atrás. —Fuera. Ahora.—

—Con gusto —Damon agarra su tablet—. Pero no vengan llorando cuando ella muestre quién es en realidad. Cuando se aburra y pase al siguiente tipo exitoso que pueda darle lo que quiere.—

La puerta se cierra detrás de Damon con tanta fuerza que hace vibrar las paredes de cristal.

Remy se queda perfectamente inmóvil, mirando su laptop como si pudiera ofrecerle una ruta de escape.

Ansel se mueve a la silla junto a ella. —Remy, ¿estás bien?—

—Debería renunciar —sus palabras son apenas un susurro—. Esto es exactamente lo que temía que pasara. Estoy causando problemas entre tú y tu amigo. Destruyendo relaciones que importan.—

—No —los tres lo decimos simultáneamente.

Tomo la silla al otro lado de ella. —Damon está destruyendo sus propias relaciones. Tú solo te niegas a ser su chivo expiatorio.—

—Breck tiene razón —Ansel se inclina hacia adelante—. Lo que pasó hoy no tuvo que ver contigo. Fue por la incapacidad de Damon para hacerse responsable de sus fracasos.—

Enzo cruza los brazos. —Él te ha menospreciado desde el primer día. Y nosotros buscamos excusas para justificarlo.—

Remy levanta la vista y veo lágrimas. —Es su mejor amigo.

—Lo *era* —Ansel no maquilla su respuesta—. Pero la amistad no significa lealtad ciega. Significa hacerse responsables unos a otros. Tú no destruiste nada. Damon lo hizo él solo cuando dejó de fingir que era la persona que creíamos conocer.—

Ella se limpia los ojos, quitando las lágrimas que se han escapado. —Sigo sintiendo que esto es culpa mía.—

—No lo es —me acerco y le aprieto la mano brevemente antes de soltarla, manteniendo la distancia profesional que necesita—. Nada de esto es responsabilidad tuya.—

Ansel se pone de pie. —Tómate el resto del día libre. Ve a casa, relájate. Nosotros nos encargaremos de la situación de Geneva y de todo lo demás.—

Remy sacude la cabeza. —Tengo la revisión de implementación a las tres.—

—Yo me encargo —Enzo agita una mano con indiferencia—. Yo escribí la mitad del código de todos modos. Ve a casa, Remy. Es una orden.—

Nos mira a los tres y finalmente asiente. —Está bien. Gracias.—

Después de que ella se va, los tres nos tomamos un minuto para asimilarlo.

Ansel habla primero. —Tenemos que hablar de Damon.—

—No necesitamos hablar —Enzo busca algo en su tablet—. Es un riesgo.—

—No es tan simple —me levanto y me acerco a la ventana—. Sabe cosas sobre esta empresa. Sobre nosotros. Si lo despedimos y se vuelve vengativo...—

—Entonces lidiaremos con eso —responde Ansel—. Pero no podemos mantenerlo cerca solo porque tengamos miedo de lo que pueda hacer. Eso es darle poder sobre nosotros.—

Enzo asiente. —De acuerdo. Démosle dos semanas. Si no endereza su camino, lo despedimos.—

Me vuelvo para enfrentarlos. —¿Y si decide irse?—

—Entonces nos aseguramos de que se vaya en silencio —Ansel me sostiene la mirada—. Con un acuerdo de confidencialidad tan estricto que no podrá decir una palabra sobre esta empresa ni sobre nadie en ella sin enfrentar consecuencias legales que lo arruinarán. Si quiere un paquete de indemnización, firmará lo que le pongamos delante.—

Debería sentirme culpable por planear el fin de una amistad de trece años. Pero todo lo que siento es alivio.

Ansel camina de un lado a otro, probablemente luchando con el hecho de que nuestra relación con nuestro mejor amigo se está esfumando. —¿Remy les ha contado a alguno de ustedes su versión de la historia sobre su ruptura?—

—No —decimos Enzo y yo al mismo tiempo.

—Lo he intentado. Ella no habla del tema —explica Enzo—. Eso es integridad.—

Ansel y yo estamos de acuerdo.

—Hay una cosa más que debemos discutir —Ansel me mira directamente—. ¿Qué pasó entre Remy y tú?—

Mierda. —¿Qué te hace pensar...?—

—No lo hagas —me corta—. Te conozco de toda la vida. Sé cuando estás ocultando algo. Y por la forma en que Damon hizo esa pregunta, y porque no lo negaste... algo pasó.—

Podría mentir. Pero estos son mis hermanos y merecen la verdad.

—Hace una semana. Nos quedamos encerrados en la sala de servidores durante ese simulacro de seguridad —me obligo a mirarlos a los ojos—. Resulta que los espacios confinados y la tensión sexual son una combinación peligrosa. ¿Quién lo hubiera dicho?—

Enzo se reclina en su silla. —¿Qué pasó?—

—Cosas que no deberían haber pasado en un lugar de trabajo. Cosas que fueron completamente poco profesionales y que probablemente rompieron media docena de políticas de recursos humanos.—

La expresión de Ansel no cambia. —¿Y ahora?—

—Ahora ella finge que no pasó. Cree que perderé el interés o que complicará todo —miro al techo por un segundo, tratando de organizar mis pensamientos—. Me pidió que me olvidara de eso. Que mantuviera los límites profesionales.—

—¿Y lo has hecho? —la pregunta de Enzo es cautelosa.

—Lo intento. Pero obviamente, no puedo olvidar algo así —sostengo sus miradas con firmeza—. Me importa ella. Más de lo que me ha importado alguien en mucho tiempo. Tal vez más que nadie. —

Mis hermanos se quedan en silencio.

Enzo rompe el silencio. —No me he acostado con nadie desde Montana. No por falta de oportunidad, sino porque no puedo pensar en nadie más que en ella.—

Arqueo las cejas. Montana. Donde se quedaron varados y tuvieron que compartir habitación.

Los hombros de Ansel caen ligeramente. —Casi la beso. Tuve que detenerme físicamente para no cruzar esa línea en mi oficina.—

Todos nos quedamos un momento con esa confesión.

—Así que todos estamos... —dejo la frase en el aire.

—Enamorándonos de ella —termina Enzo.

La expresión de Ansel es indescifrable. —Este es un territorio sin precedentes para nosotros.—

—Hemos compartido mujeres antes —señala Enzo.

—No así —apoyo un tobillo en mi rodilla opuesta—. Hemos compartido a muchas mujeres. Una noche, tal vez un fin de semana. Pero Remy no es alguien a quien nos follamos y olvidamos.—

La mandíbula de Enzo se tensa. —No. No lo es.—

—Estamos hablando de una relación —aclara Ansel, para que no haya confusión—. Todos nosotros. Con ella.—

Me inclino hacia adelante. —¿Es eso siquiera lo que queremos? ¿Los tres con una sola mujer, a largo plazo?—

Enzo no duda. —Yo sé lo que quiero. A ella. A largo plazo. Despertar a su lado cada mañana.—

Ansel asiente despacio. —La quiero en las cenas familiares. Quiero su opinión en las decisiones de negocios. Quiero... —se detiene, luego continúa—. Quiero construir algo con ella. No solo acostarme con ella —hace otra pausa—. Aunque definitivamente también quiero acostarme con ella.—

Ambos me miran. La admisión me resulta más fácil de lo que esperaba. —Lo quiero todo. Quiero que confíe en que cuando digo que no me voy a ningún lado, lo digo en serio. Quiero demostrar que no soy Damon. Que ninguno de nosotros lo es.—

Enzo cruza los brazos. —¿Y si ella no quiere esto?—

La advertencia de Ansel es firme. —No la presionaremos. Ella elige: a uno de nosotros, a todos nosotros, o a ninguno.—

Los miro a los ojos. —De acuerdo. Pero debemos ser honestos sobre lo que ofrecemos. No solo sexo. No solo un arreglo. Una relación real.—

Enzo no se acobarda. —Con nosotros tres. La mayoría de la gente no entendería eso.—

La respuesta de Ansel es inmediata. —Al diablo con la mayoría de la gente. Remy es la única que necesita entenderlo. Y aceptarlo.—

Así no es como esperaba que transcurriera el día. Planeando un futuro con mis hermanos y la mujer que todos deseamos.

Sé que ella vale cualquier complicación que esto traiga.

—Tenemos que tomarnos nuestro tiempo con esto —continúa Ansel—. No podemos presionarla a nada. Si ella no quiere nada con nosotros, entonces nada cambia. Mantiene su trabajo y respetamos sus límites.—

Me pongo de pie, listo para volver al trabajo. —Y mientras tanto, la protegemos. De Damon, de cualquier otro que intente lastimarla. ¿De acuerdo?—

—De acuerdo.—

CAPÍTULO 14
REMY

LA ÚLTIMA SEMANA ha sido realmente agradable en la oficina sin Damon. No me había dado cuenta del efecto que tenía en mi cordura. ¿Y lo mejor de todo? Los trillizos y yo hemos estado pasando más tiempo juntos fuera de la oficina. Y esta noche, me llevarán a cenar.

Mi teléfono suena mientras miro mi clóset con desesperación. Contesto después de revisar el identificador de llamadas. —Jess, necesito ayuda.

—Vaya, hola a ti también —responde mi mejor amiga—. ¿Cuál es la emergencia?

—Tengo una cena con los trillizos y no sé qué ponerme.

Una vez más, tengo que confiar en mi mejor amiga para recibir consejos de moda.

—El vestido verde. El que te hice comprar el mes pasado y que dijiste que era demasiado caro.

Lo saco del gancho, observando la tela esmeralda. —Esto me parece demasiado.

Se va a poner insufrible con esto.

—Ese es el punto, Remy. Ponte el dichoso vestido.

Lo sostengo frente a mí ante el espejo. —¿Y si esto envía el mensaje equivocado?

—¿Qué mensaje? ¿Que eres una adulta funcional que tiene ropa linda?

No tengo una buena respuesta para eso, así que presiono el teléfono con más fuerza contra mi oreja. —Estoy siendo ridícula, ¿verdad?

La respuesta es sí. Definitivamente es sí.

—Probablemente. Pero, ¿cuándo te ha detenido eso? —se ríe—. Solo vas a cenar con tus jefes. La gente hace eso todo el tiempo. Totalmente normal.

Pero no es solo una cena normal y corriente con un empleador. —Me acosté con Breck —suelto de repente, contándole finalmente el secreto que he estado guardando. Y luego alejo el teléfono de mi oreja mientras ella chilla. Y después continúo—: Y definitivamente también siento cosas por Enzo y Ansel.

—Sabes que cuando hablaba de que te acostaras con los tres, estaba bromeando, ¿verdad? —Luego vuelve a chillar—. ¡Pero, rayos, Remy! ¡Bien por ti! Teniendo sexo con tus tres jefes ardientes.

La corrijo rápidamente. —No ha pasado nada con los otros dos, aparte de mucha tensión sexual. Y sé que no puedo tener a los tres, pero jamás podría elegir a uno solo.

—Está bien, frena un poco —me dice Jess—. No tienes que decidir el resto de tu vida esta noche.

—Es que no sé cómo manejar esto.

—¿Quién dice que tienes que elegir? —pregunta—. ¿Quién inventó esa regla?

—¿La sociedad? ¿El sentido común? ¿Las matemáticas básicas? —Me dejo caer sobre la cama.

—Remy, nunca has seguido las reglas. ¿Por qué empezar ahora? —Hace una pausa—. ¿De verdad has hablado con ellos sobre esto? ¿O simplemente estás entrando en pánico sola en tu habitación?

Me conoce demasiado bien. —Está bien, tienes razón. Es solo una cena —me río—. Vestido verde. Sin decisiones de vida trascendentales. Puedo con eso.

—¡Exacto! —confirma Jess. Me deja asimilarlo un segundo antes de que su voz se suavice—. Y... ¿cómo vas con lo de Trent?

Se me aprieta el estómago al mencionar su nombre. —Estoy bien. Los chicos se están encargando.

—Remy.

—Estoy bien, Jess. De verdad. Solo necesito pasar esta noche sin hacer el ridículo.

—Entonces ponte el vestido, no lo pienses demasiado y recuerda que eres brillante y hermosa, y que cualquier hombre tendría suerte de tenerte. Incluso si son tres.

Sonrío. —Gracias, Jess.

—Eres la mejor y lo sabes. Ahora ve a vestirte antes de que se te haga tarde.

Cuelga antes de que pueda replicar.

El restaurante que eligió Breck tiene ladrillo a la vista y bombillas Edison, con cócteles artesanales que tienen nombres pretenciosos que no sé pronunciar.

Me alegra mucho haber dejado que Jess me convenciera de comprar y usar el vestido verde. Costó más de lo que acostumbro gastar. Pero no acostumbro recibir cheques de pago que me permitan costear ropa de marca.

La forma en que los tres se quedaron mudos cuando me pasaron a buscar para la cena hizo que cada centavo valiera la pena.

Regreso al presente cuando Ansel me sorprende jugueteando con mi servilleta. —Te ves hermosa.

El calor sube a mis mejillas. —Gracias.

La cena es sorprendentemente fácil. La tensión de la última semana se desvanece mientras nos sumergimos en una conversación cómoda.

Voy por la mitad de mi segunda copa de vino cuando noto que una hermosa mujer rubia está observando a los chicos. Y luego, se acerca a nuestra mesa.

Es alta y esbelta, con una estructura ósea que probablemente fotografíe de maravilla.

Se detiene ante nuestra mesa, mirando entre los tres rostros idénticos con una sonrisa ensayada. —Sé que uno de ustedes es Ansel Jacobs. Aunque con rostros como los suyos, estaría encantada de hablar de negocios con cualquiera.

Ansel se pone de pie. —Stephanie Rogers. ¿Cómo estás?

Su sonrisa se ensancha. —Te acuerdas. Me siento halagada.

—Por supuesto. La conferencia de TechScape del año pasado.

Sus dedos tocan el brazo de él, demorándose. —He tenido la intención de ponerme en contacto contigo. Me encantaría discutir posibles alianzas entre nuestras empresas.

Observo su mano sobre su manga. Una emoción desagradable se retuerce en mi estómago.

Esto es ridículo. No tengo ningún derecho sobre él. Sobre ninguno de ellos.

Y aun así, si ella no quita su mano en los próximos tres segundos, voy a hacer algo sumamente poco profesional. Como lanzarle una mirada de odio. Agresivamente.

La respuesta de Ansel es educada pero profesional. —Estaré encantado de agendar una reunión. Haga que su asistente contacte a la mía.

La sonrisa de Stephanie no decae. —¿O podríamos discutirlo tomando algo? ¿Nosotros dos? —Mira a los hermanos—. O los cuatro.

La insinuación es clara como el cristal. Y claramente me está descartando como alguien lo suficientemente importante como para dirigirle la palabra.

Breck me guiña un ojo sutilmente, haciéndome saber en silencio que él también lo notó. Rápidamente le doy una leve sacudida de cabeza, tratando de demostrarle que el desplante no me afecta.

Pero definitivamente me afecta el desplante.

Ansel retira suavemente la mano de ella de su brazo. —Agradezco el interés, pero mantengo los asuntos de negocios y personales por separado. Mi asistente, Sherina, se pondrá en contacto.

Ella finalmente nota que yo también estoy en la mesa, su mirada se demora en mí con una evaluación apenas velada. —Por supuesto. Quedo a la espera.

En cuanto se va, Breck silba bajo. —Sutil.

Sí, sutil como un mazo.

Enzo no levanta la vista de su menú. —No le interesaba ninguna alianza.

Dreno el resto de mi vino. —Vaya, ¿les parece? Pensé que solo estaba siendo amable.

Ansel vuelve a sentarse. Su mano encuentra brevemente la mía bajo la mesa. El toque es fugaz pero deliberado.

Breck se inclina hacia adelante. —Nos pasa mucho, desafortunadamente.

—¿Desafortunadamente? —levanto una ceja—. Oh, no. Tres multimillonarios atractivos recibiendo atención de mujeres hermosas. ¿Cómo sobreviven a semejante penuria?

Los ojos de Enzo se clavan en los míos. —La mujer equivocada.

Se me entrecorta el aliento ante su insinuación.

Antes de que pueda responder, el teléfono de Ansel vibra. Lo mira y luego a sus hermanos. Se comunican en silencio, ese intercambio sin palabras que todavía no puedo descifrar.

Breck asiente una vez. Enzo se inclina hacia atrás en su silla, de brazos cruzados, observándome con una expresión indescifrable.

—¿Qué? —miro entre los tres—. Todos están haciendo eso de tener una conversación entera sin hablar. Es desconcertante.

—Lo siento —Ansel deja su teléfono—. Necesitamos contarte sobre una decisión que tomamos.

Se me cae el alma a los pies.

Breck debe notar mi expresión de preocupación. —Es una buena decisión. Lo prometo.

Ansel tamborilea sus dedos contra la mesa, luego se detiene. —Salvaste nuestra empresa. La brecha que encontraste, la implementación que gestionaste... Has hecho más en dos meses de lo que algunos empleados logran en años.

—Bueno, es mi trabajo.

Enzo se inclina hacia adelante. —Eso fue más que trabajo. Esto es más que un agradecimiento.

—El auto ya fue...

—Pagamos la deuda de tus padres —Ansel suelta la información como si comentara el clima.

Mi copa de vino se congela a mitad de camino a mis labios. —¿Qué?

—Toda. Las facturas médicas, la hipoteca, todo —toma su teléfono y lo desliza por la mesa—. Y hemos establecido una manutención mensual. Ya no tendrán que preocuparse por el dinero. Tú no tendrás que preocuparte por su cuidado.

Miro la pantalla, a números que no tienen sentido.

Breck añade: —También contactamos al mejor cirujano ortopédico del estado. El doctor Westling. Ya revisó el caso de tu padre y aceptó realizar la cirugía. Todo está cubierto.

Enzo termina: —Ahora están en nuestro seguro. Cualquier cosa que no esté cubierta, nosotros nos encargamos.

Mi tenedor cae sobre el plato, pero no puedo obligarme a que me importe.

—No, no puedo aceptar... —Mi voz se quiebra.

—Incluso si no lo aceptas, ya está hecho —afirma Ansel—. Los papeles están presentados. Los pagos están realizados. Tus padres están cuidados.

—¿Por qué? —La palabra sale apenas por encima de un susurro —. ¿Por qué harían esto?

Breck se estira por la mesa, cubriendo mi mano con la suya. —Porque mereces respirar, disfrutar la vida sin preocuparte por si tus padres perderán su casa o si tu papá puede pagar una cirugía.

Enzo se acerca más. —Cuidamos de las personas que nos importan.

Las lágrimas se escapan antes de que pueda detenerlas. Intento limpiarlas, mortificada por estar llorando en un restaurante, pero no dejan de brotar.

Ansel se pasa al asiento de al lado, rodeando mis hombros con su brazo. —Oye. Está bien.

—No está bien —me río y lloro al mismo tiempo—. ¿Tienen idea de lo que han hecho?

Su pulgar traza círculos en mi hombro, y recuerdo Montana, el gesto inconsciente de Enzo mientras dormía. —Con suerte, hacerte la vida más fácil.

—No sé cómo agradecérselos.

Breck me aprieta la mano. —No tienes que hacerlo. Sigue siendo brillante en tu trabajo. Sigue desafiándonos. Sigue... —se detiene y sus rasgos se transforman—. Sigue siendo tú.

Miro a cada uno de ellos.

—Gracias. —Las palabras parecen insuficientes para lo que me han dado, pero es todo lo que tengo—. Por todo.

El brazo de Ansel me aprieta brevemente los hombros antes de soltarme y volver a su asiento original.

Pero la distancia se siente distinta ahora. Me doy cuenta de que ya no soy solo su empleada. Soy más que eso. Pero aún no sé qué significa eso.

Después de la cena, Breck sugiere un bar que conoce a unas cuadras. La noche está fresca pero no fría, perfecta para que se pase el efecto del vino y la comida pesada... y tal vez para ayudarme a recuperarme del choque emocional de la última hora.

El bar es menos pretencioso que el restaurante. Tomamos una mesa cerca del fondo. Las miradas siguen a los trillizos mientras nos movemos por el lugar.

Las mujeres se fijan en ellos. Por supuesto que lo hacen. Tres hermanos idénticos que además son altos, ricos y ridículamente guapos. Hacen que todos volteen a verlos a donde quiera que van.

No me esperaba que me molestara tanto.

Estúpido. Esto es estúpido.

Una morena en la barra capta la mirada de Enzo y sonríe. Él asiente una vez en reconocimiento, pero no le sigue el juego. Una pelirroja choca "accidentalmente" con Breck de camino al baño, disculpándose con una mano sobre su pecho que se demora demasiado. Cada interacción hace que se me tense más la mandíbula.

Me pongo de pie bruscamente. —Necesito ir al baño.

Ansel se levanta de inmediato. —Te acompaño.

—Soy perfectamente capaz de encontrar un baño sola. Llevo haciéndolo más de dos décadas. Prácticamente soy una experta a estas alturas.

Su expresión no cambia. —Te acompaño.

Mi humor es totalmente desperdiciado con él.

El baño está al final de un pasillo estrecho, pasando la cocina. Me estoy lavando las manos cuando Ansel habla desde donde espera fuera de la puerta.

—Estás molesta.

Cierro la llave del agua. —Estoy bien.

Eso es mentira.

—No estás bien —dice él—. Algo pasa.

Me seco las manos y salgo al pasillo. Él se apoya contra la pared.

—No es nada. Estoy cansada.

Ansel inclina la cabeza. —Eres una pésima mentirosa.

Grosero. Certero, pero grosero.

—Y tú eres insufrible. Deberíamos fundar un club.

Su boca se curva ligeramente. —Eso es más honesto.

Intento pasar junto a él, pero me toma la muñeca suavemente. —Habla conmigo.

La confesión brota antes de que pueda detenerla. —¿Tienes idea de lo que se siente? ¿Ver a mujeres lanzándose sobre ustedes tres toda la noche? Bueno, todo el tiempo.

—¿Celosa? —No hay burla en su pregunta, solo curiosidad.

Sí, estoy celosa, y él necesita callarse.

—Eso es ridículo. No tengo ningún derecho a estar celosa.

—Esa no es una respuesta.

Libero mi muñeca de su agarre. —Bien. Sí. Me molesta. ¿Feliz? Pero no debería porque yo... —Me detengo, porque terminar esa frase significa admitir demasiado.

Ansel se acerca un paso más. —¿Porque qué?

—Porque siento cosas por ti. Y por Breck. Y por Enzo. —La confesión hace que me arda la cara—. Lo cual es completamente descabellado e inapropiado, y probablemente deberían despedirme solo por pensarlo.

¡Maldita sea! ¿Cuánto he bebido? ¿De verdad admití eso en voz alta?

Estoy congelada. Incapaz de respirar. ¿Cómo va a reaccionar él a eso? Solo me queda rezarle a cualquier dios que escuche para que mañana esté demasiado borracho para recordar lo que dije. Pero eso

es una locura. Él no está borracho, y yo no puedo retirar mis palabras.

Sus ojos buscan los míos. —¿A *ti* te parece descabellado que sintamos atracción por los tres?

Antes de que pueda hablar, un hombre dobla la esquina dando traspiés, claramente borracho. Choca conmigo con la fuerza suficiente para que me estrelle contra la pared.

—Perdón, perdón... —Se da vuelta, luego se detiene al verme. Su disculpa muere mientras su mirada recorre mi cuerpo—. Vaya, pero qué tenemos aquí.

Doy un paso atrás. —Está bien. Solo fíjate por dónde vas.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —Se acerca más, acorralándome contra la pared. Su aliento apesta a whisky—. ¿Estás aquí sola?

—No lo está. —La mano de Ansel se posa en la parte baja de mi espalda, atrayéndome hacia su costado—. Y tú tienes que irte.

El borracho entrecierra los ojos. —Solo estaba siendo amable.

La otra mano de Ansel se levanta para apoyarse en el hombro del hombre; no de forma agresiva, sino firme. —Terminaste de hablar con ella. Camina.

—¿O qué? —La fanfarronería del hombre es puro alcohol.

Ansel no levanta la voz. —Tienes tres segundos antes de averiguarlo.

El hombre retrocede con las manos en alto. —Como quieras, amigo. No vale la pena.

Se aleja tambaleándose hacia la barra. Dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

La mano de Ansel sigue en mi espalda baja. —¿Estás bien?

—Sí. Solo es un idiota borracho. —Aliso mi vestido—. ¿Podemos volver a la mesa? Necesito otro trago después de eso.

—En un minuto. —Estudia mi rostro—. ¿Segura que estás bien?

—Sí, lo prometo.

—Ahora, volviendo a tu inquietud original. —Su mano se aprieta alrededor de mi cintura—. ¿Cómo crees que es para nosotros ver cómo los hombres se te lanzan encima? Tal vez los celos son mutuos.

Abro la boca, luego la cierro y la vuelvo a abrir. Pero lo único que sale es un pequeño gruñido en lugar de palabras.

Elocuente. Muy elocuente de tu parte, Remy.

¿Por qué no le molesta que acabe de admitir que me gustan los tres?

Ansel simplemente sonríe y luego me guía de regreso hacia la barra principal cuando un hombre vestido con ropa oscura pasa junto a nosotros en el pasillo estrecho. Es de estatura media, facciones comunes, el tipo de persona que pasarías de largo sin notar.

Excepto que me mira directamente al pasar. Y presiona algo en mi mano. Un trozo de papel doblado.

Me detengo, mirándolo fijamente. Ansel lo nota de inmediato.

—¿Qué es eso?

Mis dedos tiemblan mientras lo desdoblo. La letra es prolija y en cursiva.

¿Disfrutando de tu nueva vida, Remy? ¿Las cenas caras, los novios multimillonarios, el auto de lujo? Espero que lo que me hiciste haya valido la pena. Porque voy a quitarte todo, tal como tú me quitaste todo a mí. Y voy a disfrutar viendo cómo lo pierdes todo.

El papel se me resbala de los dedos.

Ansel lo atrapa antes de que toque el suelo, sus ojos recorriendo las palabras. Todo su cuerpo se tensa.

—¿Quién te dio esto? —Su voz es mortalmente tranquila.

Miro hacia atrás, pero el hombre ya se ha ido. —Alguien pasó al lado. Me lo puso en la mano y siguió caminando.

—Descripción.

—Estatura media, ropa oscura, ¿tal vez cabello castaño? No lo sé, su cara era totalmente común.

Ansel ya está sacando su teléfono. —Nos vamos. Ahora.

—Ansel, no tenemos que irnos. —Pero la verdad es que tengo miedo. Estoy segura de que la nota es de Stanley Trent. ¿Cómo se enteró de dónde estaría esta noche?

—Alguien acaba de amenazarte. En persona. Después de seguirte hasta este bar. —Me examina, como si buscara cualquier señal de angustia—. Nos vamos. Fin de la discusión.

Me acompaña de regreso a nuestra mesa con una mano en mi espalda baja que es a la vez protectora y posesiva. Breck y Enzo levantan la vista cuando nos acercamos, y lo que sea que ven en el rostro de Ansel hace que ambos se pongan de pie de inmediato.

Ansel le entrega la nota a Breck sin decir palabra. Observo cómo el rostro de Breck se endurece mientras la lee. Se la pasa a Enzo, cuyo rostro refleja el de Breck.

Intento restarle importancia. —Un tipo me entregó eso.

—¿Te tocó? —Hay un filo en la voz de Enzo que me hace estremecer.

—Bueno, no. Más allá de ponerme la nota en la mano. —Me cruzo de brazos, sintiendo frío de repente a pesar del calor del bar—. Solo pasó junto a mí y me la entregó.

Breck se acerca, su encanto habitual completamente ausente. —Llamaré a Joshua para que venga a buscarnos.

—Y tú vienes a casa con nosotros —me dice Ansel.

—Eso es un poco excesivo, ¿no creen? —protesto.

—No. —Los tres lo dicen simultáneamente, y el frente unido es sorprendente.

La voz de Breck es más suave pero no menos resuelta. —Remy, alguien sabe dónde estás, sabe tu nombre y te está amenazando. No vamos a dejar que vuelvas sola a tu departamento. Eso no va a suceder.

—Es Trent. —Trato de encontrarle sentido a esto—. Stanley Trent. Solo está intentando asustarme.

Ansel se guarda el teléfono en el bolsillo. —Entonces lo está logrando, y de todos modos vendrás a casa con nosotros hasta que averigüemos cómo neutralizar la amenaza.

Enzo mira su teléfono. —El auto está listo. Saldremos por la salida trasera.

Miro a los tres, viendo expresiones idénticas de determinación protectora. No tiene sentido discutir cuando se ponen así.

¿Y honestamente? Estoy más alterada de lo que quiero admitir.

Su penthouse no es en absoluto como esperaba.

He visto su oficina, decorada con sencillez y pulcritud corporativa. Pero esto es diferente. Esto es cálido. Habitado. Real.

Está diseñado con paredes de ladrillo a la vista, ventanales de piso a techo con vista a la ciudad y muebles cómodos que parecen usados en lugar de ser solo de exhibición. Hay libros por todas partes; libros físicos de verdad, no de adorno. Una cocina en la que claramente se ha cocinado. Fotos en las paredes que no son tomas profesionales, sino momentos espontáneos.

Giro lentamente, asimilándolo todo. —Esto es hermoso.

Enzo se quita el saco. —Es nuestro hogar. Y eres nuestra primera invitada. —Hace una pausa—. Bueno, además de Gran.

Eso me detiene. —¿Ni siquiera Damon ha estado aquí?

—Nunca. Ni siquiera Damon —confirma Enzo.

Ansel saca su teléfono y escribe rápidamente. —Voy a pedir que traigan ropa y lo que necesites en una hora.

Mis cejas se elevan. —¿Cómo es eso posible?

Ansel sigue tecleando mensajes en su teléfono. —Cuando tienes suficiente dinero, todo es posible. ¿Qué talla eres?

Se lo digo, sintiéndome en una situación surrealista. —¿Acaso quiero saber cómo es que tienes un sistema preparado para entregas de ropa de emergencia?

—Probablemente no —la sonrisa de Breck no muestra remordimiento—. Definitivamente no.

Ansel ignora a Breck. —Haré que alguien vaya a tu departamento mañana y recoja tus cosas. Haz una lista de lo que necesites y quieras.

Todo esto está sucediendo tan rápido.

—¿Cuánto tiempo planeas tenerme aquí? —pregunto, dándome cuenta de que parece que me están pidiendo que me mude temporalmente.

—Hasta que la amenaza desaparezca —afirma Enzo con naturalidad.

—Y después de eso —interviene Breck—, quédate todo el tiempo que quieras.

No estoy muy segura de lo que está insinuando, pero no pregunto.

Breck me guía por un pasillo. —La habitación de invitados está por aquí, y tienes un baño privado. Debería haber toallas y cosas básicas, pero lo demás llegará pronto.

La habitación de invitados es preciosa. Está decorada en grises suaves y blancos, con una cama que parece una nube. Unas puertas francesas se abren a un pequeño balcón con vista a la ciudad.

Me giro para mirarlos. Los tres están parados en el umbral. —Gracias.

La mirada de Ansel se cruza con la mía un instante de más. —Descansa un poco. Estaremos despiertos un rato por si necesitas algo. Y en cuanto entreguen la ropa nueva y los artículos de tocador, te los traeré.

Después de que se van, me dejo caer en la cama e intento procesar la noche. Los celos que no deberían existir. La actitud protectora que me hizo sentir segura y reclamada a la vez. Cómo me trajeron a su espacio privado, como si significara todo.

Y la nota. La amenaza que sigue en el bolsillo de Ansel.

Voy a quitarte todo, tal como tú me quitaste todo a mí.

Alguien me siguió esta noche. Sabía dónde estaba. Y esperó el momento adecuado para entregar su mensaje.

Se me pone la piel de gallina.

Debería estar aterrorizada. En cambio, me siento extrañamente segura aquí, rodeada de tres hombres que parecían dispuestos a destruir la ciudad entera para protegerme.

Sigo sentada allí después de lo que parece una eternidad cuando llaman a la puerta.

—Adelante.

Ansel entra con dos bolsas de compras. —Llegó tu ropa y los artículos de tocador.

Las deja en la silla, pero no se va. En cambio, se acerca a la ventana con las manos en los bolsillos. —Debería disculparme.

—¿Por qué?

—Por no prever que alguien podría acercarse a ti. Por ponerte en riesgo.

Me pongo de pie y me acerco. —No me pusiste en riesgo. Y no podías saber que alguien me estaba vigilando. —Hago una pausa—. Aunque empiezo a pensar que tienes un complejo de héroe que hay que tratar.

Se da vuelta para mirarme. —Aun así. No me gusta verte amenazada.

—No me siento amenazada ahora. Sin embargo, podría estarlo si sigues ahí parado con esa cara de que vas a sermonearme o a besarme. Elige una de las dos.

Mi confesión queda flotando entre nosotros. Veo el momento exacto en que él decide acortar la distancia.

Sus manos acunan mi rostro y luego me besa. No es un beso suave. No es tentativo. Ansel besa como hace todo lo demás, con absoluta certeza y una pasión devastadora. Su boca reclama la mía, y me pierdo en ella, en él. Su otra mano se desliza por mi cabello y acomoda mi cabeza exactamente donde la quiere. Dejo escapar un sonido del que me avergonzaré más tarde, y él lo devora, atrayéndome más hacia él hasta que no queda espacio entre nosotros.

Cuando finalmente interrumpe el beso, ambos respiramos con dificultad.

Y entonces mi confesión sale atropellada. —Necesito que sepas que Breck y yo ya... Ya tuvimos sexo, y esto es tan complicado.

Su respuesta es tranquila. —Sé lo tuyo con Breck. Él me lo contó. Nos lo contó a los dos.

Siento un vuelco en el estómago. —¿Él te lo contó?

El pulgar de Ansel recorre mi labio inferior. —No guardamos secretos entre nosotros. Hemos compartido mujeres antes. Y ahora, todos sentimos algo por ti.

Debería sentir alivio. En cambio, un frío se instala en mi vientre.

Doy un paso atrás, saliendo de sus brazos. —Esto es normal para ti. ¿Estás acostumbrado a *compartir* mujeres?

Él frunce el ceño. —Eso no es lo que quise decir.

—Soy solo otra conquista. —La comprensión me hace sentir pequeña, desechable—. Nada de especial. Solo la ocupante actual de una puerta giratoria muy transitada.

—¡Remy, eso no es cierto!

Retrocedo aún más. —Creo que tengo que irme a dormir.

No se acerca, pero su mirada sostiene la mía. —No eres solo otra conquista. No para nosotros.

¿Cómo respondo? No puedo explicarle que escuchar que soy una de tantas hace que todas las inseguridades que he tenido en mi vida vuelvan con fuerza.

Ansel me observa. —Han pasado muchas cosas esta noche, y ahora no es el momento adecuado para hablar de esto. —Da un paso más cerca, pero se contiene de retomar donde lo dejamos—. Pero hablaremos de ello. ¿Y Remy? —Espera hasta que lo miro a los ojos—. Deja de convencerte de que no nos importas.

Se dirige hacia la puerta, luego se detiene con la mano en la manija. Su voz se vuelve más grave. —Para que conste: sí te deseo. Y *cuando* te folle por primera vez, será porque realmente lo deseas. Porque no te estás conteniendo. Porque confías en que esto —sea lo que sea esto que hay entre los cuatro— es real.

Se va antes de que pueda responder.

Me hundo en la cama, con los labios todavía hormigueando por su beso, con el corazón acelerado por su declaración.

Todos me desean. Yo los deseo a todos ellos. Y no tengo la más mínima idea de qué hacer con nada de esto.

CAPÍTULO 15
ENZO

REMY HA ESTADO VIVIENDO con nosotros por una semana, y me está volviendo loco de formas que no tienen nada que ver con la atracción. Sin embargo, eso es definitivamente parte del asunto. Pero la irritación proviene principalmente del hecho de que se mantiene reservada y conserva límites profesionales. Es como si fuera una invitada en lugar de alguien que queremos en nuestras vidas de forma permanente.

Pero todos aceptamos ir a su ritmo, y después de que Ansel nos contara lo que pasó entre ellos, estamos siguiendo su iniciativa.

Los protocolos de seguridad que establecimos para ella son estrictos. No sale sin que uno de nosotros la acompañe, y tenemos seguridad armada en espera. Toda la oficina recibió credenciales nuevas, nuevos códigos de acceso, y hay cámaras monitoreando cada entrada y salida.

Y aun así, no tenemos nada sobre Stanley Trent. Ni ubicación, ni avistamientos, ni huella digital. El hombre es un fantasma.

Me dirijo a la oficina de Remy para ver cómo está cuando escucho voces. Voces alzadas.

Me detengo frente a su puerta, con la mano en la manija, cuando reconozco el tono de Damon.

El equipo de seguridad se materializa al final del pasillo. Les hago una seña para que se retiren. Sea lo que sea que esté pasando ahí

dentro, yo me encargaré. Pero no entro de inmediato. Olvidé que Damon regresaba a trabajar hoy, y quiero escuchar lo que transcurre antes de intervenir. Tal vez esta conversación me dé la información que necesito para perdonarlo o para despedirlo.

—no estoy pidiendo mucho, Remy. Solo una oportunidad para explicar—

—¿Explicar qué? —La respuesta de Remy es tajante—. ¿Cómo les mentiste a tus mejores amigos sobre mí? ¿Cómo intentaste chantajearme para que renunciara? ¿O tal vez quieres explicar por qué estás en mi oficina cuando sé que se supone que debes mantenerte alejado de mí?

—Te amo. —La declaración de Damon me deja helado—. Siempre te he amado. La cargué, Remy. Lo sé. Pero puedo arreglar esto. Podemos arreglar esto.

Remy se ríe, pero no hay pizca de gracia en ello. —¿Me amas? Qué fascinante. Cuéntame más sobre cómo demuestras amor. ¿Fue con los engaños? ¿Las mentiras? ¿El sabotaje profesional? Me muero por saber qué parte era el romance.

El tono de Damon cambia a algo suplicante. —No fue mi intención nada de eso. Sabes que no lo fue.

—¿Ah, sí? —La voz de Remy se vuelve gélida—. Repasemos, ¿quieres? ¿Soy una interesada?

—No. —Su voz suena más queda ahora.

—¿Te usé por tus contactos?

—No.

—¿Te acosé después de que terminamos?

—No. —Cada una de las respuestas de Damon suena más débil que la anterior.

—¿Me engañaste varias veces mientras salíamos?

Su silencio se prolonga demasiado. —Sí, pero ninguna de esas chicas significó nada.

—¿Inventé mentiras para ganarme la compasión de tus amigos?

Lo escucho exhalar. —No. Yo inventé eso. Todo.

Mi mano se cierra en un puño contra la puerta. Todo lo que Damon nos dijo era mentira.

Remy continúa. —E incluso si todavía sintiera algo por ti, que no es el caso, ¿cómo esperas que te perdone cuando te sorprendí cogiendo con otra mujer en nuestra cama?

Una ira incandescente reemplaza la conmoción.

¿La encontró teniendo sexo con alguien en su cama? Eso es una bajeza.

Mintió sobre toda la relación para quedar como la víctima. ¿Cómo carajos engañas a alguien como Remy Ray? Ella es... perfecta.

—Lamento haberte sido infiel. —La respuesta de Damon es apresurada—. Fue un error de juicio. Tenía miedo de lo mucho que te amaba. De lo serio que se estaba volviendo todo...

—¿Te estás escuchando? —Remy lo interrumpe—. ¿Te acostaste con otras mujeres porque tenías miedo de lo mucho que me amabas? ¿Ahora quién se hace la víctima, Damon? No pongas excusas. Me engañaste. Destruiste lo que teníamos. Y luego pasaste meses intentando destruir mi reputación, porque no pudiste soportar que te dejara.

—Lo sé. Sé que lo hice. Pero ahora soy diferente. He cambiado. Remy, por favor, perdóname.

Por un horrible segundo, siento lástima por él. Suena como un niño que lo ha perdido todo.

Pasos. Movimiento. La voz de Remy se vuelve aguda con una advertencia. —Retrocede, Damon.

—¡Solo escúchame!

—Atrás. Retírate.

Más movimiento. El sonido de algo cayendo y golpeando el suelo.

—No entiendes lo que me provocas. —Las palabras de Damon salen más rápido ahora—. Lo mucho que te necesito. Estábamos bien juntos, Remy. Podemos estar bien de nuevo. Solo dame otra oportunidad. ¡Por favor, haré lo que sea!

Suficiente. Cualquier compasión que tuviera por él se evapora. Abro la puerta de un empujón.

Damon tiene a Remy acorralada contra su escritorio, con las manos a ambos lados de ella, encerrándola. Ella está presionada lo más atrás posible, con una mano apoyada contra el pecho de él, intentando poner distancia.

La cabeza de Damon gira hacia mí. —Enzo. Esto no es lo que parece.

Cruzo la habitación en tres zancadas, lo agarro por el cuello y lo aparto de ella de un tirón. Se tambalea, deteniéndose contra el sofá.

Mi puño ya está cargado hacia atrás. —¿Qué carajos crees que estás haciendo?

—¡Solo estábamos hablando!

—La acorralaste. —Avanzo hacia él—. Ella te dijo que te alejaras.

Remy se aleja del escritorio, poniendo más distancia entre ella y Damon. —Enzo, no te preocupes. He lidiado con cosas peores que un ex con rencor y cero autoconciencia. —Se alisa la blusa—. Aunque aprecio la entrada dramática. Muy de superhéroe. Pero de verdad, estoy bien.

—No está bien. —No quito los ojos de Damon—. Estás despedido. Con efecto inmediato.

El rostro de Damon se pone pálido. —¡No puedes despedirme!

—Acabo de hacerlo. —Saco mi teléfono con la mano libre, manteniendo a Damon en mi campo de visión—. Pusiste tus manos sobre una empleada después de que ella te dijo que retrocedieras. Eso es motivo de despido inmediato.

—Enzo, vamos. Eres mi mejor amigo. ¡Somos amigos desde los dieciocho años!

—Mentiste. —Las palabras salen como un gruñido—. Sobre todo. Engañaste y le echaste la culpa a ella. La chantajearte. La amenazaste. Y ahora esto. —Doy otro paso hacia él, y él retrocede.

—¿Qué carajos te pasó, Damon?

No responde.

—Tú mismo te convertiste en el villano de esta historia. No ella. —Hago un gesto hacia Remy sin dejar de mirarlo a él—. No nosotros. Tú.

Damon cierra los puños. —¿Estás tirando nuestra amistad a la basura por una mujer que conoces hace tres meses?

—Se llama Remy. —Mi respuesta es tajante—. Y sí, lo hago. Porque en tres meses, ella ha demostrado más integridad y lealtad de la que tú has mostrado en trece años.

—Vete a la mierda, Enzo.

Mi puño conecta con su mandíbula antes de que registre plenamente que me he movido. El impacto lo hace tambalearse hacia atrás contra la estantería. Los libros caen en cascada al suelo.

Damon se toca el labio partido, con sangre en los dedos. —Me pegaste.

—Considérate afortunado de que eso sea todo lo que hice. —Flexiono la mano; los nudillos ya me empiezan a hinchar.

—Los tiene a todos engañados, ¿verdad? —Damon se limpia la sangre de la boca—. Y los tres peleándose por ella. ¿Sabes lo que va a pasar? Va a elegir a uno de ustedes, y los otros dos se van a quedar con nada. O tal vez, no elija a ninguno. Los va a destrozar.

—Lárgate. —Si no se va, no podré hacerme responsable de lo que pase después.

—¡Estás cometiendo un error!

Saco mi teléfono y marco a seguridad. —Necesito a alguien en la oficina de Remy de inmediato. Tenemos a un intruso que debe ser escoltado fuera del edificio.

Los ojos de Damon se agrandan. —¿Un intruso?

—Has sido despedido y se te ha pedido que te retires. Eso te convierte en un intruso. —Entro al sistema de seguridad en mi teléfono, ingresando mis códigos de acceso—. Seguridad te escoltará afuera. Tienes quince minutos para vaciar tu escritorio bajo supervisión. Un mensajero recogerá cualquier propiedad de la empresa que tengas en casa. Tus códigos de acceso y credenciales ya están desactivados.

Dos guardias de seguridad aparecen en el umbral.

—Caballeros, por favor escolten al señor Sage fuera del edificio. Está despedido, con efecto inmediato.

Los guardias de seguridad avanzan. Damon se los sacude de encima.

—Saldré por mi cuenta. —Se detiene en la puerta, mirándome—. Te vas a arrepentir de esto.

Frunzo el ceño. —No, Damon, no lo haré.

Después de que se va, el silencio en la oficina de Remy es ensordecedor.

Me giro para mirarla. Sigue de pie junto a su escritorio, con los brazos cruzados sobre el cuerpo. Está pálida, pero su expresión está cuidadosamente controlada.

Me acerco a ella. —¿Estás bien?

Ella se mueve, poniendo el escritorio entre nosotros. —Gracias por intervenir, pero yo podría haberlo manejado.

—Te tenía acorralada.

—Lo sé. —Se sienta en su silla, abriendo archivos en su computadora como si nada hubiera pasado—. He lidiado con Damon antes. Puedo hacerlo de nuevo.

Me apoyo contra su escritorio. —No deberías tener que hacerlo.

Sus dedos se congelan en el teclado. —Supongo que escuchaste todo.

—Sí. —Espero hasta que me mira—. Y nunca te defendiste. Nunca nos contaste la verdad.

—¿Me habrían creído? —Su pregunta es silenciosa—. ¿Hace tres meses, cuando apenas me conocían?

Tiene razón, y ambos lo sabemos.

—Vamos. —Me enderezo—. Nos vamos.

—Enzo, no, tengo trabajo que hacer.

—Puede esperar. —Ya me estoy moviendo hacia la puerta—. Necesitas despejar la cabeza. Y yo necesito manejar antes de ir a buscar a Damon y terminar lo que empecé.

Ella me observa por un largo momento y luego asiente. —Está bien.

Veinte minutos después, estamos en mi Range Rover, saliendo de la ciudad sin un destino fijo.

Remy mira por la ventana.

Pongo mi mano sobre su rodilla. —Habla conmigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que realmente pasó con Damon. Todo.

Se queda callada tanto tiempo que pienso que no va a responder. Luego empieza a hablar. —Estuvimos juntos durante dieciocho meses. Al principio, todo iba bien. Él era encantador y atento. Me hacía sentir especial. —Traza un patrón en la ventana con el dedo—. Pero poco a poco, las cosas cambiaron. Se volvió controlador. Cuestionaba dónde estaba y con quién. Se enojaba cuando trabajaba hasta tarde o salía con amigos.

Sujeto el volante con más fuerza pero no la interrumpo.

—Me decía a mí misma que era porque le importaba. Que solo era protector. Pero empeoró. Empezó a criticar mi trabajo, mi ropa y a mis amigos. Me hacía sentir que nunca era lo suficientemente buena.

Froto círculos en su rodilla, permaneciendo en silencio para que ella tenga el espacio para decir lo que sea que necesite sacar.

—Los engaños no fueron una cosa de una sola vez. Encontré pruebas de al menos otras tres mujeres durante nuestra relación. Pero cada vez que lo confrontaba, él le daba la vuelta. Me hacía sentir loca por sospechar. Me aplicaba luz de gas hasta que cuestionaba mi propia memoria.

Se me oprime el corazón por todo lo que pasó. Pero no respondo. Necesito darle espacio para que diga todo lo que tiene en mente.

—El día que lo sorprendí, había llegado temprano de una conferencia. Iba a darle una sorpresa. —Su risa es amarga—. Vaya sorpresa. Había una mujer en nuestra cama. En la cama que compartíamos. Y él me miró como si yo fuera la que lo estaba incomodando.

Salgo en la siguiente salida y estaciono en un terreno baldío con vista a un lago. Me giro para quedar frente a ella por completo.

—¿Qué dijo él?

—Que era mi culpa. Que nunca estaba presente. Que me importaba más mi carrera que nuestra relación. —Finalmente me mira—. Me hizo creer que me lo merecía. Que yo lo había empujado a eso.

—Eso son estupideces.

—Ahora lo sé. —Parpadea rápidamente—. ¿Pero en ese momento? Le creí. Durante semanas, me convencí de que si yo hubiera sido diferente, mejor, si hubiera estado más disponible, él no me habría engañado.

Tomo su mano. Ella no la retira. —Nada de eso fue culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad?

—Lógicamente, sí. ¿Emocionalmente? —Se encoge de hombros —. Todavía estoy trabajando en ello.

—¿Es por eso que huiste de Breck? ¿Por eso te alejaste de Ansel?

Sus dedos se aprietan alrededor de los míos. —En parte. Damon me hizo sentir desechable, como si solo fuera valiosa cuando era útil o entretenida. Y cuando dejé de ser esas cosas, él siguió adelante. —Me mira a los ojos—. Tengo miedo de que eso sea lo que pase contigo. Con tus hermanos. Que una vez que la novedad se pase, se den cuenta de que no valgo la complicación.

—Eso nunca va a suceder.

—¿Cómo pueden tres hombres estar en una relación con una sola mujer? —pregunta—. Ya arruiné tu relación con tu mejor amigo. No voy a destruir la relación entre ustedes tres.

—Damon se hizo eso a sí mismo. —Mi mandíbula se tensa—. Y no eres un juguete que estamos compartiendo. Eres nuestra. Encajas con nosotros. —Sostengo su mirada—. Queremos ver a dónde llega esto.

Se le corta la respiración.

—Breck baja la guardia contigo. Ansel también. Eso no pasa. —Dejo que eso cale—. No traemos a cualquiera a casa. Estás viviendo con nosotros. Eso significa algo.

—Enzo...

—Nunca serás desechable para nosotros.

Aprieta mi mano con más fuerza. —Estoy empezando a creer eso. Y estoy empezando a darme cuenta de que ustedes tres también significan algo para mí.

Cada instinto que tengo me grita que la bese, que le demuestre con acciones en lugar de palabras cuánto significa para mí. Pero se está abriendo, confiándome su dolor, y eso importa más que lo que yo quiero. Así que sigo sosteniendo su mano y escucho.

Se queda callada un largo rato y luego cambia de tema. —Tengo miedo por la amenaza. Por Trent.

—Lo sé.

—¿Y si viene por mí? ¿Y si lastima a alguien que me importa para llegar a mí?

—No dejaremos que eso pase.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tenemos recursos que él no tiene. Seguridad vigilándote, vigilando a tus padres, vigilando a todos los que te importan. Si da un paso en falso, lo sabremos.

Su cabeza gira hacia mí de golpe. —¿Están vigilando a tus padres?

—Vigilancia las veinticuatro horas, los siete días de la semana. La mejor seguridad privada que el dinero puede comprar. —Aprieto su mano—. Ellos no lo saben. No queríamos preocuparlos. Pero están a salvo, Remy. Lo prometo.

Se cubre la boca con la mano libre, las lágrimas brotando. —¿Hicieron eso por mí?

—Por supuesto que sí. ¿Crees que dejaríamos que le pasara algo a la gente que amas?

Se desabrocha el cinturón de seguridad y se lanza por encima de la consola, rodeándome con sus brazos. La atrapo, sosteniéndola mientras llora contra mi hombro.

—Gracias. —Las palabras suenan apagadas contra mi camisa—. Gracias por todo lo que han hecho por mis padres y por mí.

La abrazo con más fuerza. —No tienes que agradecernos por preocuparnos por ti.

Se aparta un poco, secándose los ojos. —La cirugía de mi papá es la semana que viene. El cirujano dice que el pronóstico es bueno.

—Eso es bueno. —Le quito una lágrima de la mejilla con el dedo —. Debes estar aliviada.

—Lo estoy. Aunque mamá dice que se está poniendo terco con eso de no excederse. —Se ríe entre lágrimas—. Mi mamá es exactamente igual, así que están constantemente discutiendo sobre quién está siendo más ridículo.

—Parecen buenas personas. Ya veo de dónde sacas tu fuerza.

Se acomoda de nuevo en su asiento pero sigue sosteniendo mi mano. —Cuéntame de tus padres.

La petición me toma desprevenido. —¿Por qué?

—Quiero saber sobre las personas que te criaron.

Me recuesto en mi asiento, mirando hacia el lago. —Bueno, ya sabes que murieron cuando teníamos catorce años.

—Sé la parte triste. Cuéntame la parte buena.

Y esta es la parte que nunca comparto, pero quiero compartirla con ella. —Papá era brillante. Obsesivo. Desaparecía en su oficina durante días y luego emergía con algo innovador. —Todavía puedo verlo. Taza de café en mano. Siempre—. Mamá lo equilibraba. Nos mantenía a todos con los pies en la tierra.

El pulgar de Remy se mueve sobre mi mano.

—Perdí mi infancia la noche que murieron. —No oculto el temblor en mi voz—. La noche que murieron, la policía apareció en nuestra puerta. Gran nos lo dijo. —Cierro los ojos—. Ansel intentó mantener la compostura. Breck lloró durante días. Y yo me enojé.

—¿Enojado?

—Furioso. Con el conductor. Con mis padres por tomar esa ruta. Con Dios. Con el destino. Con todo. —Abro los ojos—. Todavía estoy enojado. Nunca vieron lo que construimos. Se lo perdieron todo.

—Es comprensible.

—¿Lo es? —Niego con la cabeza—. Han pasado diecisiete años. Ya debería haberlo superado.

—Uno no supera la pérdida de sus padres. —Remy se acerca más —. Solo aprendes a llevarlo de otra manera.

—¿Cómo te volviste tan sabia?

—No soy sabia. Solo he aprendido que el dolor no tiene fecha de caducidad. —Me toma el rostro con la mano libre—. Y no tienes que haberlo superado, Enzo. Tienes permiso para seguir enojado. Tienes permiso para que aún te duela.

Mierda. Diecisiete años guardándome esto, y aquí está Remy Ray diciéndome que está bien no estar bien.

Ella sigue cerca, con su mano en mi cara, el pulgar rozando mi pómulo. Sus ojos son suaves, comprensivos, y puedo ver mi propio dolor reflejado en ellos sin juicios. El espacio entre nosotros parece

más pequeño, o tal vez ambos nos hemos acercado el uno al otro sin darnos cuenta.

Su mirada baja hacia mi boca, luego regresa a mis ojos. Su respiración cambia, se vuelve más superficial. Observo su pulso latir en la base de su garganta, y todo mi cuerpo se tensa con el esfuerzo de no cerrar la distancia entre nosotros.

Me inclino hacia adelante y la beso, hambriento y con fuerza.

Ella me devuelve el beso con la misma intensidad, sus dedos deslizándose por mi cabello, atrayéndome más cerca. La consola está entre nosotros, incómoda y limitante, y no puedo soportarlo.

Me separo solo lo suficiente para decir: —Asiento trasero.

CAPÍTULO 16
REMY

SALIMOS APRESURADAMENTE por nuestras respectivas puertas y nos encontramos en el asiento trasero. El espacio es estrecho, el cuero está frío contra mi piel ardiente, y nada de eso me importa. Enzo me jala hacia su regazo y me pongo a horcajadas sobre él, con mis muslos rodeando sus caderas mientras nuestras bocas chocan de nuevo.

Mis manos buscan los botones de su camisa, forcejeando en mi desesperación por sentir su piel. Él me ayuda, despojándose de la prenda y arrojándola hacia el asiento delantero. Y entonces su pecho queda al descubierto, y finalmente puedo ver lo que he estado imaginando desde Montana.

Los tatuajes cubren su brazo izquierdo con patrones intrincados que continúan por su hombro y bajan por sus costillas. Placas de circuitos se ramifican en ecuaciones matemáticas, los números se enroscan alrededor del músculo, y es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—He querido hacer esto desde la primera vez que los vi.— Mis dedos trazan las líneas, siguiendo el trayecto donde los circuitos se transforman en demostraciones. —No son solo de adorno, ¿verdad?

—No. — Su voz es áspera. —Cada ecuación significa algo. Esta es la identidad de Euler. Mi papá la llamaba la ecuación más bella de las matemáticas. — Señala los circuitos. —El primer sistema de

seguridad que diseñé. — Su dedo se desplaza hacia los números que se enroscan en su antebrazo. —Código binario. Los nombres de mis hermanos.

Se me cierra la garganta. —Los llevas contigo. A todos ellos.

—Siempre. — Sus manos se tensan sobre mis caderas. — Necesitaba algo permanente. Algo que no pudieran quitarme.

Me inclino y presiono mis labios contra su bíceps, siguiendo el camino de una ecuación con la lengua. Su piel está tibia y ligeramente salada bajo mis labios. —Son hermosos.

Su agarre en mis caderas se aprieta casi hasta el punto de doler, y me froto contra él deliberadamente. El gruñido que retumba en su pecho hace que mi centro se contraiga de necesidad.

Me aparto un poco, mirándolo desde arriba. Sus ojos están oscuros, las pupilas dilatadas, y puedo sentir su dureza presionando contra mí a través de nuestra ropa.

Froto mi centro sobre su erección para mostrarle que yo también lo deseo.

—¿Estás segura? — La pregunta sale estrangulada. Sus manos tiemblan donde descansan en mi cintura, su respiración es pesada e irregular. Cada línea de su cuerpo grita cuánto me desea, pero se mantiene perfectamente quieto, esperando mi respuesta.

En lugar de hablar, agarro el dobladillo de mi blusa y me la quito por la cabeza. Sus ojos siguen el movimiento, demorándose en mi brasier de encaje negro. La forma en que me mira —como si quisiera devorarme— me hace sentir poderosa de una manera que no había sentido en meses.

Llevo las manos a mi espalda y desabrocho el brasier, dejando que caiga.

Enzo se queda completamente inmóvil. Sus manos flotan sobre mi cintura. Me mira como si fuera lo único que importa en el mundo.

—Remy…

—Tócame. — Las palabras salen entrecortadas, necesitadas. — Por favor, Enzo. Necesito que me toques.

Sus manos se deslizan por mi caja torácica, sus pulgares rozando la parte inferior de mis pechos. Su toque es casi reverencial, y yo arqueo el cuerpo hacia él sin pudor. El calor se extiende por todo mi

cuerpo, concentrándose donde estamos presionados el uno contra el otro.

Él se inclina hacia adelante y presiona su boca contra mi esternón, justo sobre mi corazón acelerado. La sensación de sus labios contra mi piel me hace jadear. Sube besándome hasta la clavícula, sus dientes rozando el delicado hueso, y mis dedos se clavan en sus hombros.

—Maldita sea, he querido esto por tanto tiempo. — Sus palabras suenan amortiguadas contra mi garganta.

Suelto una risa, pero se convierte en un gemido cuando su boca encuentra la curva donde mi cuello se une con el hombro. —Lo ocultaste muy bien.

—Tenía que hacerlo. — Sus dientes rozan mi piel, sin llegar a morder, pero lo suficiente para hacerme retorcer. —Estabas fuera de los límites.

—¿Y ahora?

Él se aparta para mirarme, y la intensidad de su mirada me roba el aliento. —Ahora me importan un carajo las razones. — Su mano rodea mi pecho, su pulgar trazando círculos justo al lado de donde anhelo su contacto.

Vuelvo a mover mis caderas contra él y ambos gemimos. — Entonces tómame.

—Todavía no. — Su pulgar continúa con esos círculos desesperantes, sin llegar a tocar donde necesito. —No voy a apresurarlo.

La frustración crece en mi interior. Deslizo mis manos en su cabello, sujetándolo con fuerza. —Enzo, te lo juro por Dios…

Finalmente, baja su boca hacia mi pecho. Pero no me da lo que quiero. Besa alrededor del contorno, traza su lengua por la parte inferior y muerde suavemente la carne blanda. En todas partes excepto donde me estoy arqueando hacia él, desesperada.

—Deja de provocarme. — Las palabras surgen de mi garganta.

Él me mira, con su aliento rozando mi pezón. —Voy a follarte, Remy, pero voy a tomarme mi tiempo.

El calor me inunda la cara, pero estoy demasiado desesperada para que me importe.

Él cierra sus labios alrededor de mi pezón, succionando con fuerza.

Todo mi cuerpo se sacude. Una sensación se dispara directo a mi centro y suelto un grito. Su lengua hace magia, alternando entre lamidas suaves y una succión más fuerte que hace que mis uñas arañen su espalda. Su otra mano palpa mi otro pecho, apretando y rodando el pezón entre el pulgar y el índice hasta que estoy restregándome contra él sin ninguna vergüenza.

—Enzo. Oh, Dios, Enzo…

Me libera e inmediatamente pasa al otro pecho, dándole la misma atención devastadora. Ya estoy empapada, desesperada por la fricción, y sentirlo duro debajo de mí solo empeora las cosas.

Él se aparta, respirando con dificultad. —Quiero hacerte sentir bien.

El calor me recorre ante la promesa en su voz. Llevo mi mano entre nosotros, apretándolo a través de sus jeans. —Ya lo estás haciendo.

—Quiero que me folles ahora. — Su cuerpo se estremece ante mi toque.

La petición hace que mis muslos se tensen. Trato de abrir la hebilla de su cinturón con manos temblorosas. —Sí.

Ahora ambos andamos a tientas, desesperados. Sus jeans se enganchan en sus botas. Tengo que contorsionarme para quitarme los pantalones en el espacio tan reducido. Todo esto debería arruinar el momento; en cambio, es frenético y perfecto y exactamente lo que necesito.

Finalmente, ambos estamos desnudos. Envuelvo mi mano alrededor de su miembro, maravillada por el peso y el calor de su cuerpo. Su piel es como seda sobre acero, y cuando lo acaricio una, dos veces, él se tensa de deseo.

—Mierda. — Me agarra la muñeca, deteniéndome. —No quiero tu mano. Te quiero a ti.

Las crudas palabras me hacen gemir. Me acerco a él, con mis labios rozando su oído. —Entonces deja de hablar y tómame.

—Condón. Cartera. Bolsillo delantero de mis jeans.

Me estiro hacia el suelo donde nuestra ropa está enredada. El movimiento presiona mis pechos contra su cara, y él atrapa un pezón entre sus dientes, tirando suavemente.

Se me escapa un sonido estrangulado. —No me lo estás haciendo fácil.

—Qué bueno.

Recupero su cartera y saco el condón, rompiendo el envoltorio con los dientes. Luego se lo pongo lentamente, observando su rostro todo el tiempo. Su mandíbula se aprieta, sus manos agarran mis caderas, y saber que lo estoy afectando tanto me hace sentir borracha de poder.

—Mierda, me estás volviendo loco. — Su voz suena estrangulada.

—Esa es la idea. — Me posiciono sobre él, sintiendo su calor, y tiemblo de anticipación.

Me hundo un poco —solo la punta— y ambos nos congelamos. El estiramiento arde ligeramente, pero la plenitud ya es abrumadora.

—Más. — Suena desesperado.

—¿Así? — Me hundo otro poco y luego me detengo. Sus ojos destellan con algo peligroso y hambriento.

—¿De verdad vas a torturarme ahora mismo?

—Tú me torturaste a mí. — Pero mi voz vacila porque estoy igual de desesperada.

Él empuja hacia arriba ligeramente y jadeo ante la súbita profundidad. —Dos pueden jugar a ese juego.

—Está bien — me río. —Está bien, dejo de jugar.

—Esa es mi buena chica.

Su elogio envía una descarga de excitación directo a mi centro. Me dejo caer sobre él, tomando todo su miembro en un solo movimiento fluido, y ambos gritamos. Me llena por completo, estirándome de la mejor manera, y tengo que hacer una pausa para adaptarme a la sensación abrumadora.

—Mírame a los ojos. — Su voz es áspera por la necesidad.

Encuentro su mirada, y lo que veo allí hace que se me oprima el pecho. Deseo puro mezclado con algo que se parece peligrosamente a la devoción.

—No apartes la vista. — Él mueve sus caderas hacia arriba, golpeando un punto devastador.

Su cabeza cae hacia atrás contra el asiento y empiezo a moverme.

Esto no se parece a nada que haya experimentado antes. Soy yo tomando exactamente lo que quiero, cabalgándolo con confianza, y la sensación es embriagadora. Después de meses de sentirme impotente —primero con Damon, luego con las amenazas de Trent— finalmente me siento en control.

Sus manos sujetan mis caderas, ayudándome a subir y bajar, pero me deja marcar el ritmo. Me deja tomar lo que necesito.

Echo la cabeza hacia atrás, la sensación aumenta con cada estocada. Cada vez que bajo me penetra más profundo.

Sus manos guían mis movimientos. —Mierda. Toma lo que necesites. Úsame.

Lo miro hacia abajo, mi cabello cayendo alrededor de nosotros como una cortina. —¿Te gusta eso? ¿Que te use?

—Maldita sea, sí. — Su mano se desliza entre nosotros, encontrando mi clítoris, y doy un brinco ante el contacto. —Me gusta saber que me deseas.

—Te deseo tanto. — Mis movimientos se vuelven torpes mientras él rodea mi clítoris. La presión aumenta de forma imposible. Mis muslos tiemblan. Mi respiración se vuelve errática. —Enzo, es demasiado.

Su otra mano me agarra la cadera, ayudándome a mantener el ritmo. —No pienses. Solo siente.

—¡Enzo! — Su nombre es una oración, una súplica.

—Justo ahí. Estás tan cerca, puedo sentirlo. — Sus palabras me inundan, empujándome más alto. —Córrete para mí. Córrete en mi polla. ¡Quiero sentirte!

El orgasmo me golpea de lleno. Cada músculo se pone rígido. Mi cabeza cae hacia atrás mientras un grito rasga mi garganta, crudo y sin restricciones. Me contraigo a su alrededor en oleadas, cada contracción lo atrae más profundo, y el placer es casi demasiado intenso para soportarlo. Su nombre escapa de mis labios como un

mantra mientras él me guía a través de ello, sus dedos sin detener nunca su ritmo perfecto.

Antes de que yo haya terminado siquiera, él me jala hacia abajo con fuerza, enterrándose profundamente. Se estremece y gime mi nombre. Siento que palpita dentro de mí, y eso desencadena otra ola más pequeña que me hace jadear.

—Mierda. Mierda, Remy… — Su agarre en mis caderas es casi doloroso, pero no me importa.

Cuando ambos podemos volver a respirar, cuando los temblores se desvanecen en réplicas ocasionales, me doy cuenta de que todavía me sujeta como si pudiera desaparecer.

Me muevo ligeramente, haciendo una mueca. —Enzo. Me estás aplastando.

Valió la pena, de todos modos.

—Lo siento. — Afloja su agarre pero no me suelta. —Lo siento, es que yo…

—Está bien. — Acaricio su rostro, obligándolo a mirarme. —No me voy a ninguna parte.

Algo se quiebra en su expresión: una vulnerabilidad que nunca había visto antes.

Me atrae para un beso que es completamente diferente al de antes. Este es lento, minucioso y tierno. Este beso promete cosas que no estoy segura de que ninguno de los dos esté listo para decir en voz alta.

Cuando nos separamos, me desplomo sobre su pecho. Sus brazos me rodean, manteniéndome cerca mientras nuestros corazones se calman. Puedo sentirlo sonreír contra mi cabello.

Nos quedamos enredados durante largos minutos, mientras los cristales empañados se aclaran gradualmente para revelar el estacionamiento vacío y el lago frente a nosotros. Finalmente, levanto la cabeza y lo miro. Su cabello es un desastre por mis dedos, sus labios están hinchados y puedo ver las marcas que mis uñas dejaron en sus hombros.

Nunca se ha visto más hermoso.

—Probablemente deberíamos vestirnos antes de que alguien pase y se lleve una sorpresa — le digo.

Él se ríe, un sonido ronco y satisfecho. —Probablemente.

Pero ninguno de los dos se mueve. Trazo los tatuajes de su pecho con dedos suaves, tomándome mi tiempo para explorar cada patrón.

Lo miro a los ojos. —Gracias. Por lo de hoy. Por dejarme ver este lado de ti.

Él acuna mi rostro con sus manos. —Gracias a ti por no salir corriendo cuando te lo mostré.

—Ya terminé de correr. De ti, de tus hermanos, de todo esto. Quiero ver a dónde va. — Las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

El miedo cruza fugazmente por sus rasgos, y luego algo que parece esperanza. —¿Aunque sea complicado?

—Especialmente porque es complicado. — Sonrío. —Me gustan los desafíos.

Me besa de nuevo, más suave esta vez. Una promesa.

—Deberíamos volver. — Suspiro contra su boca. —Antes de que tus hermanos envíen a un grupo de búsqueda.

—Que se preocupen. — Me atrae más cerca. —Solo unos minutos más.

Me acomodo contra su pecho, sintiéndome segura, reclamada y aterrorizada, todo al mismo tiempo.

CAPÍTULO 17
BRECK

HA PASADO una semana desde que Enzo y Remy tuvieron sexo en la parte trasera de su Range Rover, y Remy decidió que quiere una relación con nosotros. Con los tres.

Se ha sentido como en casa en nuestro penthouse. Se roba las sudaderas de Enzo, se acurruca entre nosotros en el sofá y nos toca sin pensarlo demasiado.

Pero Ansel apenas ha estado en casa para presenciarlo.

Surgieron tres negocios importantes simultáneamente, tirando de él en diferentes direcciones. Vive en salas de conferencias y vuelos nocturnos, y noto la frustración en sus ojos cuando mira a Remy, sabiendo que se está perdiendo de todo.

Realmente quería venir a París con nosotros.

Ahora que estamos en el jet privado cruzando el Atlántico, Remy se aprieta contra la ventana mientras el sol sale sobre el océano.

—Todavía me siento culpable de que Ansel no pudiera venir —se aparta de la ventana para mirarnos—. Ese trato de Singapur es enorme y ahora está manejando todo solo.

—Fue su elección —dice Enzo sin levantar la vista de su tableta —. El cliente de París ha estado coqueteando con la competencia. No podíamos esperar.

—Pero dejarlo atrás...

—Fue decisión suya —me inclino hacia adelante, con los codos en las rodillas—. Confía en mí, Remy. Si hubiera alguna forma de que pudiera estar aquí, lo estaría. Pero tampoco va a dejar que te quedes sola mientras nosotros estamos dispersos por el mundo.

Sus dedos se entrelazan en su regazo. —La seguridad que tienen a mi alrededor parece excesiva.

—Trent anda por ahí —deja Enzo su tableta—. Sin pistas. Sin avistamientos. No vamos a correr riesgos.

—Ansel me hizo prometer que le enviaría un mensaje de texto todas las mañanas y noches —dice Remy con una sonrisa suave—. Y que le enviara fotos de París, para que no sienta que se está perdiendo de todo.

—Está preocupado por ti.— Me acerco y le aprieto la mano. —Y frustrado porque no puede estar aquí. Cuando finalmente llegue a casa por más de unas pocas horas, será interesante ver cómo encaja en nuestra nueva dinámica.

Ella mira entre nosotros dos. —Encajará perfectamente. Él me importa tanto como me importan ustedes dos.

La voz del piloto crepita por el intercomunicador. —Comenzaremos nuestro descenso a París en unos veinte minutos.

Remy presiona de nuevo contra la ventana. —No puedo creer que realmente vaya a París.

La intensidad de Enzo se suaviza cuando la mira. —Espera a que lo veas desde la Torre Eiffel.

Sus ojos se iluminan. —¿Vamos a ir a la Torre Eiffel?

—Vamos a hacer de todo —me estiro, y mi espalda protesta por el vuelo de varias horas—. Por eso vinimos tres días antes.

Ella se muerde el labio. —¡No puedo creer que hayan planeado esto!

Me muevo para ponerme de cuclillas junto a su asiento. —Te mereces divertirte un poco, Pequeña Genio.

Sus mejillas se sonrojan. —Gracias.

Enzo ya está recogiendo nuestras maletas, preparándose para el aterrizaje. —¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones de verdad?

Se queda callada lo suficiente como para que yo sepa la respuesta.

—Solo relájate y déjanos consentirte —le aprieto la mano, y algo en su sonrisa me hace querer prometerle todo.

El hotel es un edificio restaurado del siglo XIX en el octavo distrito, decorado en mármol. Nuestra suite ocupa todo el piso superior, con tres dormitorios, una sala de estar con ventanas que dan a los Campos Elíseos y una terraza con vistas al Arco de Triunfo.

Remy da una vuelta lenta en la sala, asimilándolo todo. —Esto es una locura.

—Esto es París —dejo mi maleta junto al sofá—. Tu habitación es la de la derecha. Tiene la mejor vista de la Torre Eiffel.

Ella camina hacia la ventana y observo su rostro mientras divisa el armazón de hierro elevándose sobre los tejados a lo lejos. El asombro en su expresión hace que algo cálido se instale en mi pecho.

Apoya la palma de la mano contra el cristal. —He soñado con venir aquí desde que era niña.

Enzo se une a ella en la ventana. —Ahora estás aquí.

—Ahora estoy aquí.— Se inclina ligeramente hacia él, y él le rodea la cintura con un brazo sin pensarlo. El gesto es tan natural que, en lugar de celos, me siento contento viendo cómo se relaja en lo que estamos construyendo.

—Ve a acomodarte.— Me muevo hacia mi propia habitación. —Salimos en una hora. Usa zapatos cómodos. Hoy vamos a caminar por todos lados.

Los siguientes tres días son perfectos de una manera que no sabía que la vida podía ser.

Empezamos en el Louvre, donde Remy se queda frente a la Mona Lisa durante veinte minutos, solo mirando. Enzo le explica las proporciones matemáticas en el arte del Renacimiento mientras ella escucha con atención absorta. Me quedo atrás y los observo, la

forma en que ella se ilumina cuando él habla, cómo él se ablanda a su alrededor.

Enzo no se abre con la gente. Así es él. O tal vez, así era. Ella está cambiando eso, y me encanta ver a mi hermano tan feliz.

Visitamos la Torre Eiffel al atardecer. La ciudad se extiende debajo de nosotros, con las luces empezando a parpadear, y Remy da vueltas, intentando verlo todo a la vez.

—Es mágico —me agarra de la mano y luego a Enzo, tirando de ambos hacia la barandilla—. Esto es magia real.

Yo no estoy mirando la vista. La estoy mirando a ella, la alegría que irradia, y estoy memorizando este momento.

Comemos en cafés diminutos, donde los camareros hablan un francés rápido, y tengo la oportunidad de presumir mis habilidades con el idioma. Deambulamos por librerías en el Barrio Latino. Nos sentamos junto al Sena y vemos pasar los barcos mientras comemos crepas de un vendedor ambulante.

Y a través de todo esto, la relación entre Remy y nosotros se convierte en algo más.

Remy nos toca con más libertad ahora: una mano en mi brazo cuando está emocionada, apoyándose en Enzo cuando caminamos, buscando a cualquiera de los dos sin pensarlo.

Al tercer día, llevamos a Remy de compras a los Campos Elíseos.

—No necesito nada— protesta Remy mientras Enzo nos guía hacia una de las tiendas insignia de lujo.

—Necesitas un guardarropa parisino adecuado.— Él le sostiene la puerta abierta. —Danos el gusto.

Adentro, una vendedora se materializa de inmediato, evaluando nuestra apariencia con el ojo experto de alguien que reconoce el dinero.

Enzo hace un gesto hacia la tienda. —Elige lo que quieras.

Remy se cruza de brazos. —No voy a dejar que me compren un guardarropa.

—No un guardarropa, solo unas pocas cosas —le digo para que no pelee, pero ya me estoy moviendo hacia un exhibidor de vestidos —. Este. Definitivamente este —se lo entrego a la vendedora que aguarda cerca—. Nos lo llevamos.

—¡Ni siquiera me lo he probado!— protesta Remy.

Enzo ya está seleccionando artículos también. —Lo harás. Junto con todo lo demás que estamos a punto de elegir.

Una hora después, salimos con varias bolsas de compras. Enzo simplemente entregó su tarjeta negra y les dijo que envolvieran todo.

Pasamos de una tienda de diseñador a la siguiente, cada una más exclusiva que la anterior. Remy protesta, nosotros la ignoramos, se prueba cosas y se ve impresionante, y compramos todo. Para cuando llegamos a las tiendas más pequeñas, ha dejado de discutir y ha empezado a disfrutar.

Remy camina entre nosotros, mientras Enzo y yo cargamos la creciente colección de bolsas.

Estamos casi de vuelta en el hotel cuando diviso la boutique que he estado buscando. El escaparate muestra seda y encaje en tonos crema y rubor, con el tipo de sensualidad elegante que solo la lencería francesa logra.

Remy deja de caminar cuando se da cuenta de hacia dónde la dirijo.

—Necesitas lencería para estos vestidos —mantengo mi tono casual, a pesar de que mi pulso se acelera al pensar en ella con cualquiera de esas piezas. —La lencería francesa es una forma de arte. Sería un crimen dejar París sin experimentarla.

—Tengo ropa interior perfectamente funcional.

—No la estamos comprando por funcionalidad.— Los ojos de Enzo se han oscurecido de una manera que reconozco.

—Vamos.

Busco la mirada de nuestro equipo de seguridad y hago un gesto para que esperen afuera. Algunos momentos no necesitan audiencia.

Ella mira entre Enzo y yo, luego al escaparate, y luego vuelve a nosotros. Entonces una sonrisa se extiende por su rostro mientras entra.

La boutique está decorada en tonos rosas, con sillas de terciopelo y una iluminación suave. Una mujer vestida elegantemente le echa un vistazo a Remy y le regala una sonrisa de aprobación.

—Mademoiselle, si me permite tomarle unas medidas, puedo seleccionar las piezas perfectas para usted —saca una cinta métrica e indica a Remy que la siga. Remy nos mira nerviosa y la mujer sonríe. —Tenemos un área privada justo aquí. Solo tomará un momento.

Guía a Remy a un probador mientras Enzo y yo nos hundimos en las mullidas sillas a esperar.

Una vendedora aparece con champán. Porque aparentemente, eso es lo que se hace en París.

Diez minutos después, Remy sale con la vendedora, que carga un montón de piezas cuidadosamente seleccionadas. Sostiene un conjunto de seda crema: un brasier con un delicado ribete de encaje y bragas de talle alto a juego.

—¿Y bien? —Las mejillas de Remy están rosadas—. Dice que este es clásico. Atemporal. ¿Qué opinan?

Mi copa de champán se congela a mitad de camino a mi boca. Incluso solo ver la delicada tela hace que mi polla se ponga dura al imaginarla contra su piel.

—Es perfecto.— Dejo mi copa, sin confiar en mí mismo. —Quiero ver cuánto mojas esa seda antes de que acabe la noche.

Los ojos de Remy se abren de par en par. Mira a la vendedora, mortificada. Pero capto la forma en que sus muslos se aprietan. La vendedora es una profesional y no reacciona a nada de lo que acaba de oír.

Enzo deja su copa con cuidado. —Nos llevamos ese.

—Y varios otros.— Logro sonar casual. —Muéstrenos el conjunto rubor después. Y el negro.

Durante los siguientes veinte minutos, la vendedora saca diferentes conjuntos —cremas, rubores y negros, seda y encaje en varios estilos—. Remy sostiene cada uno, pidiendo nuestra opinión sobre colores y cortes mientras la vendedora ofrece comentarios expertos sobre calidad y ajuste. Todo en lo que puedo concentrarme es en las imágenes mentales de Remy usando cada pieza.

Cada conjunto es más hermoso que el anterior.

Para cuando nos vamos, tenemos cuatro bolsas más, y estoy cuestionando mi autocontrol.

Remy entrelaza su brazo con el mío mientras caminamos de regreso al hotel. —Gracias. Por todo esto. Por París. Por hacerme sentir que importo.

—Importas.— La acerco más. —Más de lo que imaginas.

De vuelta en el hotel, dejamos las bolsas en la habitación de Remy. Pedimos servicio a la habitación y comemos en la terraza mientras se pone el sol.

La conversación disminuye al caer la noche. Remy se levanta, estirándose. —Probablemente debería ir a dormir. Gracias de nuevo. Por todo.

Besa la mejilla de Enzo, luego la mía, y desaparece en su habitación.

Enzo y yo nos sentamos en silencio.

—Esto va bien— dice finalmente.

—Mejor que bien.— Recojo los platos vacíos. —Nos está dejando entrar.

Estamos limpiando cuando la puerta de Remy se abre. Entra en la sala y todo pensamiento coherente se evapora.

Lleva puesta la lencería negra. Su cabello cae suelto sobre sus hombros. Su piel brilla bajo la luz suave.

El plato que sostengo se me resbala de los dedos. Lo atrapo al último segundo.

Enzo se ha quedado completamente inmóvil, con la mano congelada en el grifo.

Remy da un paso adelante, y hay confianza en su paso mezclada con energía nerviosa. —Pensé que si iban a gastar todo ese dinero, debería modelarlo para ustedes.

Mi boca ha olvidado cómo formar palabras.

—Remy.— La voz de Enzo suena forzada. —Mierda.

—Tres días consintiéndome, y no les he agradecido adecuadamente a ninguno de los dos.— Se acerca más. —Creo que es hora de agradecerles a ambos. Al mismo tiempo.

CAPÍTULO 18
REMY

ENZO CRUZA el espacio entre nosotros en dos zancadas, enmarcando mi rostro con sus manos mientras me besa. No tiene nada de suave. Esto es hambre y posesión y todo hacia lo que hemos estado construyendo.

Breck aparece detrás de mí. Sus manos se asientan en mis caderas, tirando de mí hacia atrás contra él, y quedo atrapada entre ambos. El calor de sus cuerpos me rodea y, por un momento, no puedo pensar, no puedo respirar. Solo puedo sentir.

Enzo se aparta un poco, buscando mis ojos con los suyos. Sin decir una palabra, extiende la mano.

La tomo.

Los dedos de Breck se entrelazan con los míos por el otro lado, y me guían por el pasillo hasta la suite principal, la habitación que me habían dado por ser la más grande.

La suite es enorme, dominada por una cama en la que podrían caber cinco personas cómodamente.

Las bolsas de las compras de hoy están sobre la cómoda donde las dejé. La mirada de Enzo se desvía hacia ellas, luego vuelve a mí, y capto el brillo pícaro en sus ojos.

—Quédate aquí —. Camina hacia las bolsas, hurgando hasta encontrar lo que busca: una cinta de seda color crema que venía envolviendo una de las cajas de lencería.

La sostiene en alto, y la tela capta la luz. Su ceja se levanta en una pregunta silenciosa.

El calor me inunda. Sé exactamente lo que me está pidiendo. Y el hecho de que lo pregunte sin palabras, dándome el control total sobre mi respuesta, hace que lo quiera aún más.

Asiento una vez.

Las manos de Breck se deslizan por mis costados, su toque es reverente mientras delinea el borde de encaje del bralette. —No tienes idea de lo que nos haces con esto puesto.

—Podría tener una leve idea —. Se me corta la respiración cuando sus pulgares rozan la parte inferior de mis pechos a través de la delicada tela.

Enzo regresa con la cinta, pasándola entre sus dedos. —Manos.

La orden me provoca un escalofrío por la espalda. Extiendo las manos y él envuelve la seda alrededor de mis muñecas; lo suficientemente firme para sujetarme, lo suficientemente flojo como para que pudiera soltarme si quisiera. Prueba el nudo, luego levanta mis manos atadas hacia su boca y presiona un beso en mis nudillos.

—Esa es mi buena chica —me elogia Enzo.

Suelto un suave gemido ante sus palabras y se me pone la piel de gallina. Los ojos de Enzo se oscurecen, observando mi reacción como si quisiera consumirme por completo.

Me guían a la cama. Breck se desnuda y se sienta con la espalda contra la cabecera, y Enzo me posiciona entre las piernas de Breck, de espaldas a su pecho.

——¿Cómoda? —pregunta Breck, con voz cálida contra mi sien.

Asiento, apoyándome en él. Su erección y su pecho se sienten sólidos detrás de mí.

Enzo se arrodilla entre mis piernas, con sus manos subiendo por mis muslos con una lentitud deliberada. Engancha sus dedos en la pretina de las bragas de encaje negro, y sus ojos se encuentran con los míos con otra pregunta silenciosa.

—Sí.— Levanto las caderas para ayudarlo.

Las desliza hacia abajo, tomándose su tiempo, sin dejar de mirarme a los ojos. El aire fresco golpea mi piel caliente y soy hiperconsciente de lo expuesta que estoy, de lo vulnerable. Entonces

Enzo se acomoda entre mis muslos y siento su aliento contra mi centro.

—Quiero saborear cada centímetro de ti.— Su lengua traza un camino por la parte interna de mi muslo, deteniéndose justo antes de donde me duele el deseo.

Las manos de Breck cubren mis pechos a través del encaje, sus pulgares circulan mis pezones hasta que se marcan contra la tela. —Ojos abiertos, Pequeña Genio. Quiero que veas cómo devora esa preciosa vagina.

Abro los ojos a la fuerza y miro hacia abajo, a Enzo arrodillado entre mis piernas. Sus hombros se ven anchos entre mis muslos, sus músculos se tensan mientras me agarra de las caderas y me acerca más a su boca. La intensidad de su mirada cuando finalmente baja la boca hacia mí hace que mi espalda se arquee.

El primer roce de su lengua es eléctrico. Lame una franja ancha por mi centro, gruñendo como si estuviera saboreando algo divino. La vibración viaja directamente a través de mí. Luego circula mi clítoris con una ligereza desesperante, sin darme nunca del todo lo que necesito.

—Enzo, por favor—

Él se detiene y arquea una ceja.

—Tu boca. Más. Necesito… —Las palabras se disuelven en un jadeo cuando succiona mi clítoris entre sus labios.

Mis manos atadas se fuerzan hacia Enzo, con los dedos flexionándose. Necesito tocarlo, devolverle algo, pero Breck atrapa mis muñecas y las levanta hacia arriba y hacia atrás, pasándolas alrededor de su cuello. La posición arquea mi columna, empujando mi pecho hacia adelante, y me siento totalmente expuesta bajo la mirada cada vez más oscura de Enzo.

—Todavía no.— Los labios de Breck rozan mi sien. —En este momento, solo toma lo que él te da.

La lengua de Enzo se aplana contra mi centro, y luego circula mi clítoris una, dos y tres veces. Me atraganto con su nombre, las sílabas fracturándose en algo incoherente.

—Justo así.— Las palabras de Breck retumban contra mi espalda. —Hazle saber lo jodidamente bien que se siente esa lengua.

La lengua de Enzo continúa moviéndose; pasadas largas que me cortan la respiración, luego una presión enfocada que me hace jadear. Dos dedos se deslizan dentro de mí, moviéndose para encontrar el punto que hace que mis pies se encojan. Mis caderas dan un tirón hacia arriba, buscando más, pero la mano de Breck presiona firmemente contra mi bajo vientre.

—Quédate quieta, Pequeña Genio.— La orden de Breck es suave pero firme. —Deja que él haga el trabajo.

La pérdida de control, el ser retenida mientras Enzo me come, hace que todo sea más intenso. No puedo moverme, no puedo escapar del placer implacable. Todo lo que puedo hacer es tomar lo que me está dando.

La combinación de las manos de Breck en mis pechos, su presencia sólida detrás de mí y la boca implacable de Enzo me empujan más y más alto. Puedo sentir el orgasmo construyéndose, la tensión enroscándose con fuerza en mi núcleo.

Enzo añade un tercer dedo, estirándome, y el ligero ardor se mezcla con el placer de una manera que me marea. Su boca se engancha a mi clítoris con una succión perfecta, su lengua se mueve rápidamente mientras sus dedos bombean hacia adentro y hacia afuera. Breck pellizca mis pezones a través del encaje lo suficientemente fuerte como para hacerme jadear, y la tensión se siente tan intensa que no puedo respirar.

Me deshago con un grito, mi cuerpo sacudiéndose mientras oleadas de placer rompen sobre mí. Enzo no se detiene, trabajando conmigo a través de ello con su boca y sus dedos hasta que estoy hipersensible, mis muslos temblando alrededor de su cabeza. Finalmente se retira, con la barbilla reluciente, y la sonrisa satisfecha en su rostro es casi tan devastadora como lo que acaba de hacerme. Se limpia la boca con el dorso de la mano.

Breck se mueve detrás de mí, sus manos se desplazan para desatar mis muñecas. La seda cae y él masajea donde estaba atada, aliviando cualquier posible molestia.

—¿Estás bien?— Su pregunta es suave contra mi sien.

—Más que bien.— Giro la cabeza para besarlo.

Enzo se pone de pie, quitándose la camisa y los jeans. Su miembro se tensa contra sus bóxers, y hay una mancha húmeda donde ya está goteando. Luego vuelve a la cama, apartándome de Breck y tomándome en sus brazos.

—Ahora me toca probarte a vos —. Lo empujo para que se acueste boca arriba y dejo un rastro de besos por su pecho, siguiendo el camino de sus tatuajes con mi lengua.

Sus músculos se tensan bajo mi boca mientras bajo hacia su abdomen. Recorro los patrones de circuitos en sus costillas, las ecuaciones que se enroscan alrededor de su cadera. Cuando llego a la pretina de sus bóxers, lo miro.

Sus ojos están oscuros, las pupilas dilatadas al máximo.

Le bajo los bóxers, liberándolo. Está duro y grueso, la punta enrojecida y ya húmeda. Se me hace agua la boca. Lo envuelvo con mi mano, acariciándolo una, dos veces, observando su rostro mientras aprieta la mandíbula.

—Remy…— Mi nombre se rompe en un gemido cuando bajo la boca hacia él.

Lo tomo lentamente, ajustándome a su tamaño. Es lo suficientemente grueso como para que mis labios se estiren alrededor de él, y tengo que respirar por la nariz mientras lo tomo más profundamente. Su mano se enreda en mi cabello; no guiándome, solo sujetándome, aferrándose. Lo trabajo con mi boca y mi mano, reaccionando a lo que lo hace jadear, a lo que hace que sus caderas se sacudan, a lo que arranca esos hermosos sonidos rotos de su garganta.

Detrás de mí, siento que la cama se hunde cuando Breck se mueve. Sus manos suben por mis muslos, abriendo más mis piernas. Luego su boca está sobre mí, y yo gimo alrededor de Enzo.

La vibración hace que Enzo maldiga. —Mierda. Haz eso de nuevo.

La lengua de Breck gira alrededor de mi entrada, luego se sumerge, y no puedo evitar los sonidos que hago. La sensación de darle placer a Enzo mientras Breck me lo da a mí es abrumadora de la mejor manera.

Tomo a Enzo más profundo, relajando mi garganta, y su agarre en mi cabello se aprieta. —Remy. Sigue haciendo eso y me voy a

venir en tu boca.

Tarareo en respuesta, queriendo saborear su liberación, hundiendo mis mejillas mientras succiono con más fuerza. Él se viene con mi nombre en sus labios, todo su cuerpo poniéndose rígido. Me trago todo lo que me da, el sabor de él cubriendo mi lengua.

Breck se aparta con una última lamedura que me hace estremecer. —Mi turno.

Me voltea sobre mi espalda, acomodándose entre mis muslos. A diferencia del enfoque intenso de Enzo, Breck es juguetón. Besa la parte interna de mis muslos, muerde suavemente la carne tierna, me hace retorcerme, reír y jadear al mismo tiempo.

—Breck, quiero tu pija.

—¿No sos una pequeña codiciosa? —me sonríe el muy cabrón—. ¿Cómo se pide por favor, Remy?

—Breck, *por favor*, cogeme. Con tu pija.

Su lengua se mueve entre mis pliegues. —¿Acá, Remy? ¿Es acá donde necesitás mi pija?

—¡Breck!

Se ríe y se reposiciona, con la espalda contra la cabecera. Breck palmea su regazo. —Ven aquí.

Me siento a horcajadas sobre él, con las piernas temblorosas pero firmes. Elevo las caderas y él guía su miembro hacia mi entrada.

Sus manos se asientan en mis caderas, yo me posiciono sobre él y él se mantiene quieto, dejando que yo marque el ritmo. Me hundo lentamente, centímetro a centímetro, hasta que está completamente sentado dentro de mí. El estiramiento es intenso, casi demasiado, y tengo que hacer una pausa para ajustarme.

Maldice entre dientes. Me muerdo el labio para no gritar.

Detrás de mí, las manos de Enzo recorren mi columna. —Te ves tan bien tomándolo así.

Empiezo a moverme, encontrando un ritmo que hace que las manos de Breck se aprieten en mis caderas. El ángulo es perfecto y sé que no duraré mucho.

La mano de Enzo se desliza hacia adelante, sus dedos encuentran mi clítoris. La estimulación añadida me marea de deseo.

—Eso es. Cabalgá mi pija así —dice Breck con la voz forzada—. Mierda, Remy, estás tan apretada. Tan mojada. Cómo te movés, cómo te sentís. ¡No pares!

La presión aumenta increíblemente rápido. Entre Breck llenándome y los dedos de Enzo trabajando mi clítoris, ya estoy cerca de nuevo.

Un sonido necesitado se escapa de mi garganta.

—Mírate, tomándolo tan bien.— Los dedos de Enzo presionan con más fuerza mi clítoris.

Cuando llega el orgasmo, es devastador. Me aprieto alrededor de Breck y él me sigue de inmediato, tirando de mí con fuerza mientras se viene.

Me desplomo hacia adelante sobre el pecho de Breck, completamente agotada. La mano de Enzo acaricia mi espalda con movimientos suaves mientras los de Breck me rodean.

—¿Cómo estás? —pregunta Breck.

Mis respiraciones son cortas y rápidas. —No creo que pueda moverme.

Ambos se ríen, el sonido retumbando a través de mí donde todavía estamos conectados.

Finalmente, logramos separarnos y limpiarnos. Luego volvemos a la cama, yo en medio de los dos, con su calor rodeándome.

—¿Cómoda?— pregunta Breck.

—Mmm—, es todo lo que puedo articular.

Me quedo dormida entre ellos, más segura y satisfecha de lo que jamás he estado.

CAPÍTULO 19
ENZO

ME DESPIERTO con el cabello de Remy haciéndome cosquillas en la nariz y el brazo de Breck rodeándonos a ambos. Por un momento, simplemente me quedo ahí acostado, evaluando la situación.

Nunca he sido de los que se quedan a la mañana siguiente. Hasta hace poco. Con Remy. Mi patrón siempre ha sido sencillo: follar, dormir si es absolutamente necesario y luego irme antes de que alguien pueda esperar algo más. Sin desayunos, sin mañanas perezosas y sin complicaciones.

Pero justo ahora, con la espalda de Remy presionada contra mi pecho y su respiración aún suave por el sueño, no quiero estar en ningún otro lugar.

Ella se agita, emitiendo un leve sonido de protesta a medida que recupera el conocimiento. Aprieto mi brazo alrededor de su cintura.

—Buenos días.— Mi voz suena ronca por el sueño.

—Hola.— No abre los ojos. —¿Qué hora es?

—Temprano. Tenemos unas pocas horas antes de que necesitemos prepararnos.

Breck se mueve detrás de ella, dándole un beso en el hombro. —Buenos días, hermosa.

Remy gira la cabeza para mirarlo, luego vuelve a mirarme a mí. Escudriño su rostro buscando señales de arrepentimiento o

incomodidad. En su lugar, sonríe, y su expresión es genuina, cálida y completamente abierta.

—Buenos días a ambos.— Se estira, y el movimiento hace que su cuerpo se deslice contra el mío de formas que no ayudan en nada a mi autocontrol.

Breck se incorpora, pasándose una mano por el cabello. —Voy a pedir el desayuno. Remy, ¿qué quieres?

—Café—, responde ella con voz soñadora. —Y lo que creas que me gustaría.

—Creo que sé exactamente lo que te gustaría.— Su mano se desliza por su muslo debajo de las sábanas.

Remy lo agarra de la muñeca, riendo mientras lo aparta. —Tenemos una reunión importante hoy. Guarda esa energía para después.

—Me estás matando.— Pero él sonríe mientras alcanza el menú del servicio a la habitación. —Está bien. Pero te tomo la palabra con lo de «después».

Ella le guiña un ojo. —Cuento con ello.

Me apoyo en un codo, mirándola. —¿Dormiste bien?—

—Mejor que bien.— Se inclina y me da un beso en la mejilla. —Aunque tal vez necesite una siesta antes de la reunión.—

—¿Te agotamos?— La satisfacción en mi voz es probablemente vergonzosa, pero no me importa.

—Qué modesto.— Se ríe, dándome un golpecito en el pecho. —Sí, me agotaron. Tu ego necesitaba eso, estoy segura. ¿Contento?

Me río. —Muchísimo.

Breck está hablando por teléfono ahora, pidiendo el desayuno, hablando en francés. Parece que está pidiendo la mitad del menú. Cuando cuelga, nos sonríe. —El desayuno llegará en treinta minutos. —

Remy mira el reloj. —No es mucho tiempo.—

—Es tiempo de sobra.— Breck se pone de pie, tirando de ella para que se levante. —Para lo que tengo en mente.

—¿Y qué sería?

—Meterte a la ducha. Conmigo.— Ya la está llevando de espaldas hacia el baño. —Por eficiencia.

—Eficiencia.— Su risa suena entrecortada. —¿Así es como lo llamamos ahora?

—Puedo llamarlo como quieras.— Él sonríe con suficiencia. —Pero eso no cambia lo que planeo hacerte.

Desaparecen en el baño y escucho que el agua comienza a correr, seguido de la risa de Remy y la respuesta más grave de Breck. Probablemente debería sentirme celoso o posesivo. En cambio, me siento... completo.

Esa es la palabra adecuada. Completo.

Mis hermanos y yo hemos pasado por el infierno juntos. Hemos construido un imperio, sobrevivido a pérdidas y nos hemos protegido mutuamente contra todo lo que el mundo nos ha lanzado. Pero siempre ha faltado algo, alguna pieza que no podíamos identificar del todo.

Remy es esa pieza.

Ella no nos completa individualmente. Nos completa a *nosotros*. Encaja en nuestra dinámica como si siempre hubiera estado destinada a estar allí. Compartirla con Breck y Ansel no disminuye lo que siento. Lo amplifica, porque puedo verla feliz con ellos, verla reír con los chistes de Breck y ablandarse bajo la intensidad de Ansel. Puedo ver a mis hermanos enamorarse de la misma mujer de la que me estoy enamorando yo, y en lugar de competencia, hay... armonía.

El servicio a la habitación llega justo antes de que cierren la ducha.

Salen envueltos en las mullidas batas del hotel, con el cabello de Remy húmedo y rizándose sobre sus hombros. Breck ya está hablando de la reunión, repasando con ella los puntos clave mientras ella asiente y hace preguntas aclaratorias.

Le sirvo café del carrito de servicio y se lo entrego. La sonrisa que me dedica vale más que todo el trato de París.

Comemos en la terraza, con Remy en medio de nosotros, contemplando las calles matutinas de París. El sol hace que su cabello parezca fuego de cobre, y me descubro mirándola más de lo que como.

Dos horas más tarde, estamos en la parte trasera de un auto de camino a la reunión con el cliente. Remy está sentada entre nosotros con un traje azul marino entallado y el cabello recogido.

Tenemos la presentación lista y, aunque todo parece estar en orden, algo se siente mal.

No puedo explicarlo. Es solo un hormigueo en la nuca, la sensación de que nos están observando. Escudriño la calle mientras avanzamos, buscando cualquier cosa fuera de lugar. Un auto que nos siga demasiado de cerca. Alguien en la acera que preste demasiada atención.

No hay nada obvio. Pero el presentimiento persiste.

Saco mi teléfono y le envío un mensaje de texto al jefe de nuestro equipo de seguridad.

Yo: ***Manténganse muy cerca de Remy hoy. Algo no se siente bien.***

Seguridad: ***Entendido. La tenemos cubierta.***

Remy nota mi tensión. —¿Todo bien?—

—Bien. Solo siendo precavido.—

Ella estudia mi rostro y luego asiente. Ha aprendido a confiar en mis instintos.

La oficina del cliente está en un edificio moderno cerca de La Défense. Nos conducen a una sala de conferencias donde esperan tres ejecutivos: dos hombres y una mujer. Todos visten de manera impecable, irradiando esa mezcla francesa particular de sofisticación y escepticismo.

Damon normalmente también estaría en estas reuniones, y su ausencia debería sentirse como un vacío. Pero en cambio, la dinámica entre Breck, Remy y yo se siente equilibrada de una manera que nunca antes lo estuvo.

Breck se encarga de las presentaciones; su francés es impecable. Los clientes se muestran amables con él de inmediato, que es la idea. Él es el rostro, la personalidad y quien hace que la gente se sienta lo suficientemente cómoda como para firmar contratos.

Yo estoy aquí como apoyo técnico. Para responder a las preguntas difíciles, para demostrar que sabemos de lo que hablamos y para mostrarles que no somos solo vendedores.

Remy está aquí porque es brillante, y ellos necesitan ver eso.

Breck inicia la presentación, guiándolos a través de nuestros protocolos de seguridad, el cronograma de implementación y los resultados proyectados. Es bueno en esto, logrando que los conceptos técnicos complejos sean accesibles sin ser condescendiente.

Los clientes asienten, haciendo preguntas aclaratorias ocasionales. Entonces la mujer, Sophie Martin, se inclina hacia adelante.

—Su propuesta es impresionante, Sr. Jacobs. Pero hemos tenido consultores de seguridad antes que prometieron resultados similares y no cumplieron. ¿Qué hace que su enfoque sea diferente?—

Antes de que Breck o yo podamos responder, Remy contesta en un francés perfecto.

La sala queda en silencio. Las cejas de Sophie se elevan y responde en francés, claramente impresionada por la fluidez de Remy.

La sonrisa de Remy es cálida pero profesional mientras continúa la conversación, explicando que estudió en Montreal durante un semestre en la universidad. Se ofrece a explicarles nuestra metodología en detalle, en francés, si lo prefieren.

Me le quedo mirando. Hemos estado en París tres días. Tres días de Breck manejando todas las interacciones en francés, de Remy dejando que él tomara la iniciativa, de ella interpretando el papel de una turista estadounidense que solo habla inglés. Y ha sido fluida todo este tiempo.

Los clientes se relajan, alternando entre francés e inglés mientras Remy les explica las especificaciones técnicas con la misma facilidad que Breck mostró con el discurso de venta. Se anticipa a sus preocupaciones, responde a sus preguntas y para cuando nos damos la mano una hora después, veo que ya cerramos el trato.

En el auto, de regreso al hotel, me giro hacia ella. —Hablas francés.—

—Lo hablo.— No parece culpable; parece divertida.

—¿Qué más estás ocultando?—

Ella se encoge de hombros. —Mantuve el francés después de la universidad. Los idiomas son solo otro tipo de código.—

Breck se inclina hacia adelante desde el asiento delantero. —¿Por qué no dijiste nada? He estado traduciéndote menús toda la semana.—

Su expresión se suaviza. —Porque me encantó que me cuidaras. Que te estuvieras encargando de todo y haciéndome sentir especial. No quería interrumpir eso.—

—Dejaste que me luciera.— La voz de Breck suena ronca de emoción.

—Fuiste muy impresionante.— Ella se estira hacia adelante y le aprieta la mano. —Mi guapo y políglota novio.—

Novio. La palabra cae entre nosotros, casual y monumental a la vez. Lo dijo sin dudar, sin reparos. No "lo que sea que seamos" ni "el chico con el que salgo". Novio.

Breck me mira y enarco las cejas en señal de aprobación.

Remy nota el intercambio. —¿Muy pronto? Puedo retirarlo.—

—No.— La acerco más. —No lo retires.—

—Bien.— Se acomoda contra mi costado. —Porque lo digo en serio. Son mis novios. Los tres. Incluso Ansel, aunque aún no hayamos...— Se interrumpe, y un ligero rubor aparece en sus mejillas.

No hace falta que termine la frase. Ansel es el único que todavía no la ha llevado a la cama, no por falta de ganas, sino por falta de oportunidad. Cada vez que se han visto últimamente, ha sido solo por un breve momento. Siempre hay una reunión, una crisis o un avión que tomar. La anticipación probablemente los está matando a ambos.

Como si lo hubieran invocado, mi teléfono vibra.

Ansel: ***¿Cómo fue la reunión?***

Yo: ***Cerramos el trato. Remy los impresionó hablando un francés perfecto. Cosa que nos estuvo ocultando toda la semana.***

Ansel: ***Por supuesto que sí. Dale mis felicitaciones. Y dile que espero una explicación completa cuando vuelvan a casa.***

Yo: ***Así lo haré. ¿Cómo van las cosas en Singapur?***

Ansel: ***Agotador. Pero productivo. Estaré en casa en tres días. Cuídenla hasta entonces.***

Yo: ***Siempre.***

Le muestro los mensajes a Remy y ella sonríe. —Se preocupa demasiado.—

—Se preocupa lo justo.— Guardo mi teléfono en el bolsillo. —Todos lo hacemos.—

Para nuestra última noche en París, Breck elige un restaurante en le Marais. Es íntimo y romántico. La comida es excepcional, el vino es mejor y Remy está radiante con uno de los vestidos que le compramos.

Ella cuenta una historia sobre su semestre en Montreal, algo relacionado con un malentendido con su familia anfitriona y terminar aceptando por error cuidar a un gato durante un mes. Breck se ríe y yo observo su expresión animada, memorizando este momento.

Esto es lo que quiero. Más de esto. Más noches en las que podamos simplemente existir juntos sin amenazas ni complicaciones. Más momentos en los que la risa de Remy llene el espacio entre nosotros.

La cena se prolonga hasta entrada la noche. Somos los últimos clientes, el personal merodea cortésmente pero sin apresurarnos. Finalmente, a regañadientes, pagamos la cuenta y regresamos al hotel.

Remy está callada en el auto, apoyada en mi hombro, con su mano en la de Breck. La satisfacción que emana de ella es palpable.

Ya en el hotel, ella se dirige a su habitación para cambiarse mientras Breck y yo servimos unas copas en la sala de estar. Estoy pensando en reunirme con ella cuando escucho su voz.

—Enzo. Breck. ¿Pueden venir, por favor? Su tono me deja helado. No asustado, sino urgente.

Llegamos a su puerta en segundos. Ella está de pie en medio de la habitación, todavía con el vestido puesto, mirando fijamente su cama. Sobre la almohada —su almohada, en la que durmió anoche— hay un trozo de papel doblado.

—No lo toques.— Paso junto a ella, sacando mi teléfono para fotografiarlo antes de desdoblar cuidadosamente la nota con un pañuelo de papel.

Reconozco la letra. Es la misma de la primera nota que recibió.

—¿Disfrutando de París? ¿De verdad pensaste que podías huir de mí? ¿Que poner un océano de por medio te mantendría a salvo? Te he tenido vigilada. Cada restaurante, cada tienda, cada momento en que pensaste que estabas a solas con ellos. No estás a salvo en ninguna parte. Y pronto, no estarás a salvo con nadie.—

Nos vemos pronto, Remy.

Se me hiela la sangre. Estuvo aquí. En esta habitación. Mientras estábamos cenando, Trent o alguien que trabaja para él burló la seguridad del hotel, a nuestros guardias y todas las precauciones que tomamos.

Remy está temblando. —Alguien estuvo en mi habitación.—

—Ya se fue. Te tengo.— La atraigo hacia mí, rodeándola con un brazo, mientras marco a Ansel con la mano libre.

Él responde al primer timbrazo. —¿Qué pasa?—

—Trent dejó otra nota. En la habitación de Remy en el hotel. Alguien burló nuestra seguridad.—

Ansel suelta una maldición feroz. —¿Está bien ella?—

—Está asustada, pero a salvo. Ambos estamos con ella.—

—Manténganla allí. No salgan de la habitación. Estoy llamando a la tripulación del jet ahora mismo. Tienen que estar en un vuelo esta misma noche. No me importa si tienen que dejarlo todo. Traigan a Remy a casa, donde podamos protegerla adecuadamente.—

—Ansel, ¿estás seguro de que sea necesario?—

—Esta noche, Enzo. La quiero en ese avión en las próximas dos horas. Tendré un equipo de seguridad completo esperando cuando

aterricen.— Hace una pausa. —No la pierdan de vista. Ni por un segundo.—

—No lo haré. Lo prometo.—

Termino la llamada y miro a Breck, que ya está preparando nuestras maletas.

Remy sigue apretada contra mí y su corazón late a mil por hora. —Lo siento. Lo siento tanto.—

—Basta.— Le levanto la barbilla, obligándola a mirarme. —Esto no es culpa tuya. Nada de esto es tu culpa. Pero tenemos que llevarte a casa. ¿Puedes empacar tus cosas?—

Ella asiente contra mi pecho.

—Bien. Breck y yo nos encargaremos de todo lo demás. Tú concéntrate en prepararte para irnos.—

Las siguientes dos horas son un torbellino. Empacar. Hacer el check-out. Vamos al aeropuerto con tres vehículos de seguridad escoltándonos. Remy se mantiene entre Breck y yo todo el tiempo, silenciosa y tensa.

Para cuando estamos en el jet, ascendiendo en el espacio aéreo francés, parte de la tensión se ha disipado. Pero mientras observo a Remy acurrucarse entre nosotros, con el rostro pálido por el agotamiento, hago una promesa silenciosa.

Stanley Trent hizo que esto fuera personal. Violó su espacio, su seguridad y su tranquilidad. Y cuando lo encontremos —no *si* lo encontramos, sino cuando—, se arrepentirá de haber puesto su mira en Remy Ray.

CAPÍTULO 20
ANSEL

EL AVIÓN aterriza temprano por la mañana. Estoy de pie en la pista cuando se abre la puerta, incapaz de esperar los minutos extra que me tomaría recibirlos en la terminal.

Remy aparece en lo alto de la escalera entre Enzo y Breck, viéndose más pequeña de lo que jamás la he visto. El agotamiento ensombrece sus ojos, y cuando su mirada encuentra la mía, algo en mi pecho se quiebra.

Acorto la distancia antes de que ella llegue al último escalón.

—Estás bien.— Enmarco su rostro con ambas manos, buscando heridas, señales de trauma más allá del miedo que puedo ver en sus ojos.

—Había alguien en mi habitación—, dice ella con la voz temblorosa.

—Nadie va a tocarte. Hablaremos cuando lleguemos a casa.— La atraigo contra mí, con una mano acunando la parte posterior de su cabeza.

Enzo y Breck intercambian una mirada por encima de ella. Ellos también están agotados, pero funcionando a pura adrenalina.

La camioneta espera, rodeada por otros tres vehículos de seguridad. Adam, el jefe de nuestro equipo de seguridad, está junto a la puerta.

—Sr. Jacobs.— Inclina la cabeza. —Todo está listo en el penthouse. El rastreo completo del perímetro se terminó hace una hora. Sin anomalías.—

—Bien.— Guío a Remy hacia el vehículo, sin que mi mano deje en ningún momento la base de su espalda. —Nadie entra ni sale sin mi aprobación explícita.—

—Entendido, señor.—

El trayecto hacia la ciudad transcurre en silencio, salvo por los ocasionales suspiros temblorosos de Remy. Se sienta entre Enzo y yo mientras Breck ocupa uno de los asientos individuales; todos sentimos la necesidad de mantener contacto físico con ella.

He pasado las últimas seis horas orquestando su protección. Nuevos protocolos de seguridad. Sistemas actualizados. Verificaciones de antecedentes de cada persona que tiene acceso a cualquier edificio que ella frecuente. He cobrado cada favor, aprovechado cada contacto y asignado los recursos necesarios para asegurar que pongamos fin a la amenaza.

Pero mientras la observo mirar por la ventana hacia la ciudad antes del amanecer, me doy cuenta de que el control sobre las amenazas externas no es suficiente. El miedo en sus ojos, el temblor en sus manos... esas son cosas que ningún sistema de seguridad puede arreglar.

Llegamos al penthouse, y confío en nuestra capacidad para mantenerla a salvo aquí. Yo mismo diseñé el sistema de seguridad hace cinco años y, desde la primera nota de Trent, lo he actualizado dos veces. Escáneres biométricos en cada entrada. Cámaras cubriendo cada ángulo. Botones de pánico en cada habitación. Ventanas reforzadas.

Debería hacerme sentir mejor. No es así.

Remy se queda de pie en medio de la sala, asimilando los cambios que he hecho durante su ausencia.

—Ansel.— Su voz es serena. —Esto es mucho.—

—Es necesario.— Me acerco a los ventanales, vigilando la calle abajo. —Trent entró en tu habitación de hotel. Vulneró la seguridad en uno de los hoteles más exclusivos de París. Eso significa que tiene más recursos de los que pensábamos.—

—Lo sé.— Se abraza a sí misma. —Pero convertir tu casa en una fortaleza no es la solución. ¿Qué sigue, un foso? ¿Dragones guardianes? ¿Debería esperar un puente levadizo para el martes?—

—No es una fortaleza. Es protección.—

—Se siente como una jaula.— Me mira a los ojos, y el miedo ha sido reemplazado por algo más intenso. —No puedo vivir así.—

—Puedes hacerlo.— Acorto la distancia entre nosotros. —Lo harás. Porque la alternativa es inaceptable.—

—¿Cuál sería la alternativa?—

—Que salgas lastimada.— Incluso yo puedo notar la tensión en mi voz. —Que vivas con miedo. Que mires por encima del hombro por el resto de tu vida.—

Su expresión se suaviza. —Ansel, no quiero vivir así.—

—Necesito que estés a salvo, Remy.— Estiro la mano, pero luego me detengo, dejando que caiga a mi costado. —Necesito saber que estás protegida. Que nadie puede tocarte.—

Ella me toma de la mano. —Nadie puede prometer eso.—

—Yo puedo y lo haré.— Doy un pequeño paso hacia ella.

Ella estudia mi rostro, y me pregunto qué es lo que ve. El obseso del control que no puede soltar las riendas. El hombre que cree que puede solucionarlo todo con suficiente dinero y planeación. El hermano mayor, que ha pasado diecisiete años intentando proteger a todos y ha fallado más veces de las que ha tenido éxito.

—No has dormido—, observa ella.

—Tú tampoco.—

—Eso es diferente. Yo estaba en un avión.— Me aprieta la mano. —¿Cuándo fue la última vez que comiste?—

—No lo recuerdo.—

—Ansel.— Pronuncia mi nombre como un reproche y una caricia al mismo tiempo. —No puedes cuidar de mí si no te cuidas tú mismo.—

—Estoy bien.—

—Estás agotado.— Pero ahora sonríe, dulce y comprensiva. —Ve a darte una ducha. Come algo. Estaré aquí cuando termines.—

—No quiero dejarte sola.—

—No estaré sola. Breck y Enzo están aquí. Adam y la mitad de tu equipo de seguridad están rodeando el edificio.— Sonríe. —Prometo que estaré aquí cuando vuelvas.—

La ducha ayuda. La comida ayuda más. Para cuando me he puesto ropa limpia, el sol está saliendo sobre la ciudad.

Encuentro a Remy en la cocina preparando café. Se ha puesto leggings y un suéter holgado que no deja de resbalársele por un hombro. Tiene el cabello húmedo por su propia ducha, ondulándose en las puntas.

—¿Mejor?— Me entrega una taza, exactamente como me gusta.

—Mejor.— Le doy un sorbo y luego la dejo sobre la mesa. —¿Dónde están mis hermanos?—

—Durmiendo. Los mandé a la cama.— Se apoya contra el mostrador. —Tenemos que hablar.—

—Sobre Trent.—

—Sobre ti.— Me sostiene la mirada. —Sobre esto... tu necesidad de controlarlo todo.—

Mi espalda se tensa. —Esa necesidad es lo que te mantendrá a salvo.—

—Lo sé.— Su voz es suave. —Y te lo agradezco. Pero Ansel, no puedes controlarlo todo. No puedes planear para cada contingencia. Y vas a volverte loco intentándolo.—

—Prefiero estar loco que impotente.—

—¿Eso es lo que crees que eres?— Se acerca más. —¿Impotente?—

—Cuando mis padres murieron, me sentí impotente. No había nada que pudiera hacer. No pude evitar que nuestro mundo se desmoronara.— Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. —Me juré que nunca volvería a sentirme así. Que nunca vería a alguien que me importa salir herido mientras yo me quedo a un lado inútilmente.—

Los ojos de Remy brillan. —No voy a morir, Ansel.—

—Tú no lo sabes.—

—No importa.— Levanta las manos, acunando mi rostro. —No podemos vivir con miedo a lo que pueda pasar. Podemos ser

cuidadosos, podemos ser inteligentes, pero no podemos dejar que Trent gane permitiendo que controle nuestras vidas.—

Cierro los ojos, rindiéndome a su contacto. —No sé cómo hacerlo de otra manera.—

—Sí que sabes.— Su pulgar acaricia mi pómulo. —Lo has estado haciendo. Cada vez que dejas que Enzo maneje la seguridad a su manera. Cada vez que confías en Breck para una negociación. Cada vez que contratas a alguien brillante y dejas que haga su trabajo.—

—Eso es distinto.—

—¿Por qué?— pregunta ella con seguridad.

—Porque puedo reemplazar a un analista o a un negociador brillante. Si se van, contrato a alguien más.— Le sostengo la mirada. —Pero solo hay una como tú, Remy. Tu seguridad no es algo que yo pueda delegar o reemplazar. Ninguno de ellos eres tú.—

A Remy se le corta la respiración, y cuando abro los ojos, me está mirando con una expresión que no logro descifrar.

—Sé que esto es demasiado—, le digo. —Sé que soy demasiado intenso y demasiado controlador y...—

Ella me besa. Su boca choca con la mía con tal fuerza que tengo que apoyar la mano en el mostrador detrás de ella para no perder el equilibrio. Sabe a café, y cuando sus dedos se enredan en mi cabello, pensar se vuelve imposible.

He deseado esto por meses. Deseado tenerla. Pero me contuve por Damon, porque soy su jefe y por el momento que vivimos. Intenté convencerme de que no la quería.

Estaba equivocado.

La agarro por la cintura y la subo al mostrador. Ella jadea contra mi boca, y aprovecho la oportunidad para profundizar el beso. Sus piernas se envuelven en mi cintura, atrayéndome más cerca, y el sonido que emite cuando nuestros cuerpos se alinean envía fuego por mis venas.

—Ansel.— Mi nombre en sus labios es una súplica, una demanda por más.

Me aparto lo suficiente para mirarla. Tiene los labios hinchados, las pupilas totalmente dilatadas. —No intentes mantener el control. No quiero que te contengas. No me voy a romper.—

No respondo; en su lugar, la levanto del mostrador y ella aprieta sus piernas con más fuerza alrededor de mi cintura. La llevo hacia mi habitación y ella no protesta. El penthouse está en silencio, a excepción de nuestra respiración y el sonido de nuestros besos mientras avanzamos por el pasillo.

Cuando llegamos a mi cuarto, la bajo, y ella se gira para enfrentarme. Inmediatamente veo la tensión en sus hombros, la forma en que sus dedos se cierran en puños a sus costados. Se está preparando para que yo la trate con delicadeza.

No voy a hacer eso.

—Quítate el suéter.— Mi voz es monótona, autoritaria.

Sus ojos se agrandan ligeramente.

—Ahora, Remy.— No me acerco ni la toco. —Quítatelo.—

Ella agarra el dobladillo y se quita el suéter por la cabeza en un movimiento fluido, dejándolo caer al suelo. Lleva una delgada camisola negra debajo, y puedo ver su pulso acelerado en la base de su garganta.

—La camisola también.—

Duda solo un segundo antes de quitársela. El sostén negro debajo no hace nada para ocultar cómo ha cambiado su respiración.

Señalo con la cabeza el sostén. —Y eso.—

Sus manos tiemblan ligeramente mientras las lleva hacia su espalda, desabrochándolo y dejándolo caer. Se queda ante mí en topless, vistiendo solo sus leggings, con el pecho agitado mientras el deseo y el desafío batallan en su expresión.

La hago girar, presionándola hacia adelante sobre la cama, de modo que su abdomen quede contra el colchón. Ella suelta un jadeo, apoyándose sobre sus antebrazos. Mis manos encuentran la pretina de sus leggings y hago una pausa; un último momento de moderación. —¿Quieres esto?—

—Ni se te ocurra parar.— Me mira por encima del hombro, y hay un desafío en sus ojos.

Le bajo los leggings por las piernas.

Ella los aparta de una patada. —Quiero que...—

Pero sus palabras se cortan cuando paso mi mano por la parte posterior de su muslo y ella se estremece.

—¿Quieres que qué?— Sujeto su cadera, deteniendo sus palabras antes de que se formen.

Ella responde con un gemido, pero sin palabras coherentes.

Mi mano se desliza por su columna. —Eres mía. Y yo cuido lo que es mío.—

—Ansel.— Mi nombre está en sus labios otra vez, y esta vez suena trémulo.

—Ponte bien en la cama.— Doy un paso atrás. —Sube del todo. Boca arriba.—

Duda medio segundo, poniéndome a prueba.

—Remy.— La advertencia en mi voz es clara.

Se mueve, gateando sobre la cama y acomodándose contra las almohadas, observándome con los ojos muy abiertos. Me quito la camisa, luego los pantalones, sin romper nunca el contacto visual. Cuando quedo solo en ropa interior, me arrodillo en la cama a sus pies.

Rodeo sus tobillos con mis manos. —Voy a tocarte ahora. Por todas partes. Y vas a decirme qué te gusta. No pidiéndolo amablemente, sino exigiéndolo. ¿Puedes hacer eso?

Ella asiente.

—En voz alta.

—Sí. —Su voz suena entrecortada.

Deslizo mis manos por sus pantorrillas, sobre sus rodillas, a lo largo de sus muslos. Tiembla bajo mi tacto y siento la tensión en sus músculos. —Relájate.

—No puedo relajarme cuando estás entre mis piernas —jadea ella.

—Sí, puedes. —Me acomodo entre sus muslos, con mis manos agarrando sus caderas—. Porque confías en mí. ¿Verdad?

—Sí, pero...

—Sin peros. —Mi boca encuentra la piel sensible de la parte interna de su muslo y sus protestas cesan.

Me tomo mi tiempo, besando y mordiendo mientras subo, escuchando cada tropiezo en su respiración, cada leve sonido que emite. Cuando llego al borde de su ropa interior, me detengo. —Dime qué quieres.

—Ya sabes lo que quiero. —Sus caderas se elevan ligeramente, buscando el contacto.

—Dilo de todos modos. —Presiono sus caderas hacia abajo con firmeza—. O me detendré justo aquí.

—Maldita sea, Ansel. Sabes lo que quiero.

—Dilo —le ordeno.

—Quiero tu boca en mí. —Las palabras salen a borbotones—. Quiero que me hagas venirte. Quiero que dejes de hacerme suplicar por ello.

—Pero te ves tan bien cuando suplicas. —Le bajo la ropa interior lentamente—. Y me gusta escucharte decir lo que quieres.

—Eres imposible.

—Soy minucioso. —Lanzó su ropa interior a un lado y separo más sus muslos—. Hay una diferencia.

Cuando finalmente pongo mi boca sobre ella, deja escapar un grito mientras sus manos vuelan hacia mi cabello. Me dedico a ella a fondo, aprendiendo qué la hace jadear y qué hace que sus dedos se aprieten en mi cabello con la fuerza suficiente para lastimar.

—¡Ansel! ¡Ah, carajo! —Sus caderas se agitan contra mi boca y la mantengo sujeta, controlando sus movimientos.

Está cerca; su cuerpo está en tensión máxima. Deslizo dos dedos dentro de ella, sin detener lo que estoy haciendo con mi boca, solo añadiendo más. La combinación la hace gemir.

—Vente para mí, Remy. —Flexiono mis dedos, encontrando ese punto en su interior que la vuelve loca mientras mi lengua mantiene su ritmo.

Se desmorona espectacularmente, gritando mi nombre, con todo el cuerpo convulsionando. No cedo, prolongando el momento hasta que las lágrimas se escapan de las comisuras de sus ojos y me suplica que pare. Solo entonces me retiro un poco, subiendo por su cuerpo con satisfacción.

Ella estira los brazos hacia mí, intentando atraerme para tocarme, pero le sujeto las muñecas.

—No. —Inmovilizo sus manos sobre su cabeza, sujetando ambas muñecas con una sola mano—. No me tocas hasta que yo diga que puedes.

—¡Eso no es justo!

—La vida no es justa. —Me inclino y mi boca encuentra su pecho. Me tomo mi tiempo con ella, usando mi mano libre y mi boca para explorar cada centímetro de su cuerpo mientras se retuerce debajo de mí, incapaz de devolverme el contacto. Cuando vuelve a jadear y suplicar, le suelto las muñecas.

—Ahora puedes tocarme. —Es una orden, no una petición.

Sus manos se posan sobre mí de inmediato, deslizándose por mi pecho, apretando mis hombros, atrayéndome más cerca. Me quito la ropa interior y me acomodo entre sus muslos de nuevo, pero no le doy lo que quiere. Todavía no.

—Ansel, por favor. —Intenta rodearme con sus piernas para atraerme hacia ella, pero me resisto.

—¿Por favor, qué? —Le agarro el muslo, manteniéndola abierta—. Sé específica.

—Necesito que estés dentro de mí. —Sus uñas se clavan en mis hombros—. Deja de hacerme esperar.

—Dejaré de hacerte esperar cuando esté satisfecho de que entiendes algo.

—¿Entender qué? —La frustración y el deseo luchan en su voz.

—Que eres mía. —Me posiciono en su entrada, sin moverme—. Dilo.

—Soy tuya. —Las palabras salen de inmediato.

Emito una estocada dentro de ella y deja escapar un grito, arqueando la espalda de la cama. No le doy tiempo para adaptarse. Establezco un ritmo exigente de inmediato, con una mano apretando su cadera con la fuerza suficiente para dejar marcas, la otra apoyada junto a su cabeza.

—Mírame. —Espero hasta que abre los ojos, desenfocados y oscurecidos por el placer.

Ella intenta responder, pero sus palabras se quiebran en un gemido.

Bajo la velocidad, haciendo que cada embestida sea deliberada, controlada. —¿Puedes aceptar todo lo que te doy, verdad?

—Sí. —Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura—. Sí, puedo.

—Bien. —Cambio el ángulo ligeramente y ella jadea—. Porque no voy a ser suave contigo. Ni esta noche ni nunca.

—No quiero que lo seas. —Sus uñas me arañan la espalda—. Quiero esto. Te quiero así: perdiendo el control, sin contenerte.

Algo se rompe en mí ante sus palabras, la última pizca de contención que había estado guardando. Capturo su boca en un beso brutal, volcando en él meses de ganas, frustración y necesidad. Ella me devuelve el beso con la misma ferocidad, aceptando todo lo que le doy y exigiendo más.

El control por el que soy conocido se fractura por completo. Le agarro el muslo, empujándolo más arriba, cambiando el ángulo, y emite un sonido que es mitad jadeo, mitad grito.

—Más fuerte. —Lo exige, no lo pide.

Obedezco, entrando en ella con la fuerza suficiente para que la cabecera golpee la pared. Me sigue el ritmo golpe a golpe, su cuerpo moviéndose con el mío, y me doy cuenta de que esto es lo que necesitaba: no delicadeza, no un trato cuidadoso, sino la prueba de que la considero lo suficientemente fuerte para recibir todo de mí.

—¡Ansel, estoy cerca! —Su voz se quiebra.

—Todavía no. —Vuelvo a reducir el ritmo, haciéndola gemir de frustración—. No hasta que yo lo diga.

—No puedes simplemente...

—Puedo. —Salgo casi por completo y luego vuelvo a entrar lentamente—. Y lo haré. Porque eres mía, Remy. Y cuando te vengas, será porque yo te dejé. Porque yo te obligué. ¿Entiendes?

—Sí. —Está temblando debajo de mí—. Sí, entiendo.

—Bien. —Retomo el ritmo, leyendo su cuerpo, sabiendo exactamente qué tan cerca está—. Entonces vente para mí. Ahora.

Ella estalla a mi alrededor, mi nombre sale desgarrado de su garganta, todo su cuerpo se arquea y se tensa. Le sigo segundos después, el control que había mantenido finalmente se rompe por completo mientras entro en ella una última vez.

Permanecemos unidos, ambos jadeando por aire. No me aparto, no le doy espacio. En su lugar, la mantengo inmovilizada debajo de mí, con mi frente presionada contra la suya.

Sus manos se deslizan por mi espalda.

Me retiro lo suficiente para mirarla. Hay marcas de mis dedos en sus caderas y trazo una con mi pulgar. —¿Te lastimé?

—No. —Atrapa mi mano y la lleva a sus labios—. Me diste exactamente lo que pedí. Lo que necesitaba.

Capturo su boca en un beso que es más suave que antes, pero no menos posesivo. Cuando me separo, ella sonríe. —¿Qué?

—Tú. —Traza la línea de mi mandíbula—. No eres lo que esperaba.

—¿En la cama?

—En general. —Su sonrisa se ensancha—. Pensé que serías todo control y contención. Pero no lo eres. Eres intenso y exigente y un poquito abrumador.

—¿Eso es una queja?

—Es un cumplido. —Me atrae para otro beso—. Un cumplido muy sincero.

Nos giro para quedar de lado, pero no la suelto. Mi mano agarra su cadera, manteniéndola contra mí, y ella no protesta. Se acomoda en mi abrazo como si perteneciera allí.

—No soy bueno en esto —admito.

—¿En qué?

—En dejarme llevar. En ser vulnerable. En compartir el control. —Beso su frente—. Pero contigo, quiero intentarlo.

—Acabas de hacerlo. —Sus dedos dibujan patrones en mi pecho —. Y fue perfecto.

—Quiero hacerlo de nuevo. —La estrecho en mis brazos.

Ella ríe, sin aliento y complacida. —¿Qué tan pronto?

—Cuando tú quieras. —La acerco más.

Se queda callada por un largo momento y observo cómo las emociones pasan por su rostro: satisfacción, afecto y algo que podría ser asombro.

—¿Ansel?

—¿Mmm?

—Gracias.

Me retiro lo suficiente para ver su rostro. —¿Por qué?

—Por esto. Por preocuparte lo suficiente como para estar aterrorizado. Por convertir tu casa en una fortaleza para

mantenerme a salvo. —Su sonrisa es suave—. Por finalmente detenerte lo suficiente para dejarme entrar.

—Remy. —Tomo su rostro entre mis manos, con mi pulgar acariciando su pómulo—. Has estado dentro desde el momento en que entraste en esa sala de conferencias y me miraste como si no te intimidara.

—Me intimidabas. —Se ríe—. Todavía lo haces a veces.

—Bien. —Beso su frente, su nariz, sus labios—. Alguien tiene que mantenerte alerta.

—¿Es ese tu trabajo ahora?

—Uno de ellos. —La atraigo más, acomodándola contra mi pecho —. Junto con mantenerte a salvo, mantenerte satisfecha y evitar que trabajes a la hora de las comidas.

—Es una lista bastante larga.

—Soy muy minucioso.

—Sí, ya lo has dicho, y lo he notado. —Ella bosteza, el cansancio finalmente la alcanza—. Pero ahora mismo, solo quiero dormir.

—Entonces duerme. Estaré aquí cuando despiertes.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Se queda dormida a los pocos minutos, su respiración se vuelve pausada contra mi pecho.

Yo también debería dormir. Llevo despierto más de treinta horas, funcionando a base de adrenalina y café. Pero no puedo dejar de mirarla, no puedo dejar de maravillarme por el hecho de que esté aquí, en mi cama, confiando en mí.

Mi teléfono vibra en la mesa de noche. Lo alcanzo con cuidado, sin querer molestar a Remy.

Enzo: ***¿Todo bien?***

Yo: ***Todo perfecto.***

Enzo: ***Ya era hora.***

Silencio mi teléfono y lo dejo a un lado, luego me acomodo de nuevo contra las almohadas con Remy todavía acurrucada contra mí. Deposito un beso en su cabello y cierro los ojos.

Por primera vez en meses, abandono la necesidad de controlarlo todo. Porque ahora mismo, sosteniendo a Remy en mis brazos,

sabiendo que está a salvo, satisfecha y que es mía, me doy cuenta de que hay cosas por las que vale la pena rendir el control.

Algunas cosas —algunas personas— lo valen todo.

CAPÍTULO 21
REMY

LLEVO una semana atrapada en el penthouse. Es una prisión muy agradable. Pero sigue siendo una prisión.

¿La peor parte? Puedo trabajar de forma remota, así que no hay una razón legítima por la que deba salir. Lo que significa que estoy atrapada en el lujo mientras el mundo continúa sin mí.

Mi teléfono vibra. El rostro de mi madre llena la pantalla.

—Hola, mamá.

—Remy. —Su tono tiene ese matiz que significa que estoy en problemas—. ¿Por qué no has venido a ver a tu padre?

La culpa me golpea al instante. Papá. No lo he visto desde antes de París porque he estado demasiado absorta con Trent, las amenazas de seguridad y sintiéndome asfixiada por una protección que no pedí.

—He estado tapada de trabajo.

—¿Demasiado ocupada para visitarlo una hora? —No se lo traga. A las madres es imposible engañarlas—. Todavía se está recuperando de su cirugía. Tu padre pregunta por ti todos los días. Creo que una visita tuya realmente lo animaría.

Se me cierra la garganta. No puedo decirles a mis padres que los trillizos están tratando de protegerme de una amenaza peligrosa. Eso solo los preocuparía, y ya tienen suficiente de qué preocuparse.

—De verdad, mamá, solo he estado ocupada en el trabajo. No lo estoy evitando.

—¿Puedes venir a verlo hoy?

—Sí. —Siento que cedo, porque de verdad extraño a mis padres —. Esta tarde. Lo prometo.

Cuando colgamos, ya me estoy moviendo. Los trillizos están en la oficina de Ansel en una llamada debido a una reunión de emergencia con Singapur que empezó hace una hora y no da señales de terminar.

Hay guardias de seguridad por todas partes, pero supongo que han recibido instrucciones de evitar que la gente entre, no de mantenerme encerrada. Con suerte, podré salir de aquí fácilmente sin interrumpir a mis chicos. Sé que esta reunión es importante.

Los guardias de seguridad me interrogan al salir, pero confirmo que no tardaré mucho. Si tienen que seguirme, supongo que se lo dirán a Ansel, y eso solo retrasará mi visita. Así que les digo que no hay necesidad de seguridad. Además, lo último que quiero es aparecer en casa de mis padres con guardias de seguridad siguiéndome los pasos. Tendrán demasiadas preguntas.

Por lo que me han dicho los chicos, la casa de mis padres también está vigilada. Sutilmente, para que mis padres no lo sepan. Así que, una vez que esté allí, la seguridad me protegerá de nuevo. Puedo ver a mis padres y estar de vuelta en un par de horas.

Pero para estar segura, no llevaré mi propio auto, por si acaso lo están rastreando.

Saco mi teléfono y escribo en el chat grupal para que no se preocupen.

Yo: ***Fui a ver a mis padres. Volveré pronto.***

La aplicación de transporte muestra un auto a tres minutos. Confirmo la recogida y me dirijo a la salida del garaje que evita el vestíbulo principal.

La culpa me golpea fuerte mientras me deslizo en el asiento trasero de un sedán plateado. Han pasado una semana protegiéndome y me estoy escapando como una adolescente. Pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de papá preguntándole a mamá por qué no lo he visitado.

El conductor confirma mi nombre y el destino, y nos alejamos de la acera.

La ciudad da paso a los suburbios, y los edificios son reemplazados por árboles y casas con jardines de verdad. Vidas normales. Problemas normales. El tipo de existencia que solía tener antes de Damon, antes de los hermanos, antes de que Stanley Trent decidiera que valía la pena amenazarme.

Estamos a unos cinco minutos de la casa de mis padres cuando veo mi cafetería favorita de la secundaria. El pequeño lugar con los pasteles ricos donde solía estudiar para los exámenes.

—De hecho, ¿puede detenerse aquí? —le digo, inclinándome hacia adelante—. Quiero comprar café para mis padres.

El conductor asiente y entra en el pequeño estacionamiento.

—Solo será un minuto. —Salgo, pensando ya en qué pedir. A papá le gusta el café solo, mamá prefiere los lattes. Quizás algunos de esos croissants de almendra que solían hacer.

Le envío un mensaje rápido a mi madre mientras camino hacia la entrada.

Yo: ***Paso por un café primero. Llego pronto.***

La cafetería está exactamente como la recuerdo. Tiene las mismas sillas disparejas, el mismo menú en pizarrón y el mismo olor a granos recién tostados. Por un momento, me olvido de Trent y de las amenazas y de los protocolos de seguridad. Soy solo Remy, comprando café para sus padres.

Pido en el mostrador —dos cafés, un latte, tres croissants— y luego espero cerca de la zona de entrega. Mi teléfono vibra de nuevo. Ansel. Lo llamaré en un minuto.

—¿Remy?

Me giro al escuchar mi nombre. El barista sostiene mi pedido con una sonrisa.

—Gracias. —Agarro el portavasos y la bolsa de pastelería, haciendo malabares con ambos mientras empujo la puerta.

El estacionamiento está tranquilo. Hay unos pocos autos dispersos.

Estoy a mitad de camino de donde me espera el conductor cuando oigo pasos detrás de mí. Pasos rápidos.

Me giro, pero no soy lo suficientemente rápida.

Unos brazos fuertes me rodean desde atrás, y una mano me tapa la boca antes de que pueda gritar. El café y los pasteles chocan contra el pavimento. Forcejeo, intentando liberarme, pero quienquiera que me tenga es demasiado fuerte. Golpeo con el talón hacia atrás, apuntando a una rodilla, pero mi captor anticipa el movimiento y se aparta.

Muerdo con fuerza la mano que me cubre la boca. El agarre se afloja solo por un segundo y logro tomar aire suficiente para gritar. La mano vuelve a presionar con más fuerza, cortándome la voz. Me arrastran hacia una camioneta oscura que ya tiene la puerta lateral abierta.

Mi teléfono se cae del bolsillo, deslizándose por el asfalto.

Un segundo hombre aparece desde detrás de la camioneta y aplasta deliberadamente mi teléfono con su bota.

No. No, no, no.

Un paño presiona mi cara, con un olor químico dulce y sofocante. Mi visión se nubla en los bordes. Intento luchar, intento permanecer consciente, pero el mundo se inclina de lado.

Lo último que veo antes de que todo se vuelva negro son los restos destrozados de mi teléfono y el café derramado extendiéndose por el pavimento.

CAPÍTULO 22
ENZO

LLAMO A REMY DE NUEVO. Directo al buzón de voz. Otra vez.

Abro la aplicación de rastreo mientras Ansel y Breck prueban con sus teléfonos. —Algo anda mal.

La aplicación carga, pero en lugar de una ubicación en tiempo real, muestra un mensaje de advertencia: *Dispositivo fuera de línea. Mostrando última ubicación conocida.*

Su teléfono dejó de enviar señales hace tres minutos. La última ubicación está congelada en una plaza comercial, no en la casa de sus padres.

Siento un vacío en el estómago. —Su teléfono se desconectó. No se está moviendo. Solo muestra dónde estaba cuando dejó de transmitir.

Ansel y Breck están detrás de mí, ambos intentando usar sus teléfonos. El mismo resultado.

Nos movemos de inmediato, corriendo hacia el elevador.

—Llama a sus padres—, le ordena Ansel a Breck. —Averigua si está allí.—

Breck marca mientras corremos. —¿Señora Ray? Soy Breck Jacobs. ¿Está Remy allí con usted?— Su rostro se pone pálido. —¿No está? ¿A qué hora dijo que vendría? Está bien. No, estoy seguro de que está bien. La estamos rastreando ahora. La volveré a llamar.—

Cuelga. —Le dijo a su mamá que iría hace más de una hora. Nunca llegó.—

Estamos en la camioneta en cuestión de segundos. Nuestro chofer, Joshua, no hace preguntas, solo toma la dirección que le doy.

Abro todas las transmisiones de cámaras a las que puedo acceder de forma remota, buscando el lugar donde el teléfono de Remy se apagó.

—Ahí.— Toco la pantalla. —Un pequeño centro comercial. Una cafetería, una tintorería, una farmacia.—

Hackeo el sistema de seguridad de la cafetería. Las imágenes de hace quince minutos cargan: Remy saliendo de la tienda, llevando café y una bolsa con pan dulce. Se ve relajada. Feliz.

Llega a la mitad del estacionamiento. Entonces, dos hombres atacan. Remy pelea, pero son demasiado rápidos. Uno le tapa la boca. El café y el pan caen al suelo. Su teléfono se cae. Ella muerde, logra soltar un grito antes de que la arrastren hacia una camioneta. Uno de los hombres recoge su teléfono y lo aplasta bajo su bota.

Veinte segundos. Eso fue todo lo que tomó.

—Mierda.— La palabra sale desgarrada de mi garganta. —Se la llevaron.—

Ansel se inclina sobre mi hombro, mirando el video. Su rostro se queda blanco. —¿Cuándo?—

—Hace quince minutos.— Mis manos están temblando. —Nos llevan quince minutos de ventaja.—

Para cuando nuestra camioneta frena en seco en el estacionamiento, las patrullas ya están aquí.

Salgo antes de detenernos por completo. Veo su teléfono destrozado y el café derramado extendiéndose por el asfalto. El pan dulce está disperso por el suelo. El auto de transporte privado todavía está aquí, y la policía está interrogando al conductor.

Mi teléfono vibra; es Adam, nuestro jefe de seguridad.

Adam: ***Imágenes obtenidas del edificio. Remy salió a las 2:17 PM. Estamos revisando las cámaras de tráfico ahora para rastrear la camioneta.***

Yo: ***Rastrea cada cámara en un radio de diez millas. Encuentra esa camioneta.***

Ansel ya está hablando con un oficial de policía, dándole las descripciones de las imágenes de seguridad.

—Envíen seguridad adicional a la casa de los padres de Remy—, ladra Ansel por su teléfono. —Quiero que estén protegidos.— Termina la llamada y mira a Breck. —Ve con ellos. Necesitan saber qué está pasando, y necesitan a alguien allí por si Trent intenta contactarlos.—

Breck ya se está moviendo. —Llámenme en el segundo en que sepan algo.—

—Lo prometo.—

Mientras Breck se va, mi teléfono vibra de nuevo.

Adam: ***Encontré pruebas de una filtración interna.***

Le muestro el mensaje a Ansel.

—Alguien los ayudó—, digo con frialdad.

Subimos de nuevo a la camioneta. Ya estoy abriendo los registros de seguridad de nuestra empresa. Si alguien de adentro les dio información, habrá un rastro.

Empiezo con las cuentas de Damon. Su correo electrónico corporativo está limpio, pero profundizo más: tráfico de red, comunicaciones encriptadas, metadatos de cada dispositivo que ha tocado nuestros sistemas, incluido su teléfono personal.

Los resultados cargan: docenas de mensajes encriptados entre el teléfono de Damon y un teléfono desechable.

Desencripto el primer mensaje.

Número desconocido: ***Necesito todo lo que puedas conseguir sobre Remy Ray. Horarios, direcciones, hábitos, debilidades.***

Damon: ***¿Por qué?***

Número desconocido: ***Cinco cifras si la información es buena. Seis si es completa.***

Damon: ***Quiero cincuenta mil por adelantado***.

Deslizo hacia abajo. Mi visión se vuelve roja.

Damon les dio todo. El departamento de Remy. Su gimnasio. Su cafetería favorita.

Luego, hace dos semanas:

Damon: ***La llevarán a París. Mi nombre está en su reserva de hotel. Olvidaron quitarme.***

Así es como consiguieron acceso en París. Ese es el último mensaje.

No hay mensajes de hoy, así que Trent y sus hombres deben haberla seguido desde nuestro penthouse. Alguien debe haber estado vigilándolo.

—Ansel.— Mi voz no suena como la mía. —Mira esto.—

Él lee los mensajes de Damon por encima de mi hombro. Su respiración cambia. —Ese imbécil la vendió.—

Ejecuto el reconocimiento facial en el video de la cafetería. Uno de los hombres tiene antecedentes penales por agresión y secuestro. El otro, Russell Cooper, es un exmilitar. Baja deshonrosa. Empleador actual: Stanley Trent.

La adrenalina corre por mis venas. —Damon les dio todo lo que necesitaban.—

El teléfono de Ansel suena y contesta en altavoz.

—Rastreamos la camioneta—, informa Adam. —Zona de almacenes en el lado sur. Pero cambiaron de vehículo. Y no podemos obtener la ubicación de ese vehículo.—

Mi visión se estrecha.

—¿A dónde fueron?— La voz de Ansel es mortalmente tranquila.

Agarro el teléfono. —Solo encuéntrenla.—

—Entendido—, responde Adam. —Y hemos localizado a Damon. —

—¿Dónde está?— exige Ansel.

—En su departamento.—

El departamento está de camino a la zona de almacenes, así que seguiremos esa pista hasta que nuestro equipo de seguridad pueda obtener más información sobre a dónde llevan los asaltantes a Remy.

Cuando llegamos al lugar de Damon, seguridad nos deja subir sin preguntar. Nunca se molestó en eliminarnos de su lista de invitados.

Uso la llave que me dio hace años y abro la puerta. Damon está en su sofá, viendo televisión. Se pone blanco cuando nos ve.

Ansel cruza la habitación en tres zancadas, agarra a Damon por la camisa, lo levanta del sofá y lo estrella contra la pared. —¿Dónde está ella?—

—¿De qué están hablando?— La respuesta de Damon sale forzada; el agarre de Ansel hace que le cueste respirar.

Agarro mi tableta y le pongo los mensajes desencriptados frente a la cara. —Has estado trabajando con Trent. Entregaste a Remy.—

—¡Ustedes me jodieron!— La voz de Damon se quiebra. —¡Por ella!—

—¡No!— grita Ansel. —Esto es culpa tuya. Ella fue completamente profesional mientras todavía estabas en la oficina. ¡Nos mentiste!—

Damon no responde de inmediato y sus hombros se desploman. —Trent dijo que solo quería asustarla, para tener algo con qué presionarlos a ustedes.—

—¿Y le creíste?— La voz de Ansel es letal. —Bueno, ahora ella está desaparecida. ¡Realmente la cagaste!—

—¿Se la llevaron?— pregunta Damon con incredulidad. —¡Lo juro, pensé que solo quería información! Dijo que quería hacerlos sudar un poco. Eso fue todo. Nunca pensé que... ¿Dónde está?—

—Entonces dínoslo tú.— Estoy frente a su cara ahora. —¿A dónde llevaría Trent a Remy?—

—¡No lo sé! Nunca me contó sus planes.—

Ansel lo sacude. —Le diste todo lo que necesitaba para secuestrarla. Ahora vas a ayudarnos a encontrarla o te juro por Dios, Damon, que yo mismo te mato.—

—¡Esperen, esperen!— Los ojos de Damon están desorbitados. —Había algo. Una propiedad. Me reuní con Trent allí una vez. Era un lugar apartado donde él maneja "problemas". No le di importancia en ese momento.—

Tengo que respirar hondo para calmarme. Me estoy conteniendo de darle un puñetazo en la cara. —¿Dónde?—

—Fuera de la ciudad. Un antiguo sitio industrial. No sé la dirección exacta.— Damon saca su teléfono del bolsillo y busca la ubicación aproximada. —Dijo que ya nadie va por allá.—

Ansel lo suelta, ya sacando su propio teléfono. —¡Más te vale no estar mintiendo!—

—¡No miento!— Damon está sollozando ahora. —Nunca quise que saliera herida. Yo solo... quería que ustedes sufrieran un poco. Que supieran lo que se sentía. No sabía que realmente se la llevaría. Por favor, tienen que creerme.—

—No tenemos que creerte nada—, gruñe Ansel. —Pero si esta pista es buena, puede que... puede que... sobrevivas a lo que te espera.—

—No lo sabía. Lo juro.— Damon nos mira y, por primera vez en meses, veo a la persona que solía ser. Asustado. Perdido. Desesperado por un perdón que no merece. —Lo siento. Lo siento tanto, maldita sea.—

La mandíbula de Ansel se tensa. Por un segundo, creo que podría golpearlo de nuevo. En cambio, da un paso atrás. —Tus disculpas ya no significan nada.—

—Lo sé—, la voz de Damon es apenas un susurro. —Lo sé.—

Salimos por la puerta antes de que pueda decir algo más.

En la camioneta, Ansel ya está al teléfono con el equipo de seguridad, dándoles la ubicación. Luego ladra sus órdenes. —Obtengan imágenes satelitales, registros de propiedad, cualquier cosa que puedan encontrar.—

Mi teléfono vibra. Nos han copiado a Ansel, a Breck y a mí en el mensaje.

Adam: ***Lo encontré. Complejo de almacenes abandonado. Registrado a nombre de una empresa fantasma. Tres edificios, la mayoría demolidos. Una estructura todavía tiene electricidad.***

Abro las coordenadas y se las muestro a Ansel.

—Bien.— Su mandíbula está apretada. —Ahí es donde la llevó.—

Llamo a Breck.

—Dime que la encontraron.— Su voz suena desgarrada.

—Tenemos una ubicación. Damon nos dio una pista sobre una de las propiedades de Trent.—

—¡Voy para allá!—

—No—, Ansel toma el teléfono. —Quédate con sus padres. Si esto sale mal, si Trent los contacta, necesitamos que estés allí. Por favor, Breck. Por Remy.—

—Tráiganla a casa—, exhala Breck. Quiere estar con nosotros, pero estoy seguro de que sabe que Remy querría que alguien estuviera con sus padres.

—Lo haremos—, promete Ansel.

—¿Y si Damon estaba mintiendo?— Me quedo mirando la tableta, que muestra imágenes satelitales de la propiedad. —¿Y si esto es un callejón sin salida?—

—Entonces haremos que se arrepienta de haber nacido—, dice Ansel con voz plana. —Pero mi instinto me dice que dice la verdad. Se veía aterrado.—

—Bien.— Mi voz baja una octava. —Debería estarlo.—

La ciudad da paso a un páramo industrial. Fábricas abandonadas, lotes cubiertos de maleza y, más adelante, apenas visible en la oscuridad, se encuentra el complejo de almacenes. Un edificio con las luces encendidas.

—Estamos a tres minutos. Y el FBI también viene en camino—, dice el jefe de seguridad por el radio. —Esperen el refuerzo.—

—No.— Ansel ya está fuera de la camioneta. —Remy ha estado ahí dentro por más de una hora. No vamos a esperar tres minutos más. Ustedes y los agentes del FBI pueden encontrarnos allá.—

Estoy justo detrás de él.

El edificio se alza frente a nosotros, oscuro y silencioso, excepto por un generador que zumba en algún lugar del interior.

—Pase lo que pase—, dice Ansel en voz baja, —sacamos a Remy primero. Nada más importa.—

—Nada más importa—, repito.

Nos movemos hacia la entrada.

Remy está ahí dentro. Asustada. Probablemente herida. Esperándonos.

Y allá vamos. Cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 23
REMY

EL DOLOR FLORECE DETRÁS de mis ojos incluso antes de que los abra.

Me pulsa la cabeza. El sabor metálico de la sangre recubre mi lengua. Intento mover las manos y siento resistencia.

Mierda. Unos precintos de plástico me están cortando las muñecas.

Abro los ojos de golpe. Suelo de concreto. Paredes de metal. Una sola bombilla desnuda colgando de vigas expuestas. Un almacén.

Estoy atada a una silla de metal, y tengo los tobillos amarrados y las muñecas aseguradas detrás de mí. Alguien sabía lo que hacía.

Piensa. No entres en pánico. Evalúa.

Stanley Trent es solo el último de una larga lista de hombres que me han subestimado. Se va a arrepentir de eso.

Hago un recuento de mis lesiones. Tengo un dolor de cabeza insoportable, pero no creo tener una conmoción cerebral. Me sangra el labio y tengo las costillas magulladas por el forcejeo en el estacionamiento. Pero no hay nada roto.

—Está despierta.

La voz hace que se me congele la sangre.

Stanley Trent entra en la luz. Se ve diferente a como lo recuerdo: más delgado, más viejo, más duro. El estrés del juicio inminente lo

ha envejecido una década. Su ropa está arrugada y sus ojos están hundidos por la obsesión.

—Remy Ray —se me acerca lentamente—. La mujer que destruyó mi vida.

La sostengo la mirada.

—Usted destruyó su propia vida.

—¿Ah, sí? —Se apoya contra un banco de trabajo oxidado—. Yo construí algo real en Dustridge Industries. Luego usted lo destruyó y envió mis secretos a la SEC como si fuera una especie de heroína moralista.

—Usted les estaba robando a sus propios inversionistas.

Tal vez no deberías provocar al secuestrador, me recuerdo.

—¡El gobierno no tenía nada hasta que usted les dio todo! —Su voz resuena en las paredes de metal—. Yo lo tenía bajo control.

Escaneo el almacén mientras él despotrica. Hay una puerta detrás de él y ventanas demasiado altas para alcanzarlas. El generador que alimenta la luz está en la esquina.

Mi teléfono no está. Mi reloj inteligente tampoco. Se llevaron todo.

—Lo perdí todo por su culpa —continúa Trent—. Mi empresa. Mi reputación. Me enfrento a veinte años en una prisión federal. Mi esposa se fue con mis hijos.

—¿Y secuestrarme va a arreglar eso?

—No. —Su sonrisa hace que se me erice la piel—. Pero hacerla sufrir sí. —Saca su teléfono—. Sabe, casi me doy por vencido. Luego contacté a un viejo amigo y me ofrecí a pagarle por su tiempo.

Siento un vacío en el estómago.

—Le dije que haría que valiera la pena. —Los ojos de Trent brillan—. Damon estaba ansioso por ayudar a un antiguo contacto de la industria. Es curioso cómo el mundo de la tecnología sigue uniendo a la gente.

Dejo de respirar por un momento. Sabía que Damon tenía problemas conmigo, ¿pero esto? Esto va más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado.

—Él me lo dio todo. Su horario, su departamento, su cafetería favorita. Incluso me dijo que usted estaría en París. Dijo que su

nombre todavía figuraba en la reservación del hotel, así que mi hombre pudo entrar sin problemas. Supongo que no estaba muy feliz de que usted tomara su lugar en ese viaje.

Todo esto es increíble.

—Debería ver su cara —Trent se ríe—. No tenía ni idea.

Obligo a mi expresión a volverse neutral.

—¿De verdad pensó que su pequeño romance con los mejores amigos de Damon no tendría consecuencias? —Trent se cruza de brazos—. Damon la amaba.

Sus palabras tocan cada inseguridad que he enterrado, pero las reprimo. Esto es lo que él quiere: quebrarme antes de lo que sea que venga después.

—¿Dónde está Damon ahora? —Mi voz suena más estable de lo que me siento.

—Probablemente en casa, preguntándose por qué no respondo a sus llamadas. —La sonrisa de Trent se vuelve cruel—. El tonto realmente pensó que yo solo quería información para tener ventaja. Pensó que le daría un pequeño susto y haría sudar a los trillizos.

El hielo inunda mis venas.

—Él no sabía que usted me iba a llevar.

—¿Acaso importa? Me dio todo lo que necesitaba. —El teléfono de Trent suena, y lo saca de su bolsillo trasero, mirándolo—. Volveré, pero por ahora, la dejaré aquí sentada un rato para que piense realmente en las decisiones que ha tomado. —Responde su teléfono y luego camina hacia la salida.

La puerta se cierra. Un cerrojo hace clic.

Estoy sola.

Durante cinco segundos, dejo que el pánico me invada. Luego lo bloqueo. No voy a morir en este almacén. No voy a dejar que Trent gane.

Pruebo los precintos de nuevo. Están demasiado apretados para romperlos, pero los precintos tienen una debilidad: el mecanismo de cierre es unidireccional. Necesito algo delgado y rígido para calzar la cerradura.

Escaneo el almacén. Cerca del generador, hay vidrios rotos de una bombilla destrozada.

Balanceo la silla suavemente. Las patas chirrían contra el concreto. Me quedo inmóvil, escuchando. No hay pasos. Balanceo con más fuerza y la silla se vuelca. Golpeo el suelo con fuerza. El dolor estalla en mi hombro, pero me muerdo el grito.

Ahora estoy de lado, todavía atada a la silla pero con movilidad. Avanzo poco a poco por el suelo, arrastrando la silla conmigo hacia el vidrio. El hombro me pulsa de dolor, pero sigo adelante.

Llego al vidrio y cierro mis dedos alrededor del fragmento más grande. Me corta la palma, pero lo tengo.

Angulo el vidrio hacia el precinto de mi muñeca derecha, deslizándolo en el espacio entre el trinquete y la lengüeta. Mis manos tiemblan. El vidrio se resbala, cortando más profundo.

Concéntrate.

Me lo vuelvo a colocar, deslizo el vidrio y aplico presión.

El precinto se abre. Rápidamente trabajo en mi muñeca izquierda, luego en mis tobillos.

Estoy libre.

¡Tomen esa, precintos de porquería!

Escaneo el almacén buscando una salida y me dirijo a la puerta principal, pero está cerrada con llave desde afuera. Sin embargo, en lo alto de la pared trasera hay una ventana que se ve vieja, mugrienta y posiblemente floja. Si logro abrirla a la fuerza, podría escapar... o al menos hacer suficiente ruido para atraer la atención si alguien me está buscando.

Arrastro un cajón debajo de ella y me subo. La ventana está trabada, pegada con pintura desde hace años. Agarro una barra de metal del banco de trabajo y la meto en el marco para intentar hacer palanca.

La madera se astilla. La ventana se agrieta.

Y entonces se escuchan pasos fuera de la puerta.

Me bajo del cajón de un salto y vuelvo rápidamente a donde caí, colocándome con las manos detrás de la espalda, tratando de parecer indefensa. Mantengo mi respiración superficial y cierro los ojos, fingiendo que estoy inconsciente de nuevo.

La puerta se abre. Trent entra y se detiene al verme en el suelo.

—¿Qué pasó aquí? —Se acerca lentamente y se pone en cuclillas a mi lado, revisando mi pulso. Sus dedos presionan contra mi garganta.

Estallo en movimiento. Mi mano se dispara hacia arriba, agarrando su muñeca. Giro, usando su propio impulso contra él. Él se estrella hacia adelante y yo le doy un rodillazo en el estómago.

Él jadea. Ruedo alejándome, intentando ponerme de pie con dificultad, pero estoy débil y la vista me da vueltas.

Trent se recupera rápido. Se lanza y me atrapa el tobillo. Caigo con fuerza.

—Pequeña... —Está encima de mí, con las manos alrededor de mi cuello.

Le araño la cara, pasándole las uñas por los ojos. Él grita y me suelta.

Gateo hacia la puerta, pero una mano se cierra sobre mi cabello y tira de mí hacia atrás.

A través del zumbido en mis oídos, escucho voces afuera. Pasos. Varias personas.

Trent también los oye. Su rostro se pone pálido.

—No. ¡Eso es imposible!

—Vienen por mí —jadeo—.

Lucho, pero su agarre es de hierro. Se me oscurece la vista.

Las puertas del almacén se abren de golpe. Ansel y Enzo entran de golpe, con agentes del FBI y seguridad detrás de ellos.

—¡REMY! —brama Enzo, su voz desgarrando el espacio.

Un agente del FBI avanza con el arma desenfundada—. Stanley Trent, queda bajo arresto por secuestro, agresión y violación de los términos de su fianza.

Trent me suelta y levanta las manos. Otros dos agentes intervienen, obligándolo a tirarse al suelo y esposándolo.

Enzo se acerca a mí y me ayuda a incorporarme—. Ya te tengo. Estás a salvo.

Ansel cae de rodillas a mi lado, sosteniendo mi rostro entre sus manos—. ¿Te hizo daño?

—Yo me encargué. —Le sostengo la mirada—. Me liberé de las ataduras yo sola.

—Por supuesto que lo hiciste. —El pulgar de Ansel roza mi pómulo—. Mujer brillante y aterradora.

¿Aterradora? Difícilmente, pero aceptaré el cumplido.

—¿Cómo me encontraron?

—Damon nos dio la ubicación. —La mandíbula de Enzo se tensa —. Después de que le hiciéramos entender las consecuencias.

Se me oprime el pecho—. Él ayudó a Trent a obtener información sobre mí.

—Lo sabemos. —Los ojos de Ansel se oscurecen—. El FBI también se está encargando de él. Pero ahora mismo, te llevaremos a un hospital.

—Estoy bien. —La frase más usada de mi vocabulario.

—Remy, vamos al hospital. —La voz de Enzo no deja lugar a discusiones.

—Está bien —susurro.

Enzo me carga. Dejo caer mi cabeza contra su hombro mientras salimos.

CAPÍTULO 24
REMY

LOS PAPELES del alta hospitalaria crujen en mis manos mientras Ansel me ayuda a subir a la camioneta que nos espera. Veinticuatro horas de observación, una tomografía, radiografías y suficientes preguntas de médicos y agentes del FBI como para que me duren toda la vida. A pesar de todo, los médicos me dieron un certificado de buena salud. Solo tengo algunos moretones menores y dolores musculares que sanarán pronto.

Mis padres se fueron hace una hora tras una despedida llena de lágrimas. Mamá no podía dejar de abrazarme, y los ojos de papá estaban enrojecidos cuando finalmente soltó mi mano. Sadie y mi mejor amiga, Jess, pasaron antes, trayendo flores y chismes sobre el arresto de Damon que se extendían por toda la comunidad tecnológica. Según ellas, todo el mundo está en shock de que cayera tan bajo.

Ya no me importa Damon. El FBI tiene registros, comunicaciones, todo. Él y toda la red de Trent están bajo custodia. Se acabó.

Pocos momentos después de que me llevaran a la entrada del hospital en silla de ruedas, Joshua se detiene frente a nosotros.

Enzo y Ansel se deslizan a mi lado mientras Breck ocupa uno de los asientos individuales.

Enzo toma mi mano. — ¿Lista para ir a casa?

—Más que lista —me apoyo en el calor de Enzo—. No más hospitales, no más declaraciones, no más mirar por encima del hombro.

—Nunca más. —Los ojos de Ansel se encuentran con los míos mientras toma mi mano—. No vamos a perderte de vista.

El camino a casa se siente diferente, más ligero, como si finalmente pudiera respirar sin esperar que ocurra algo terrible.

En el penthouse, me guían hasta el sofá y Breck me trae café sin preguntar si lo quiero. Ansel se sienta a mi lado, buscando mi mano con la suya. Enzo se acomoda al otro lado.

Ansel aprieta mi mano. —Tenemos que hablar.

Se me aprieta el estómago. —Eso suena ominoso.

Breck se ríe y se sienta en la mesa de centro frente a nosotros, con sus rodillas casi rozando las mías. —Es todo lo contrario a ominoso.

Enzo se acerca más, presionando su hombro contra el mío. —Hemos estado hablando. Los tres. Sobre lo que sigue.

—Y todos estamos de acuerdo. —Ansel lleva mi mano a sus labios—. Te queremos con nosotros. Siempre. No solo saliendo, no solo viendo qué pasa. Queremos construir una vida contigo, Remy.

Se me corta la respiración.

—Queremos que te mudes aquí permanentemente —continúa Breck.

—Eres nuestra. —Los dedos de Enzo recorren mi mandíbula—. Y queremos pasar cada mañana, cada día y cada noche contigo.

—Y nosotros somos tuyos. —La voz de Ansel rebosa de absoluta certeza—. Eso no va a cambiar. Jamás.

Una calidez me inunda y las lágrimas me pican en los ojos. —Yo también quiero eso. Todo.

—Bien. —Breck sonríe—. Porque no íbamos a aceptar ninguna otra respuesta.

Y mi corazón se infla por estos tres hombres que han cambiado mi vida para mejor.

—Muéstrenme. —Las palabras salen sin aliento—. Muéstrenme lo que significa ser suya.

—Acabamos de llegar del hospital —dice Breck—. Tenemos todo el tiempo del mundo, y necesitas tiempo para sanar.

—No voy a dejar que unos moretones menores me detengan —respondo—. Así que, ¿qué los detiene a ustedes?

La boca de Enzo está sobre la mía antes de que termine de hablar. El beso es profundo, exhaustivo, posesivo. Sus manos se deslizan por mi cabello, inclinando mi cabeza exactamente donde la quiere, y me abro para él de buena gana.

Las manos de Breck se deslizan bajo mi camisa, con las palmas cálidas contra mis costillas. —Vamos a tomarnos nuestro tiempo contigo esta noche.

—Sin prisas. —El aliento de Ansel roza mi oreja—. Sin contenernos. Vas a sentir exactamente cuánto te deseamos.

Me guían por el pasillo hasta la habitación de Ansel, la más grande de las tres, con una cama king-size y ventanales con vista a la ciudad. Las cortinas están abiertas, dejando entrar la luz de la tarde.

Breck me hace girar para que lo mire, con manos suaves mientras desliza mi camisa sobre mi cabeza. —Hermosa.

Sus dedos recorren el borde de mi sostén, siguiendo el encaje con una lentitud deliberada. Intento alcanzar su camisa, pero él me atrapa las muñecas.

—Todavía no. —Su sonrisa es pícara—. Primero nos encargaremos de ti.

Enzo se arrodilla frente a mí, con las manos en mis caderas. Presiona un beso en mi vientre, luego otro más abajo. —Levanta el pie.

Me apoyo en su hombro mientras me quita los zapatos y luego mis jeans. Sus manos suben por mis piernas, con los pulgares masajeando la parte interna de mis muslos, y me estremezco.

—¿Tienes frío? —La pregunta de Ansel viene desde atrás de mí, justo antes de que sus manos se asienten en mis hombros.

—No. —Mi voz suena ronca—. Todo lo contrario al frío.

Su risa es baja y sugerente. —Bien.

Desabrocha mi sostén con facilidad, deslizándolo por mis brazos. Sus manos reemplazan la tela, acunando mis pechos, y me arqueo

ante su toque.

Enzo se levanta, con los dedos enganchados en la pretina de mi ropa interior. —La última prenda.

La desliza hacia abajo lentamente, sin que su mirada deje la mía. Estoy completamente desnuda y ellos todavía están vestidos; el contraste hace que mi pulso se acelere.

—En la cama. —La orden de Ansel es suave pero firme—. En el medio.

Me subo a la cama y ellos me rodean; Breck a mi izquierda, Enzo a mi derecha, Ansel entre mis piernas.

—Vamos a aprendernos cada sonido que hagas —la boca de Breck encuentra mi cuello, besando mi pulso—. Cada punto que te haga retorcerte, cada caricia que te haga humedecerte para nosotros.

Las manos de Ansel separan más mis muslos. —Y vas a dejarnos hacerlo. ¿Verdad?

Ya estoy temblando. —Sí.

Su boca desciende y suelto un grito al primer roce de su lengua. Es metódico, minucioso, explorando y aprendiendo qué hace que mis caderas se eleven, qué me hace jadear su nombre.

La boca de Breck se cierra sobre mi pezón y me arqueo hacia él. Su mano se desliza hacia mi otro pecho, pellizcando y rodeándolo hasta que estoy retorciéndome entre ellos.

Enzo captura mi boca en un beso profundo, tragándose mis gemidos. Su mano se enreda en mi cabello, manteniéndome exactamente donde me quiere, y me rindo a ello por completo.

Ansel introduce sus dedos y los curva hasta que el placer se arremolina en mi interior, y no puedo contener los sonidos que escapan de mis labios.

—Deja que te oigamos, Pequeña Genio —ordena Breck.

Estoy atrapada entre ellos, abrumada por la sensación. Cada terminación nerviosa está en llamas, cada toque construye algo más y más alto hasta que estoy segura de que me haré pedazos.

—Por favor... —Ya ni siquiera sé qué estoy suplicando.

—Todavía no —dice Ansel contra mi piel ardiente—. No hemos terminado contigo.

Me lleva al borde y me mantiene allí, retrocediendo cada vez que me acerco. Breck y Enzo se turnan para besarme, tocarme, susurrando promesas sucias sobre lo que van a hacerme.

—Ansel... —Estoy temblando ahora, desesperada.

Su boca regresa con un propósito renovado, y esta vez, no se detiene.

Me deshago con un jadeo, con todo mi cuerpo convulsionándose. Las olas rompen sobre mí y ellos me sostienen durante todo el proceso, murmurando elogios y palabras de aliento.

Antes de que me haya recuperado por completo, las manos de Ansel agarran mis caderas, girándome sobre mi estómago. —A gatas.

La orden en su voz hace que mi intimidad palpite con necesidad. Me pongo a cuatro patas, aún temblando por el orgasmo.

Ansel se arrodilla frente a mí y ahueca mi mandíbula con su mano. Su pulgar roza mi labio inferior, y puedo ver lo duro que está, cuánto desea esto. —Necesito tu boca.

Detrás de mí, siento las manos de Enzo en mis caderas, posicionándose. La anticipación hace que se me corte la respiración.

—¿Puedes recibirnos a ambos así? —Los ojos de Ansel buscan los míos, oscuros de deseo pero verificando, siempre verificando.

—Sí. —Mi voz sale sin aliento.

Ansel se guía hacia mi boca y me abro para él. Su sabor inunda mis sentidos mientras se desliza entre mis labios lentamente, dándome tiempo para adaptarme.

Enzo entra en mí por detrás en el mismo momento, y la abrumadora plenitud me hace gemir contra Ansel. La vibración lo recorre y sus dedos se aprietan en mi cabello.

—Mierda, Remy. —El control de Ansel ya se está deshilachando —. Tu boca...

Enzo establece un ritmo, cada embestida empujándome hacia Ansel. La posición hace que esté completamente a su merced, recibiendo lo que me dan, y la entrega hace que mi centro se contraiga de anhelo.

Hundo las mejillas, trabajando a Ansel con la lengua, y su gemido de placer hace que me apriete alrededor de Enzo.

—Se puso más estrecha. —La voz de Enzo es tensa—. Le gusta esto.

La mano de Breck se desliza debajo de mí, encontrando mi clítoris. Sus dedos circulan y provocan, y jadeo contra Ansel de nuevo, mis brazos casi cediendo.

La otra mano de Breck me estabiliza y me mantiene en mi sitio. —Nos estás recibiendo a los dos perfectamente. Tu boca perfecta y tu precioso coñito.

El elogio, combinado con las sensaciones, me abruma. Estoy llena por ambos extremos, los dedos de Breck hacen magia y puedo sentir otro orgasmo construyéndose imposiblemente rápido.

Las embestidas de Enzo se vuelven más profundas, más exigentes. Cada una me impulsa hacia Ansel, creando un ritmo que nos hace gemir a los tres.

—Mírame. —La voz de Ansel es ronca—. Quiero ver tus ojos cuando me venga.

Encuentro su mirada, y la intensidad en sus ojos azules casi me deshace. Su mano se aprieta en mi cabello, no dolorosa sino posesiva, y puedo verlo perder la batalla con su control.

—Remy... —Su advertencia sale estrangulada—. Me voy a...

Lo tomo más profundo, tarareando mi permiso, y se quiebra. Su liberación llena mi boca con un gemido que suena desgarrado de su pecho, y trago, sin romper el contacto visual.

Verlo deshacerse por mí me hace llegar al límite. Me aprieto alrededor de Enzo, los dedos de Breck trabajan más rápido y, de repente, me rompo.

El ritmo de Enzo se vuelve errático. —Mierda, te sientes tan bien.

Me sigue con una maldición, sus dedos hundiéndose en mis caderas mientras se vacía dentro de mí.

Por un momento, nos quedamos congelados en esa posición, todos respirando con dificultad. Luego, Ansel se retira con cuidado y Enzo me ayuda a recostarme en la cama.

Mis brazos y piernas tiemblan. Estoy sin fuerzas, desecha de la mejor manera.

Breck ya se está quitando la ropa, con los ojos oscuros de deseo. —Eres increíble. ¿Lo sabes?

—No dejas de decírmelo. —Me estiro hacia él y viene de buena gana.

Su toque es diferente al de Enzo, juguetón, provocador. Muerde mi labio inferior antes de calmarlo con su lengua. Sus manos recorren todas partes, tocando y explorando.

—Me encanta lo mucho que respondes. —Sus dedos bajan por mi vientre—. Cómo te arqueas ante cada caricia.

—Me encanta cómo me tocan. —Lo atraigo más cerca—. Todos ustedes.

Se posiciona en mi entrada y entra en mí de una sola embestida fluida; jadeo ante la plenitud. Es ligeramente más grueso que Enzo, y el estiramiento es delicioso.

—Eso es, toma mi verga —se detiene y ahueca mi rostro con su mano—. Dime si es demasiado, Pequeña Genio. ¿Se siente bien?

—Exquisito —muevo las caderas contra él—. Y lo quiero más fuerte.

Sus embestidas se vuelven poderosas y varía el ángulo hasta que encuentra el punto que me corta la respiración.

La mano de Ansel se desliza por mi cabello, girando mi rostro hacia él. Hace rodar mi pezón entre sus dedos mientras Breck se mueve dentro de mí, y vuelvo a perderme en la sensación.

—¿Te gusta tener la verga de Breck dentro de ti? —pregunta Ansel.

No puedo usar las palabras, así que asiento.

—Fuiste hecha para nosotros —dice Enzo.

—Nos recibes a todos tan perfectamente —concuerda Ansel.

La mano de Breck se desliza entre nosotros y el latido entre mis piernas se vuelve intensísimo.

—¡Breck! —grito, sin saber si necesito que desacelere o acelere.

Se mueve más despacio pero me embiste más profundo, y es exactamente lo que necesito.

La sonrisa de Breck es pura malicia. —Ya casi estás ahí. Puedo sentirlo. Quiero que empapes mi verga con tu orgasmo.

Mi cuerpo responde a su orden. Mi tercer orgasmo golpea fuerte y rápido, y soy vagamente consciente de que Breck maldice mientras me sigue al clímax.

Se desploma a mi lado, respirando con dificultad. —Jodidamente increíble.

Ansel se posiciona entre mis piernas, ya duro de nuevo. Sus manos suben por mi muslos.

Intento alcanzarlo, pero él me sujeta las muñecas.

Entra en mí de una embestida profunda. La sobreestimulación de haber tenido tres orgasmos me consume. Mi vagina vibra con sensaciones que bordean la intensidad.

—Respira. —Su mano libre acaricia mi rostro—. Solo respira.

Lo hago y, gradualmente, la crudeza se suaviza hasta convertirse en algo más. Algo mejor.

—Muévete. —Muevo mis caderas hacia arriba—. Ansel, necesito que te muevas.

Comienza lentamente, cada embestida deliberada y controlada. Suelta mis muñecas y mis manos van de inmediato a sus hombros, con las uñas hundiéndose.

Encuentro sus ojos. —Más fuerte.

Algo cambia en su expresión. —¿Estás segura?

Solo asiento.

Sus embestidas se vuelven poderosas, casi rudas, y me deleito en ello.

Enzo y Breck están a cada lado de mí, con manos que recorren mi cuerpo y bocas que encuentran puntos sensibles en mi cuello y hombros. La combinación de los tres es abrumadora de la mejor manera posible.

—Vas a venirte por mí una vez más —ordena Ansel—. Y esta vez, vas a decir mi nombre.

—Ansel... —Ya estoy cerca, imposiblemente.

—Más fuerte. —Ajusta el ángulo, golpeando ese punto perfecto.

Mi cuarto orgasmo rompe sobre mí y grito su nombre. Él me sigue de inmediato, gimiendo en mi cuello mientras se vacía dentro de mí.

Nos desplomamos juntos en una maraña de extremidades. El mundo se reduce a la cama, sus cuerpos, el sonido de nuestra respiración.

La mano de Breck busca la mía. —Ahora estás atrapada con nosotros. Con los tres. Para siempre.

Enzo nos cubre con una manta y se mueven para crear un capullo de calor a mi alrededor. Ansel en un lado, Breck en el otro, Enzo desparramado parcialmente sobre todos nosotros.

—Los amo. —Las palabras se escapan antes de que pueda pensarlas—. A todos. Los amo.

La voz de Ansel suena ronca de emoción. —Yo también te amo.

—Te amo, Pequeña Genio. —Los dedos de Breck trazan patrones en mi cadera—. Vamos a pasar cada día demostrándolo.

—Te amamos, Remy. —Enzo presiona un beso en mi sien.

Cierro los ojos, rodeada de los hombres que amo, y por primera vez desde que comenzó toda esta pesadilla, me siento completamente segura. Completamente en casa.

Y sé, sin lugar a dudas, que este es exactamente el lugar al que pertenezco.

EPÍLOGO

REMY

Un año después

EL PENTHOUSE HUELE A MI LASAÑA, lo que significa que la cena del domingo está a punto de volverse caótica de la mejor manera posible.

Estoy poniendo la mesa cuando Breck se acerca por detrás, me rodea la cintura con los brazos y me planta un beso en el cuello. —¿Necesitas ayuda?

—Podrías traer el vino —me inclino hacia atrás contra él—. Del bueno. Tu abuela va a traer su famoso tiramisú.

—Va a querer novedades. —Me suelta, pero me roba otro beso—. Sabes que lo hará.

Lo sé perfectamente. Sadie lleva meses preguntando por la compra del anillo, a pesar de que le aseguramos repetidamente que no tenemos prisa. Está convencida de que tenemos que "hacerlo oficial", como si vivir juntos y ser asquerosamente felices no fuera lo suficientemente oficial.

He intentado explicarle que casarse legalmente con tres hermanos es complicado, pero Sadie agita la mano y dice: —Detalles menores—. Estoy empezando a entender de dónde sacaron los trillizos su terquedad.

El ascensor suena. Enzo sale primero, seguido por Sadie, que carga un recipiente de postre que probablemente pesa más que ella.

—Deja que yo me encargue de eso, abuela —dice Enzo.

—Tengo setenta y nueve años, no estoy muerta. —Ella le aparta la mano de un manotazo, pero deja que él se lo lleve de todos modos—. Remy, querida, te ves radiante.

La abrazo. —Dices eso todas las semanas.

—Porque es verdad todas las semanas. —Se aparta y me estudia el rostro—. Has cambiado la vida de mis chicos para mejor en muchos sentidos. Estoy muy agradecida contigo.

—Nosotros también lo estamos, abuela. —Ansel sale de su oficina y me sonríe antes de abrazar a Sadie.

Ella se dirige a la cocina para abrazar a sus otros nietos.

Suena el timbre y voy a abrir la puerta. Papá ya camina sin bastón, y la fisioterapia ha hecho milagros. Mamá trae tres acompañamientos diferentes porque todavía no cree que tengamos suficiente comida.

—¡Remy! —Ella deja los platos antes de estrecharme en un abrazo.

Papá le da la mano a cada uno de los trillizos. —Muchachos. ¿Están cuidando bien a mi hija?

—Siempre, señor —responde Ansel de forma automática.

Papá sonríe de oreja a oreja. —Bien. Porque ahora tengo a tres yernos a los que mantener a raya.

—Papá. —Me presiono la frente con la mano. No me voy a molestar en recordarle que no estamos casados.

—¿Qué? Ya estoy recuperado. Puedo volver a amenazar a la gente.

El timbre suena una vez más.

Abro la puerta y mi mejor amiga me abraza de inmediato. —Vale, estás resplandeciente. ¿Estás embarazada?

—No estoy embarazada, Jess. Solo estoy feliz.

—Uff. Qué asco. —Sonríe—. Pero también, me alegro mucho por ti.

¿Qué les pasa a todos hoy?

La cena es ruidosa, caótica y perfecta. Papá cuenta historias que hacen reír a todo el mundo. Sadie interroga a los trillizos sobre la última fusión de la empresa.

—La cuenta de Ginebra está prosperando —menciona Ansel—. Su infraestructura es ahora más segura que la de la mayoría de las instalaciones gubernamentales.

Enzo pasa la ensalada. —Eso es porque Remy la reconstruyó desde cero.

—Hablando de seguridad —dice papá—, ¿qué pasó con ese antiguo empleado? ¿Aquel cuya brecha fue la razón por la que contrataron a Remy en primer lugar?

—Cumpliendo dieciocho meses en una prisión federal —responde Breck—. Su sentencia se dictó la semana pasada.

—Eso es lo mejor que ese bastardo hizo por nosotros. —Enzo me mira con calidez—. Aunque estaba tratando de sabotearnos, trajo a Remy a nuestras vidas.

Mamá se estira y me aprieta la mano. —No hay mal que por bien no venga.

—¿Y Damon? —pregunta Jess—. Por favor, díganme que ese imbécil recibió su merecido.

La mesa se queda en silencio.

—Tres años por conspiración para cometer secuestro y proporcionar apoyo material —entona Ansel—. Trent recibió veinticinco años por el secuestro propiamente dicho, asalto y violación de la fianza.

La mandíbula de Breck se tensa. —Todavía no es tiempo suficiente.

Me estiro y le aprieto la mano por debajo de la mesa. —Es suficiente. Se han ido. Estamos a salvo.

—Hablando de estar a salvo —Sadie cambia de tema con fluidez —, ¿cómo va el negocio? Remy, no me has hablado de tu último proyecto.

Agradezco el cambio de tema. —Acabamos de firmar un contrato con una startup tecnológica. Necesitan una revisión completa de su seguridad.

—Tiene la mejor reputación de la industria. —Enzo me mira con orgullo—. La mitad de nuestros clientes piden específicamente que ella trabaje en sus proyectos.

—Y ahora es socia —añade Ansel—. Oficialmente.

Papá irradia orgullo. —Esa es mi chica.

—No es solo caridad. —Breck se echa hacia atrás en su silla—. Ha hecho crecer el negocio un quince por ciento solo en este trimestre. Seríamos estúpidos si no la hiciéramos socia.

—Me habrían hecho socia de todos modos —señalo—. El nepotismo goza de buena salud.

—No es nepotismo si eres la mejor persona para el puesto —rebate Ansel.

Me río. —Eso es exactamente lo que diría alguien que comete nepotismo.

Después de la cena, mientras mamá y Sadie trabajan juntas en la cocina intercambiando recetas familiares, y papá le muestra a Jess fotos de su jardín, los trillizos me llevan a la terraza.

La ciudad se extiende bajo nosotros, con las luces brillando en la oscuridad. Enzo me rodea con los brazos desde atrás mientras Breck y Ansel se sitúan a cada lado de mí.

—Tenemos algo para ti. —Ansel saca una cajita.

Se me acelera el pulso y abro mucho los ojos. —Hablamos de esto. No necesitamos demostrarle a nadie más que estamos comprometidos el uno con el otro.

—No te preocupes. No es un anillo. —Breck sonríe—. La abuela nos mataría si te lo pidiéramos sin que ella estuviera aquí para presenciarlo.

Abro la caja y dentro hay un delicado collar con tres círculos entrelazados de oro blanco, cada uno grabado con unas coordenadas diminutas.

—¿Qué son estas?

—El lugar donde cada uno de nosotros supo que estaba enamorado de ti. —Los labios de Enzo rozan mi sien—. El mío es Montana, donde supe que quería despertar junto a ti cada mañana.

—El mío es la sala de servidores —me dice Breck—. Durante el cierre técnico. Cuando confiaste en mí lo suficiente como para bajar la guardia, aunque te aterraba lo que eso significaba.

—Y el mío es el edificio de oficinas donde te conocimos para la entrevista. —Algo cambia en el tono de Ansel—. Te deseé desde aquel primer día. Solo me tomó un tiempo dejar de decirme a mí mismo por qué no debía hacerlo.

Parpadeo para contener las lágrimas. —Ustedes van a hacer que llore delante de Jess. Nunca dejará de burlarse de mí.

—Entonces deja que se burle. —Enzo me hace girar para quedar frente a él—. Queremos un para siempre contigo, Remy.

—Lo sé. —Toco el collar—. Quiero un para siempre con ustedes. Con todos ustedes.

—¿Incluso cuando Ansel se pone controlador? —pregunta Breck.

—Incluso entonces.

—¿Incluso cuando soy difícil? —Enzo esboza una media sonrisa.

—Especialmente entonces.

—¿Incluso cuando soy molestamente encantador? —La sonrisa de Breck se ensancha.

—Esa es la parte más fácil.

Ansel me abrocha el collar al cuello. Los tres círculos descansan contra mi clavícula, tibios por el contacto de sus dedos.

—Deberíamos volver adentro antes de que Sadie venga a buscarnos. —Me inclino y beso a Ansel, luego a Breck, luego a Enzo —. Pero gracias. Por esto. Por todo.

—Gracias por confiar en nosotros. —El pulgar de Ansel recorre mi mandíbula.

—Por amarnos también —añade Enzo.

—Por hacer nuestras vidas mejores —termina Breck.

A través de las puertas de cristal, puedo ver a nuestra familia. Sadie ahora le está enseñando algo a papá en su teléfono. Mamá se ríe de lo que sea que Jess esté diciendo. Esta familia caótica, hermosa y poco convencional funciona de alguna manera.

Hace un año, estaba sola, arruinada y convencida de que nunca volvería a confiar en nadie. Ahora estoy de pie en una terraza con tres hombres que me aman, que construyeron una vida conmigo, que me hicieron su socia en todos los sentidos de la palabra.

—Vamos. —Tiro de ellos hacia la puerta—. Antes de que tu abuela envíe un equipo de búsqueda.

—Espera. —Enzo me detiene. —Una cosa más.

—¿Qué?

Mete la mano en su bolsillo y saca un papel doblado. —Terminé el diseño la semana pasada y quería enseñártelo.

Lo desdoblo. Es un boceto, un diseño para la ampliación del tatuaje de Enzo. Entre los patrones geométricos y símbolos ya existentes hay un elemento nuevo: una pequeña constelación de tres estrellas formando un triángulo, con una cuarta estrella en el centro, más brillante que las demás.

—La cuarta estrella eres tú. —La voz de Enzo es suave—. El centro de nuestro universo.

Doblo el papel con cuidado, con la emoción bloqueándome la garganta. —¿Cuándo te lo vas a hacer?

—La semana que viene. Quería tu aprobación primero.

—La tienes. —Lo beso—. Es perfecto. ¿Puedo ir contigo cuando te lo hagas?

—Sería un honor. —Me besa de nuevo y mi corazón se llena de calidez.

¿Cómo tuve tanta suerte?

Nos quedamos un rato más en la terraza, envueltos unos en otros y en la quietud de la noche. Finalmente, el frío nos obliga a volver al interior, donde el calor de la familia y las risas nos atraen.

Para cuando todos se van, es casi medianoche. El penthouse está en silencio, salvo por el zumbido distante de la ciudad.

Nos desplomamos juntos en el sofá, agotados pero felices. Ansel me atrae hacia su costado mientras Breck se estira en el otro extremo, y Enzo se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en mis piernas.

—Eso salió bien —dice Breck.

—Por supuesto que sí. Los tres se portaron de maravilla. —Sonrío con picardía.

—Siempre —murmura Ansel contra mi sien.

Tras unos minutos de relax, me obligo a ponerme de pie. —Tengo que prepararme para dormir antes de quedarme dormida aquí mismo.

Antes de que pueda dar un paso, Ansel se levanta y me echa al hombro.

—¡Ansel! —chillo, riendo—. ¡Tengo que lavarme los dientes!

—Lo sé. —Me lleva hacia el dormitorio de todos modos—. Solo me aseguro de que llegues hasta allá en vez de escaparte a revisar algo en tu computadora.

En el baño principal, todos seguimos nuestras rutinas: lavarnos la cara, lavarnos los dientes, ponernos el pijama y los pantalones de dormir. Es un caos reconfortante, los cuatro moviéndonos unos alrededor de otros con total naturalidad.

Cuando finalmente llegamos a la cama, el enorme colchón que habíamos encargado a medida para que cupiéramos los cuatro cómodamente, nos acomodamos para pasar la noche.

—Los amo —susurro en la oscuridad—. A todos.

—Nosotros también te amamos. —Su respuesta llega al unísono, solapada y perfecta.

Cierro los ojos, con el collar tibio contra mi piel, y me dejo caer en el sueño rodeada de los tres hombres que me enseñaron a confiar de nuevo.

Y mientras me quedo dormida, pienso en el para siempre. En las cenas de los domingos y los contratos de seguridad y la intromisión de Sadie. En tres círculos entrelazados que representan tres momentos diferentes de enamoramiento.

En cómo hace un año estaba rota. Y ahora, estoy entera. No porque ellos me repararan, sino porque me amaron mientras yo misma me reparaba.

Remy Ray. Hacker. Socia. Amante.

Suya.

Y ellos son míos.

Para siempre.

¡Descarga el epílogo extra para saber más sobre Remy, Ansel, Enzo y Breck!

Descarga

https://dl.bookfunnel.com/tgrb60kjoo

Si te encantan los romances de reverse harem, ¡lee más libros de Molly Eden!

Descarga aquí

LIBROS DE ROMANCE REVERSE HAREM

Otros libros de romance que te encantarán.

Tres Veces el Vaquero
¡Una serie de romance reverse harem con vaqueros! ¿Por qué elegir a un vaquero cuando puedes tener tres?
Con su masculinidad salvaje y encanto indomable, estos rudos vaqueros desbordan protección feroz y una lealtad inquebrantable en estas apasionantes historias contemporáneas.
Descargar

Los Vaqueros de al Lado
El protector Hudson me observa con intensidad taciturna.
El encantador Connor promete aventura con su sonrisa fácil.
El callado Eli me ve—realmente me ve—detrás de su mirada intensa.
Descargar

Mis Tres Jefes Billonarios
Tres multimillonarios me hacen una oferta que no puedo rechazar.
Quién iba a decir que me encontraría en un juego de alto riesgo sin

reglas claras.
Descargar

Mis tres secretos de Navidad
Esta Navidad, estoy a punto de desenvolver un mundo de problemas.
Descargar

MOLLY EDEN LIBROS

Para conocer todos mis nuevos libros, visite mi sitio web y suscríbase a mi lista de correo.

MollyEdenAuthor.com